

INICIACIONES
DEL
ESPACIO

CEREBROS ELECTRONICOS



se

Mientras regresa de Venus a la Tierra, el «Lanza» se encuentra con un planeta errante. Debido a un sabotaje, la nave debe efectuar un aterrizaje forzoso y resulta gravemente dañada, quedando los expedicionarios terrestres atrapados en un mundo helado y sin atmósfera. En este mundo errante descubren una avanzada civilización robótica, así como a sus constructores, los saissais, en estado de hibernación dentro de lo que será conocido después como el autoplaneta «Rayo».



George H. White

Cerebros electrónicos

La Saga de los Aznar 03

ePub r1.1

Titivillus 04.11.16

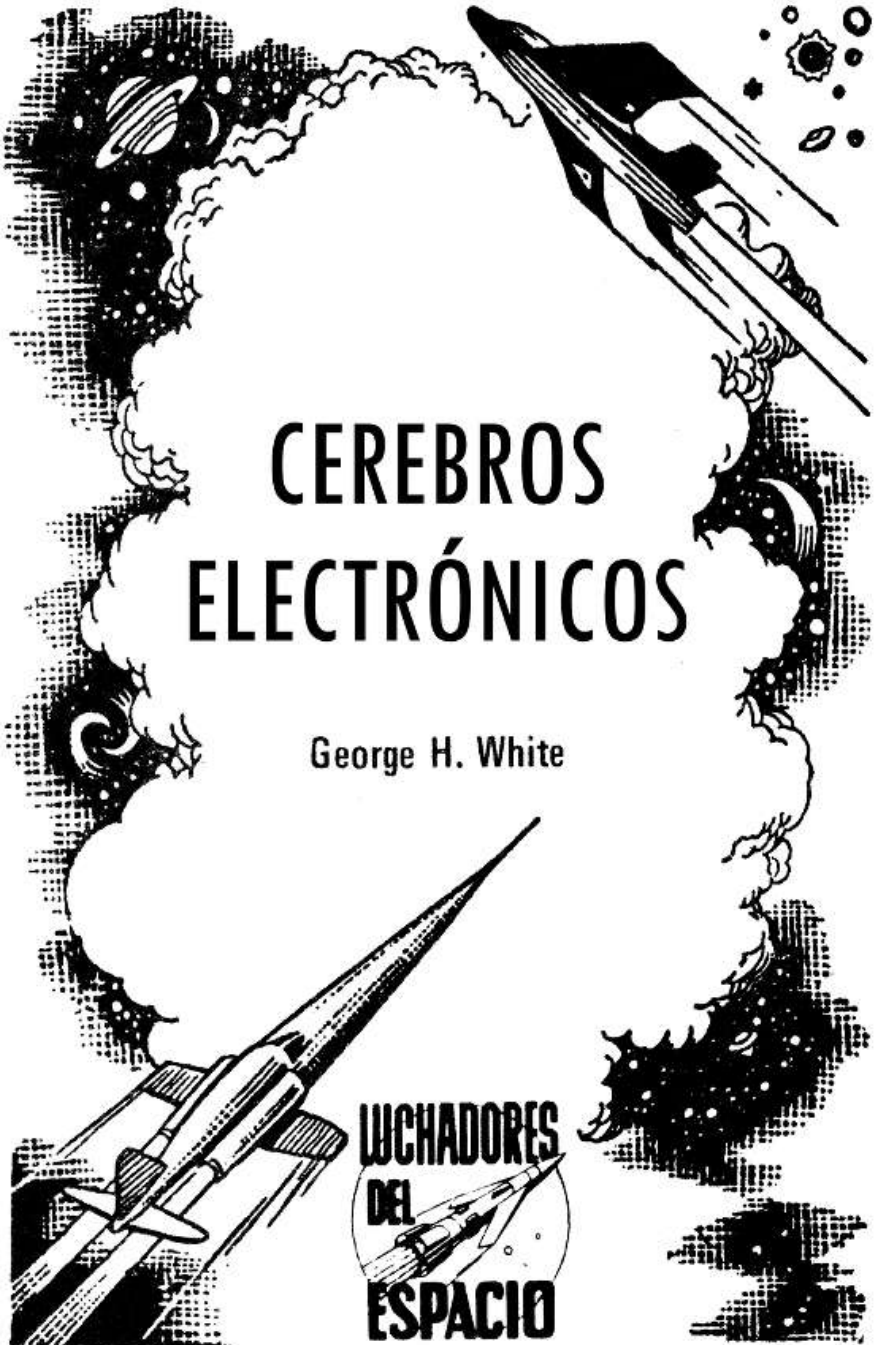
Título original: *Cerebros electrónicos*
George H. White, 1953

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Cubierta de la primera edición, años 50



CEREBROS ELECTRÓNICOS

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

Capítulo 1

EL VAGABUNDO DEL ESPACIO

Miguel Ángel Aznar de Soto alargó la mano hasta el conmutador, encendió la luz y descolgó el teléfono. Despertada por el repiqueteo del timbre Bárbara Watt de Aznar rebulló dentro de su saco de dormir, en la litera inferior.

Todavía con el sueño pegado a los párpados, Miguel Ángel preguntó:

—¿Sí?

Escuchó la voz de George Paiton en el auricular.

—Lo siento, Miguel. Es tu guardia.

—¡Oh, bien, ya voy para allá! —dijo Miguel Ángel. Y amagando un bostezo retornó el teléfono a su enganche especial por presión. En el reloj eléctrico del camarote eran las ocho. Hacía veinte horas que la aeronave despegó del planeta Venus.

—¿Ocurre algo, Miguel? —pregunto Bab.

—Voy a tomar mi guardia, eso es todo. Sigue durmiendo.

La aeronave debía haber parado sus motores, pues al abrir Miguel Ángel la cremallera de su saco de dormir sintió cómo su cuerpo flotaba en el aire, como consecuencia de la falta de gravedad. En estas condiciones de ingravidez, le bastó darse un pequeño impulso con las manos contra el techo para ir a parar de pie en medio del camarote.

Por todo el piso del camarote había dispuestas una serie de asas de cuero, en las cuales Miguel Ángel introdujo las puntas de los

pies.

En el armario que abrió, las ropas no colgaban de las perchas, sino que estaban distribuidas en una serie de tableros de material plástico rígido, dispuestos uno sobre otro dejando un pequeño espacio para introducir cada prenda en su estante.

Miguel Ángel se puso unos pantalones ajustados al tobillo, calzándose a continuación unas botas de media caña. Al abrir un cajón inferior del armario salió volando suavemente un jersey negro de cuello alto, el cual capturó en el aire, apresurándose a cerrar el cajón para que no escaparan las restantes prendas.

—¿Quieres que me levante y te preparo café? —preguntó Bab con voz soñolienta.

—Déjalo, ya me las arreglaré.

Miguel Ángel salió del camarote apagando la luz. La puerta era tan baja que le obligó a inclinar la cabeza. Era una puerta de acero, con juntas de caucho y un manubrio por ambos lados, girando el cual se corrían unos recios barrotes de metal que aseguraban un cierre hermético.

Aunque exteriormente la aeronave parecía un gigantesco avión de pasajeros, la disposición interior se parecía más bien a la de un submarino, estando dividido en numerosos compartimentos estancos con puertas de acero aislando unas dependencias de otras. Para una aeronave como el «Lanza», proyectada para volar en el vacío interestelar, el mayor peligro lo constituían los aerolitos. Estos eran en su mayoría de tamaño reducido, simples granos de polvo cósmico errando en el infinito, aunque también los había como garbanzos, y algunos del tamaño de grandes rocas.

Estos aerolitos, aún los más pequeños, iban dotados de gran velocidad a veces de hasta cuarenta kilómetros por segundo, desarrollando su impacto una energía cinética superior a la de una bala de cañón, atravesando fácilmente el casco de la aeronave.

La disposición de la aeronave en compartimentos estancos tenía por finalidad el evitar que el aire escapara por alguno de estos agujeros. Si el impacto tenía lugar en un camarote, un dispositivo electrónico daba la alarma indicando el lugar donde se había producido el percance, y solo se perdía el aire del compartimiento afectado, en tanto la tripulación acudía rápidamente a reparar el daño y tapar el agujero si estaba en sus posibilidades. En caso

contrario, el compartimiento afectado quedaba clausurado, y la cosmonave podía seguir operando. Miguel Ángel salió al pasillo y abrió otra pequeña puerta estanca para entrar en un cuarto de baño. Para lavarse, Miguel Ángel tomó una esponja de gran tamaño, la metió en un pequeño saco de plástico y llenó este de agua manteniendo la boca plegada en torno del grifo. Una pequeña cantidad fue suficiente para empapar la esponja.

Sacó la esponja del saco, cerrando este rápidamente para que no escapara el agua sobrante, y se pasó la esponja humedecida por la cara y el cuello. Luego volvió a meter la esponja en el saco y cerró la boca de este echándolo en un cesto provisto de tapadera de resorte.

Algunas gotas habían escapado de la esponja y flotaban en el aire como pequeñas cuentas de cristal. Miguel Ángel las atrapó en la toalla, se secó con esta, y luego metió la toalla por una anilla haciendo un nudo. A continuación se puso el jersey, se pasó un peine por los negros cabellos húmedos y abandonó el lavabo. Avanzando con cuidado por el pasillo, metiendo las puntas de los pies en las asas del piso, llegó hasta la puerta estanca. Hizo girar el manubrio, empujó y entró en la cámara de derrota.

La cámara de derrota del «Lanza» era muy espaciosa; cuatro metros de anchura libre por ocho de longitud. Los cuatro muros aparecían totalmente cubiertos de aparatos.

Los sillones del piloto y el copiloto, separados por una consola central llena de botones de todos los colores del arco iris, tenían un acolchado anatómico para acoger el cuerpo de los ocupantes; nalgas, riñones, espalda y cabeza.

Ante el piloto y el copiloto estaban los mandos de la aeronave. Estos eran de dos tipos: convencionales para el manejo del avión en la atmósfera terrestre, y completamente distintos y a base de botones eléctricos para el vuelo espacial.

Enfrente de los pilotos se extendía una pantalla panorámica de televisión, partida en dos por un junquillo metálico vertical. La aeronave no tenía ventanas al exterior, pero los pilotos podían ver a través de dos cámaras de televisión emplazadas una a cada lado de la proa. Las dos cámaras estaban ajustadas con tanta habilidad, que donde terminaba el campo visual de una comenzaba el de otra, dando la apariencia de tratarse de una sola pantalla, aunque en

realidad eran dos contiguas.

Las pantallas de televisión estaban encendidas, pero lo que mostraban ahora no era el espacio por delante de la proa de la aeronave, sino lo que quedaba por detrás de la popa. En efecto, aparte las dos cámaras emplazadas en la proa, el «Lanza» llevaba otras en la cola.

En la gran pantalla panorámica aparecía el planeta Venus como un delgado y brillante cuerno, y a un lado, profundo y brillante, el Sol.

Pero no era a la imagen de Venus donde miraban los hombres que se encontraban en la cabina, sino a la pantalla de radar, que era circular de casi un metro de diámetro, y estaba situada en el panel de la derecha, frente al sillón que ocupaba Richard Balmer. Richard Balmer era un muchachote de un metro ochenta de estatura, con anchas espaldas, cuello corto y robusto, de constitución sanguínea y temperamento exaltado. Aunque tosco en sus maneras, era un estupendo técnico de radio.

George Paiton, que en aquellos momentos estaba ante los mandos de la aeronave, era un muchacho delgado, rubio y espigado, con el cabello ondulado, ojos azules y mirada tranquila. Continuamente mascaba goma, y sus mandíbulas se movían ahora rítmicamente, acusando cierta tensión que no trascendía a sus manos ni a la expresión de su rostro aniñado.

Harry Tierney debía haber llegado poco antes que Miguel Ángel. Era un hombre joven, de veintisiete años, de estatura regular, cabellos ondulados tirando a rojizos, con acusadas entradas en las sienes, y numerosas pecas en la frente ancha e inteligente. Tierney poseía en Cleveland una fábrica de aviones deportivos, la cual en los últimos diez años se había especializado en la construcción de importantes elementos componentes de los motores cohete que utilizaba la NASA en sus cápsulas y vehículos espaciales. La experiencia conseguida por los ingenieros de la Tierney Aircraft Corporation en la construcción de motores, y la fórmula secreta de un carburante para motores cohete, desarrollada por el sabio Erich Von Eicken, había inspirado a Harry Tierney la idea de construir el «Lanza», un avión gigantesco, el más grande que jamás se había construido, y que durante las pruebas superó todas las metas imaginadas, hasta el punto de resultar capaz de abandonar la

atmósfera de la Tierra y adentrarse en el espacio para llegar hasta cualquier planeta próximo.

Tierney volvió la cabeza hacia Miguel Ángel Aznar. Aunque poseía el espíritu aventurero nato de los financieros norteamericanos, Tierney no era en sí un hombre de acción. Capaz de arriesgar su fortuna en la construcción del Lanza, su ánimo solía vacilar frente a cualquier situación imprevista.

—Vea esto, Aznar —dijo Tierney con un gesto. Miguel Ángel cerró la puerta, la aseguró con el cierre de manubrio, según estaba ordenado, y avanzó despacio introduciendo las puntas de los pies en la serie de asas que cubría el piso. Toda la pantalla del radar estaba cubierta de miríadas de pequeños puntos luminiscentes. Estos se apagaban y volvían a encenderse después de cada barrido de la barra luminosa que giraba como la manecilla grande de un reloj.

—¿Qué es eso? —preguntó Miguel Ángel pegando un respingo. Nadie contestó.

—¿Richard? —insistió Aznar.

—No lo veo claro, Miguel. Para mí es una especie de deslumbramiento producido por algún fenómeno electromagnético. Podría ser una lluvia de aerolitos o, en último caso, como teme el señor Tierney, una gran escuadra de platillos volantes.

—¿A qué distancia está «eso»?

—Dos millones de kilómetros por babor.

—Eso no tiene sentido —dijo Miguel Ángel—. Si nos estuvieran persiguiendo los tendríamos detrás, por la popa.

—A menos que hubieran salido de Venus dando un gran rodeo para sorprendernos —apuntó Tierney.

—¡Por Dios, señor Tierney! ¿Cómo iban a pensar en sorprendernos? De sobra saben que venimos equipados con radar. Cualquier rodeo que dieran no haría más que alargar considerablemente su recorrido antes de poder atacarnos.

—Sabemos que los platillos volantes desarrollan una gran velocidad y también que la constitución física de sus tripulantes les permiten aceleraciones que harían pedazos a un ser humano corriente.

—¿Por qué no le echamos un vistazo a «eso» antes de dejarnos llevar por la histeria? —sugirió Miguel Ángel—. Paiton, pon la proa noventa grados a babor.

—Si son platillos volantes, como si se trata de una lluvia de aerolitos, no podremos verlos a esta distancia —dijo George Paiton.

—Señor Tierney —dijo Miguel Ángel irritado—. Con su permiso, ¿podemos mover el Lanza?

—Haga lo que dice el señor Aznar, George —ordenó el millonario.

George Paiton apretó algunos botones numerados de la consola que estaba a su derecha, introduciendo los datos de la maniobra que deseaba realizar en la computadora. Esta ocupaba todo el muro de la izquierda de la cámara de derrota, desde el piso al techo.

La computadora resolvió en fracciones de segundo el problema que el piloto le proponía y facilitó la respuesta por medio de números y letras en una pequeña pantalla alargada, debajo de la gran pantalla panorámica de televisión.

Paiton reprodujo los datos que le daba la computadora tecleando en los botones igual que en una máquina de calcular corriente. En la pequeña pantalla apareció la palabra «Ready». Paiton oprimió un botón amarillo. En el exterior de la cosmonave, una pequeña tobera situada en el lado derecho de la proa lanzó un chorro de gases con fuerza y tiempo cuidadosamente dosificados. La afilada proa del «Lanza» fue desviada hacia la izquierda, girando toda la aeronave noventa grados a babor, hasta que un chorro de gases, saliendo por la tobera de la izquierda, detuvo el giro de la aeronave en el punto y momento precisos. En la cámara de derrota, George Paiton apretó una tecla en la base de la gran pantalla de televisión. Las cámaras de popa se apagaron, y en su lugar funcionaron las dos de proa.

En la gran pantalla de televisión apareció en color un gran cuerno plateado, más ancho y algo más alto que el Venus en cuarto creciente que veían poco antes.

—¿Venus, otra vez Venus? —exclamó Richard Balmer.

—No, no es Venus —negó Miguel Ángel.

—¡Es un planeta!

—Sí.

—¿La Tierra?

—No digas tonterías —gruñó George Paiton—. Sabes que la Tierra está todavía a más de treinta millones de kilómetros, en dirección contraria.

Los hombres permanecieron en silencio, contemplando aquel mundo desconocido, hasta que Richard Balmer exclamó:

—¡Demonio! ¿Quién me aclara esto? Si no es Venus, ni la Tierra... ¿qué planeta es ese? ¿Marte? ¿Mercurio?

—Tal vez no tenga nombre conocido para nosotros —dijo Miguel Ángel Aznar.

—¿Un planeta nuevo?

—Tal vez un planeta errante.

—¿Por qué no llamamos al profesor Stefansson? —sugirió Paiton—. Él sabe más que nadie sobre Astronomía.

—Por supuesto que le vamos a llamar —dijo Harry Tierney echando mano al teléfono. El profesor Louis Frederick Stefansson no tardó ni cinco minutos en presentarse. Se había puesto los pantalones y venía en camiseta interior con los zapatos en la mano.

Era un hombrecillo menudo, delgado, calvo en la parte superior del cráneo y con largas y descuidadas melenas blancas que le caían sobre las orejas y el cuello. Sus ojillos brillaban de excitación detrás de los gruesos cristales de sus gafas de montura de carey.

—¿Dónde está, dónde? —preguntó nada más entrar en la cámara de derrota. Miró atentamente y en silencio, por largo rato, la imagen que aparecía en la pantalla de televisión, exclamando finalmente—: Ese planeta tiene un satélite. ¿Lo ven?, aparece a la derecha. Paiton, ¿puede utilizar el *zoom* para acercar más la imagen?

Esto ya se había hecho mientras esperaban la llegada del profesor. George Paiton puso en marcha el *zoom* y la imagen del planeta empezó a crecer dando la falsa impresión de que el «Lanza» se acercaba a tremenda velocidad.

En efecto, se veía perfectamente ahora el satélite que, como un pequeño cuerno brillante, se alzaba sobre la parte en sombras del misterioso planeta. Aunque ahora lo veían más cerca, el teleobjetivo no aportó descubrimiento nuevo alguno. El planeta tenía un brillo muy intenso.

—Su poder reflectante es todavía mayor que el de Venus —observo el profesor Stefansson—. Debe estar cubierto totalmente de hielo. Sí, debe ser un planeta errante...

—Pues viaja a mucha velocidad —observó Richard Balmer—. En esta media hora, desde que lo detectamos por primera vez, se nos

ha acercado en unos ochenta mil kilómetros. Y eso sin contar que nuestra velocidad es de trescientos mil kilómetros a la hora.

—¿Determinaron ustedes su rumbo?

—¿El del planeta, quiere decir? ¡No!

—Iré al observatorio y tomaré algunos datos sobre su velocidad y su órbita.

—Profesor. ¿Ese planeta no representará ningún peligro para nosotros, verdad? —preguntó Harry Tierney.

—No lo creo. Su camino y el nuestro parecen coincidentes, pero si dada su proximidad afectara a nuestro rumbo modificándolo, nos bastaría poner los motores en marcha y alejarnos de él. Voy a llamar a la señorita Von Eicken para que me ayude. A ella además le gustan estas cosas.

El profesor Stefansson abandonó la cámara de derrota.

—Está bien, Paiton, yo tomo la guardia. Vete a descansar —dijo Miguel Ángel Aznar.

—Váyase también si quiere, señor Balmer —dijo Harry Tierney.

Richard Balmer le cedió su asiento ante la pantalla del radar, en tanto que Aznar iba a ocupar el asiento que Paiton dejaba libre.

—Creo que de todas formas no podré dormir sin saber cómo acaba esta historia del planeta errante —dijo Richard Balmer—. Iré a la cocina y tomaré una taza de café. ¿Quieren ustedes café?

—Sí, Richard, gracias —dijo Aznar.

Los dos exsoldados salieron de la cabina cerrando la puerta.

Durante largo rato, Miguel Ángel contempló en silencio la imagen que aparecía en la pantalla de televisión.

—Es evidente que acortamos distancias por momentos —dijo después de un silencio—. Casi se aprecia a simple vista. Espero que el profesor no se equivoque y no interfiera en nuestro rumbo.

—Si pasa cerca de nosotros, su masa por fuerza tiene que afectar de algún modo a nuestro rumbo. Pero lo recuperaremos solamente con poner en marcha nuestros motores.

—¿Se siente usted orgulloso de su cosmonave, no es cierto?

—¿Usted qué cree?

—Pienso que sí, y con razón. Los técnicos espaciales de todo el mundo van a quedar con la boca abierta cuando nos vean regresar de Venus. No van a creer que hayamos sido capaces de realizar esta hazaña.

—Por fuerza tendrán que creerlo. Llevamos miles de metros de película filmada, ejemplares de plantas e insectos que no existen en la Tierra, y por si todavía algún incrédulo se resistiera... ¡hasta llevamos con nosotros un prisionero «thorbod»!

—Sí, fue una buena idea la de capturar un «thorbod». Los científicos de todo el mundo se van a llevar las manos a la cabeza cuando vean ante sí esa rara criatura.

—Usted lo capturó. Aznar. Esa hazaña le pertenece por entero a usted.

—Y a Richard Balmer y a Bill Ley, que me acompañaron. Y a George Paiton, que pilotó el helicóptero que vino a rescatarnos...:

—Es cierto. En una forma u otra, todos contribuimos al éxito de esta descabellada aventura.

—¿Por qué dice «descabellada»? Una empresa solo es descabellada cuando termina en desastre. Esta va a tener un final feliz y será calificada de genial.

—Esperemos que tenga un final feliz —dijo Tierney.

—¿Le siguen preocupando los «platillos volantes», a pesar de que no han dado señales de vida, ni siquiera han salido en nuestra persecución?

—Sabemos que los «Thorbod» tienen «platillos volantes» en alguna base secreta de la Tierra o la Luna. Si los «thorbod» de Venus pueden comunicarse de alguna forma con sus «platillos volantes» destacados en la Tierra, como parece lógico que sea, sin duda habrán alertado a estos para que salgan a interceptarnos y nos destruyan antes que podamos aterrizar.

—Tampoco los «platillos volantes» son invulnerables. Si nos atacan sabremos defendernos.

Miguel Ángel Aznar esperó la opinión de Tierney, pero este guardó silencio.

—Bien —dijo Aznar con cierta irritación—. Si tan pesimista se siente respecto a nuestro final, ¿por qué no estamos ya comunicando por radio con la Tierra? ¿Deberá morir el secreto de los «thorbod» con nosotros?

—He dejado en manos de Bill Ley y la señorita Von Eicken la tarea de montar una película con los filmes que tomamos antes y durante nuestro viaje. Vamos a ponerle voz a la película y a enviarla por televisión a alguna estación receptora de la Tierra. Será

como nuestro testamento, un documento histórico en imágenes de todo cuanto hicimos, incluida la fórmula secreta del combustible del profesor Von Eicken y los planos de nuestros motores. De esta forma, aunque nos destruyan en el espacio, los Hombres Grises no podrán impedir que se conozcan sus actividades en Venus.

—No es mala la idea —reconoció Miguel Ángel—. Es posible incluso que si los «thorbod» reciben también las imágenes desistan de darnos caza.

Richard Balmer entró en la cabina con las «tazas» de café. Como quiera que en la falta de gravedad era imposible mantener un líquido dentro de un recipiente abierto, los cosmonautas habían recurrido a un sencillo medio, el café lo tomaban en pequeños calabacines idénticos a los que utilizaban los argentinos para tomar la hierba mate, chupando para sacar el café del recipiente.

La charla se generalizó en la cabina entre los tres hombres hasta que llegó el profesor Stefansson con la señorita Von Eicken.

Else Von Eicken era una chica de veintidós años, rubia, esbelta de ojos azules y tez sonrosada con ligeras pecas en la nariz.

Aunque nacida en Estados Unidos, la sangre de Else Von Eicken era del más puro origen germano. Miguel Ángel admiraba a esta chica que, sin dejar de ser femenina y bella, unía a sus encantos físicos facultades intelectuales extraordinarias.

Else, que tenía en la mano un papel con varias anotaciones, se dirigió a la computadora, consultó el papel y empezó a tocar botones aquí y allá. La muchacha leyó el resultado que aparecía reflejado en la pequeña pantalla electrónica de la computadora y dijo:

—La velocidad de traslación del planeta errante es del orden de cuatrocientos mil kilómetros a la hora. Nosotros nos movemos a razón de trescientos mil kilómetros por hora. Si no existieran otros elementos perturbadores, suponiendo una trayectoria rectilínea desde el punto «A», en el que nos encontrábamos a las ocho, a un punto «B» al que llegaríamos a las quince horas, nuestra cosmonave y la órbita de ese planeta se cruzarían en el punto «B» a dos millones cien mil kilómetros del punto «A». Pero nosotros llegaríamos quince minutos antes que el planeta. Ahora bien, la masa del planeta, deducida de su diámetro aparente, la calculamos en los mismos valores que el planeta Marte. Aunque menor que la

Tierra, la masa de ese planeta está ejerciendo su influencia sobre nuestra cosmonave, y su fuerza de atracción, aunque débil en estos momentos, se hará sentir más a medida que acortemos distancias. Resumiendo, la masa del planeta afectará nuestra velocidad y nuestro rumbo, acelerando la una y alterando el otro. En consecuencia, el resultado será una parábola desde el punto «A» a un nuevo punto que llamaremos «C», y que será cien mil kilómetros más corta que la distancia entre el punto «A» y el «B», por lo que nuestra cosmonave y el planeta errante se encontrarán en el punto «C» a las catorce horas y cuarenta minutos.

—¿Habrá colisión? —preguntó Richard Balmer alarmado.

—La colisión es imposible siempre que funcionen nuestros motores. En la realidad, operando con magnitudes tan grandes y sin conocer exactamente el valor de la masa del planeta, es imposible determinar con exactitud el punto donde coincidiremos. Estamos hablando de magnitudes aproximadas. De todos modos, la velocidad de traslación del planeta es cien mil kilómetros por hora mayor que la nuestra. Es decir, bastará una corrección de última hora con nuestros motores, y el planeta pasará como una exhalación ante nosotros y se alejará.

—¿No nos arrastrará consigo?

—Nos arrastraría si no dispusiéramos de motores, pero ese no es nuestro caso.

—Nuestra aeronave dispone de poderosos motores y no nos dejaremos arrastrar —dijo el profesor Stefansson—. No hay peligro.

Miguel Ángel Aznar miró a Harry Tierney.

—¿Está usted de acuerdo, señor Tierney? —preguntó.

—Bueno, le daremos al profesor la oportunidad de ver de cerca a ese planeta vagabundo. En el momento de máxima aproximación, según comprobemos como nos afecta la masa del planeta, haremos las rectificaciones oportunas.

El profesor Stefansson se restregó las manos.

—¡Magnífico! Disponemos de cinco horas para disponer nuestras cámaras fotográficas y nuestro espectroscopio. En los medios científicos de la Tierra debe haber causado gran sensación la irrupción de ese extraño planeta en nuestro sistema solar. Nosotros seremos quienes más cerca se encuentren de ese planeta, y es casi un deber contribuir a los esfuerzos que estarán haciendo todos los

observatorios astronómicos de la Tierra para conocer el mayor número de datos respecto a ese nuevo mundo.

Poco después el profesor Stefansson y la señorita Von Eicken abandonaban la cámara de derrota.

—Que no nos pase nada —refunfuñó Richard Balmer.

—Calla, ave de mal agüero —dijo Miguel Ángel. Pero en el fondo, una especie de premonición le decía a Miguel Ángel que el planeta les causaría problemas.

Capítulo 2

LA CATÁSTROFE

Después de dormir cuatro horas, George Paiton se levantó a las doce y media. A la una estaba almorzando en compañía de Bab, de Thomas Dyer y Edgar Ley. En el comedor, la televisión estaba encendida, conectada al mismo circuito que la gran pantalla panorámica de la cámara de derrota.

El planeta errante había cambiado mucho de aspecto en las cinco últimas horas y aparecía ahora en plenilunio, enorme y amenazador, llenando con su blanca y resplandeciente imagen toda la pantalla.

—¡Caray! —exclamó Paiton—. No sé qué tiene ese planeta, pero no me gusta su aspecto. ¿Por dónde anda la gente?

Miguel Ángel, Richard y el señor Tierney estaban en la cámara de derrota. El profesor Stefansson, el profesor Von Eicken y Else se encontraban haciendo observaciones astronómicas. Bill Ley había ido a llevarles unos emparedados, en vista de que ninguno parecía disponer de tiempo para venir a almorzar.

—Tampoco han almorzado Miguel ni el señor Tierney ni Richard —concluyó Bab.

—Iré a relevar a Miguel para que venga a comer algo —dijo Paiton.

—Yo le acompaño —dijo Thomas Dyer.

Pasado un rato entraron en el comedor Harry Tierney, Richard Balmer y Miguel Ángel Aznar, sentándose a la mesa en compañía de

Edgar Ley, que estaba tomando su café.

Bab sirvió el almuerzo y los tres hombres se pusieron a comer.

—Por cierto —recordó Harry Tierney—. ¿Alguien se ha ocupado de dar de comer al «thorbod»?

—No te preocupes por el «thorbod», no va a morir de hambre —dijo Edgar Ley—. Le aprovisioné de agua y comida para varios días.

—Tal vez él no quiera vivir y prefiera morir de hambre —apuntó Dyer.

—Tanto mejor para nosotros —contestó Ley—. No quisiera parecer brutal, pero soy de la opinión de que ese monstruo estaría mejor muerto y conservado en hielo en nuestra nevera. Al menor descuido asesinará a alguno de nosotros. Si tiene la oportunidad se suicidará. Tenerle a bordo es como llevar una bomba con la espoleta activa. Nadie sabe cuándo estallará provocando una catástrofe.

—De momento le tenemos seguro en el pañol —dijo Tierney—. Allí no podrá causarnos ningún daño ni causárselo a sí mismo. En cuanto nos hayamos alejado de este planeta bajaré a echarle un vistazo.

—Procura no ir solo. La última vez me echó las manos a la garganta y poco faltó para que me rompiera el cuello.

—¿Es que no está esposado?

—Con dos pares de esposas, y aún así no sé si será suficientes. Ese tipo tiene la fuerza de un titán.

Harry Tierney miraba a la pantalla de televisión como si hubiera perdido todo interés por las palabras de Edgar Ley. Este se dio cuenta y, enojado, abandonó la mesa y salió del comedor.

—Ese condenado planeta viene sobre nosotros cada vez más aprisa —observó Richard Balmer.

—Es al contrario, Richard —rectificó Miguel Ángel—. Nuestra aeronave «cae» cada vez más deprisa hacia el planeta. La fuerza de atracción es inversamente proporcional al cuadrado de la distancia. A mayor distancia la fuerza de atracción es menor. Pero, inversamente, a medida que nos acercamos, la fuerza de atracción va aumentando, lo cual hace que se acelere nuestra velocidad con los cuadrados de los tiempos recorridos.

—¿Qué demonios espera descubrir el profesor Stefansson en ese planeta? —refunfuñó Balmer—. Por mi gusto daría el frenazo ahora

mismo y procuraría alejarme de ese sospechoso intruso. Ya es mala suerte, que después de cuatro mil años de Astronomía, hayamos tenido que venir a dar con el primer planeta errante que aparece en nuestro firmamento.

—Bueno, no puede asegurarse de un modo absoluto que sea la primera vez que un planeta vagabundo se introduce en nuestro sistema planetario. Emmanuel Velikovsky, un autor ruso emigrado a los Estados Unidos, que ha estudiado durante muchos años la Biblia y los mitos religiosos de los pueblos, ha llegado a la conclusión de que algo parecido ha tenido lugar hace tres mil años. En el Antiguo Testamento se cuenta que el capitán judío Josué, durante la batalla, ordeno al Sol que se parase sobre Gabaón, a fin de poder terminar antes de la caída de la noche la aniquilación de los cinco reyes amorreos. Efectivamente, el Sol no se puso durante los dos días siguientes. Durante estos días el Sol brilló constantemente no solo en el cielo de Gabaón, sino en todo el Oriente, Persia y China. En aquella época, Europa, el África occidental y América estuvieron sumergidas en una larga noche. Hoy se puede afirmar como seguro que en aquel momento, un cuerpo celeste, de proporciones gigantescas, penetró en nuestro sistema solar. Su fuerza de atracción debía ser tan grande que retrasó el movimiento de rotación de la Tierra, y dio la impresión de que el Sol se había detenido. Esta irrupción de un cuerpo celeste en la órbita de la Tierra produjo una alteración en el calendario que existe todavía hoy. Hasta el setecientos cuarenta y siete antes de Jesucristo, el año, entre todos los pueblos civilizados de la época, era cinco días más corto que el actual. Esta alteración podría explicarse con la disminución de la velocidad de rotación de la Tierra, como consecuencia de la proximidad de un planeta de gran tamaño.

—¿Como este que estamos viendo?

—Sí.

—¿Y producirá también este planeta alteraciones en el movimiento de rotación de la Tierra?

—Bueno, eso no lo sé —sonrió Miguel Ángel—. Este planeta no se acerca, sino que se está alejando de la Tierra. Puede que le afecte de una forma menos espectacular que la otra vez, por ejemplo produciendo grandes mareas.

—Entonces, ¿usted cree que este planeta errante es el mismo que

hizo pararse la Tierra durante la guerra de Josué contra los reyes moritas? —La pregunta vino esta vez de Harry Tierney, causando la perplejidad de Miguel Ángel Aznar.

—No puedo contestarle a eso. Ni se me había ocurrido. El profesor Stefansson quizás pueda contestarle mejor que yo a esa pregunta. Por mi parte me he limitado a transcribir lo que dice Velikovsky en su libro «Choque de Mundos».

Harry Tierney se puso en pie.

—Voy a buscar al profesor Stefansson y a preguntarle si ha dado ya por terminadas sus observaciones —dijo el millonario.

Miguel Ángel y Richard Balmer todavía se entretuvieron un largo rato tomando café y fumando un cigarrillo. Luego regresaron a la cámara de derrota. En el reloj eléctrico de la cabina eran las catorce horas. Richard Balmer volvió a su asiento ante la pantalla del radar.

—¡Ey! —exclamó—. ¡Mira esto, Miguel. Estamos a solo ciento veinte mil kilómetros de ese dichoso planeta!

—Y deberíamos encontrarnos todavía a doscientos mil —murmuró Miguel Ángel—. Ochenta mil kilómetros de diferencia ya es un error de bulto. La señorita Von Eicken ha debido equivocarse.

—¡Pero si fue la computadora quien efectuó el cálculo!

—No es culpa de la computadora, sino un error de apreciación de la masa de ese planeta. La fuerza de atracción que ejerce sobre nosotros está en función de su masa, no del volumen. Ambas cosas son distintas y nada tienen que ver una con la otra.

—Humm... —dijo George Paiton— hemos llegado con quince minutos de adelanto sobre el horario previsto. ¿Tiene eso mucha importancia?

—No demasiada, espero —contestó Miguel Ángel—. Solo que a cuanta más velocidad, y mayor sea la fuerza de atracción que ejerce sobre nosotros el planeta, mayor será el gasto de combustible que tendremos que hacer para apartarnos de él. Y no andamos muy sobrados de combustible, después del prolongado tiempo de aceleración para escapar de Venus.

George Paiton se inclinó sobre el medidor.

—Ya hicimos un cálculo del combustible que gastaríamos acelerando, y luego del que haría falta para el frenado y la reentrada en la atmósfera de la Tierra, y todavía dejamos un

margen bastante generoso por... ¡Epa! ¿Qué es esto? —exclamó Paiton pegando un brinco de sobresalto. Y su delgado rostro, terriblemente pálido, se volvió hacia Aznar—. ¡El nivel señala cero!

—Eso es imposible —dijo Miguel Ángel echando el busto hacia adelante para mirar a la esfera indicadora del nivel de combustible.

Pero Paiton estaba en lo cierto. La aguja del nivel estaba en la zona roja bajo la indicación de «empty» (vacío). Aunque le constaba que tal indicación tenía que estar forzosamente equivocada, también Miguel Ángel Aznar se sintió palidecer. Le asestó un puñetazo al cristal de la esfera. Golpeó de nuevo. La aguja no se movió.

Los ojos de Paiton y los de Aznar se encontraron con expresión interrogante.

—Debe de ser una broma —dijo Paiton.

—Dyer —dijo Miguel Ángel al ingeniero—. ¿Quiere verificar un chequeo?

El ingeniero, sentado ante la computadora apretó un botón. En el enorme panel se encendieron dos luces rojas. Una indicaba que la cúpula de cristal del observatorio estaba fuera. La otra era una confirmación al indicador de combustible.

—¡No hay combustible en los depósitos! —exclamó Thomas Dyer.

—¿Puede haberse abierto una grieta? —preguntó Miguel Ángel—. ¿Es posible una rotura en la tubería principal?

—¡Dios mío, no lo sé! —gimió Thomas Dyer.

—Podemos comprobar si llega combustible a la bomba —dijo Paiton.

—¡Quieto, no toques nada! —gritó Miguel Ángel, deteniendo la mano de George Paiton—. Si es lo que me figuro, el combustible puede estar derramado por la sentina y parte del piso inferior. La más pequeña chispa, el simple acto de encender una luz, podría provocar una explosión que nos haría pedazos.

Los hombres quedaron quietos y silenciosos, comprendiendo el gran peligro en que se encontraban. En efecto, el combustible que utilizaban los motores del «Lanza» era tan inflamable como la pólvora y mil veces más peligroso. No solo el líquido era altamente inflamable, sino también sus gases. Hombre de decisiones rápidas frente al peligro, Miguel Ángel Aznar hizo saltar el cierre de su

cinturón y se puso en pie.

—¿Hacemos sonar la señal de alarma? —preguntó Paiton.

—¡No, por Dios! —exclamó Aznar—. La señal sonaría también en los compartimientos inferiores. Aquello puede estar lleno de gases. El claxon produciría la chispa que bastaría para inflamarlo todo. Venga conmigo, Dyer. Llevaremos a cabo una inspección visual.

Dyer desabrochó torpemente su cinturón.

—¿No cree que deberíamos avisar a Tierney? —apuntó.

—Bien, vaya a decírselo. Yo voy andando hacia allá. Estaré en el hangar de abajo.

Miguel Ángel salió de la cabina y avanzó por el corredor dándose impulso con las manos. La falta de gravedad le hizo volar a lo largo del pasillo hasta la puerta estanca que lo cerraba. Entró en el *living*, que cruzó metiendo las puntas de los pies en las asas del piso. Otra puerta le llevó a un segundo corredor donde estaban la cocina, la despensa y un par de camarotes.

La puerta de la cocina estaba abierta, y en ella Bab. Le bastó a la joven ver la expresión del rostro de su marido para comprender que algo grave ocurría.

—¡Miguel! ¿De qué se trata? —preguntó.

Él se lo explicó en breves palabras. Bab palideció.

—Si solo se ha derramado el combustible, habrá alguna forma de recogerlo y volverlo a meter en los depósitos, ¿no es cierto? —dijo Bab.

—No es tan sencillo, querida. Pero no te asustes demasiado, veremos de encontrar una solución.

Miguel Ángel dejó a su esposa y se dirigió a la puerta estanca del fondo del pasillo. La abrió y pasó a otro corredor. En este se abrían las puertas de los cuartos de baño y dos compartimientos de duchas. La puerta que estaba al fondo de este último pasillo le condujo directamente al gran hangar donde estaban el helicóptero y una gran plataforma lanza-cohetes

con su sistema de dirección de tiro por radar incorporado.

El helicóptero quedaba al fondo, convenientemente amarrado con flejes y tensores de acero. La rampa lanzacohetes estaba inmediata a la puerta por donde entró Miguel Ángel. A la derecha

de esta puerta, en un rincón, había un montacargas de plataforma circular. Pero el cosmonauta optó por no utilizar el montacargas. En el rincón opuesto había una sólida escotilla de acero con su correspondiente cierre a presión. Miguel Ángel se dirigió a la escotilla, hizo girar el manubrio y levantó la tapa, que en las actuales circunstancias de ausencia de gravedad no pesaba absolutamente nada.

Metiendo la cabeza por el hueco oscuro, Miguel Ángel husmeó en busca de señales de gases. No oliendo nada se atrevió a pulsar el conmutador, encendió la luz eléctrica en el hangar inferior, encerrada en un hermético globo de cristal. Una escalerilla de aluminio conducía abajo.

Bajó por la escalerilla hasta el hangar, que estaba vacío, salvo algunas cajas amontonadas y trincadas en un rincón, una carretilla de propulsión eléctrica, también trincada con flejes y cuerdas, y una doble fila de proyectiles cohete de dos metros de longitud alineados y sujetos a ambos lados, contra los mamparos laterales. Había cinco puertas que daban al hangar; dos al fondo, hacia la cola de la cosmonave, y tres en el mamparo opuesto, todas provistas de manubrio y cierre de presión. Miguel Ángel se dirigió a la puerta del centro, de las tres que tenía más cerca, hizo girar el manubrio y entreabrió la puerta.

Apenas había abierto media pulgada, cuando salieron por el intersticio unas ondulantes cintas de un líquido ligeramente azul y de penetrante olor.

Miguel Ángel cerró inmediatamente la puerta, viendo cómo las cintas se disolvían en gotas, y estas adoptaban la forma de pequeñas esferas que, como perlas, flotaban y se desparramaban por el aire. En este momento aparecían unas piernas por la escotilla abierta en el techo. Harry Tierney llegó abajo de un salto y se asió a la escalerilla para recobrar el equilibrio. Su rostro, generalmente pálido, aparecía blanco como el papel.

Detrás de Tierney, Bill Ley bajó cabeza abajo parando el golpe con las manos contra el piso del hangar. Edgar Ley bajó más comedidamente, y a continuación Thomas Dyer.

—¿Y bien? —interrogó Tierney mirando a Miguel Ángel.

—El combustible está ahí, detrás de esa puerta —señaló el español.

—¿Cómo ha podido ocurrir semejante cosa? ¿Y cómo nadie se dio cuenta hasta que los depósitos estuvieron totalmente vacíos?

—Seguramente estábamos todos demasiado ocupados observando a ese dichoso planeta errante. Respecto a cómo ocurrió, no lo sé. ¿Dónde encerraron al «thorbod»?

—Ahí —señaló Edgar Ley la puerta de la izquierda. Miguel Ángel se dirigió a la puerta para hacer girar el manubrio.

—¿Qué hace usted? ¡Ese tipo es muy peligroso! —exclamó Edgar Ley.

Sin prestar atención a las protestas de Ley, el español empujó la puerta una pulgada. Una gruesa cinta de líquido azul escapó por el intersticio, obligando a Miguel Ángel a cerrar y echar el cerrojo. Como la vez anterior, con la puerta inmediata, la cinta se rompió formando brillantes bolitas que se desparramaron flotando por todo el hangar.

—¡También el pañol está inundado! —exclamó Bill Ley—. El pobre amigo «thorbod» debe estar pasándolo bastante mal.

Miguel Ángel se dirigió a Thomas Dyer.

—¿Cómo se explica que haya comunicación entre el pañol y el pasillo donde se acumuló el combustible? Tenía entendido que todos los compartimentos eran absolutamente estancos, incluso los pañoles.

—Pregúntele a Ley. Fue él quien diseñó la distribución interior del «Lanza» —se excusó Dyer. Edgar Ley se rascaba la cabeza perplejo.

—No lo comprendo. El «thorbod» no puede haberlo hecho...

—¿Hacer qué, Edgar? —estalló Tierney colérico.

—El piso del pañol no estaba soldado como los demás, solo atornillado.

—¡Atornillado! —exclamó Miguel Ángel—. ¿Solo atornillado?

—Era preciso que fuera así para tener acceso a las válvulas del mecanismo hidráulico del tren de aterrizaje, que quedan debajo del pañol. Pero el «thorbod» no puede haber sacado esos tornillos con las manos esposadas sin herramientas... ¡cómo no lo hiciera con los dientes!

—Dígame, Ley —interrogó Miguel Ángel—. Una vez levantado el piso del pañol, ¿se puede llegar hasta la tubería principal de combustible?

—La bomba principal está bajo el piso del corredor. Queda un espacio muy angosto... ¡Mil demonios! —se interrumpió Ley—. Si el «thorbod» pudo levantar el piso y meterse por ese hueco, quizás alcanzara la bomba con sus largos brazos a través de los agujeros del refuerzo inferior. ¡Ese tipo tiene una fuerza extraordinaria! Quizás consiguió arrancar a tirones la tubería a la salida de la bomba. ¡Maldita sea mi perra suerte! ¿Por qué se me ocurriría encerrar al «thorbod» en el pañol? ¡Oh, Dios mío!...

La desesperación del hombre era tan evidente que movía a compasión.

—¿Pero cómo pudo ese demonio sacar los tornillos si no tenía herramienta alguna a mano? —repetía una y otra vez Ley.

—Estaba esposado, ¿no? Pudo romper las esposas y utilizar estas como destornillador —apuntó Thomas Dyer.

—¡Eso fue, maldito sea! —exclamó Ley—. No pudo hacerlo de otra forma.

—Está bien, Edgar —cortó Tierney secamente—. El cómo lo hizo es lo de menos. Él quiso causarnos un daño y lo consiguió. No va a ser tarea fácil recoger todo ese combustible y volverlo a meter en los depósitos. En esta falta de gravedad, intentar coger un líquido es como cazar moscas en el aire.

—Tenemos el aspirador que construimos especialmente para recuperar los derrames de combustible —apuntó Bill Ley.

—Claro, ya había pensado en ello. Ese aspirador tiene una capacidad de veinte litros. ¿Cuántas veces habría que vaciarlo para recoger sesenta mil litros de combustible?

—Podríamos empalmar una manguera y conducir directamente el combustible al depósito —dijo Thomas Dyer.

—¿Cuál es la capacidad de bombeo de ese aspirador? —preguntó Aznar.

—Muy poca, por supuesto. Pero con tiempo por delante...

—Amigos míos, me temo que ustedes olvidan algo muy importante —dijo Miguel Ángel Aznar—. El tiempo también cuenta en nuestro caso. Ese maldito planeta nos está arrastrando consigo y acabaremos por caer sobre él si antes no ponemos en marcha nuestros motores y contrarrestamos la fuerza que nos atrae. No sé cómo puedan recoger ese combustible y soldar la tubería sin que se produzca una explosión, pero si creen que pueden hacerlo, solo les

digo una cosa... ¡dense prisa!

—Está bien, señor Aznar —contestó Harry Tierney—. Regrese a la cámara de derrota y quédese allí. Diga a sus amigos Paiton y Balmer que acudan aquí a ayudar. Creo que van a ser necesarios los esfuerzos de todos.

Miguel Ángel Aznar abandonó el hangar irritado.

Al pasar de nuevo por la cocina fue interceptado por su esposa.

—¿Qué ocurre, Miguel? —inquirió la joven, intranquila.

—El combustible se derramó, en efecto. Nuestro prisionero el Hombre Gris lo hizo. Rompió las esposas y las utilizó como destornillador para levantar el piso. Debajo del piso hay un hueco. El «thorbod» se introdujo por allí, alcanzó la bomba que alimenta los motores y debió arrancar la tubería. El combustible se derramó inundando la sentina y el corredor inferior.

—¿Y qué va a ocurrir ahora, Miguel?

—Tierney intenta recuperar el combustible vertido, pero no lo conseguirá antes de varias horas. Es decir, demasiado tarde para impedir que nos precipitemos sobre ese planeta errante que ya está tirando de nosotros.

—¿Quieres decir que... no tenemos salvación? —balbuceó la joven.

—No lo sé, Bab. Depende de muchas cosas. Ven a la cabina conmigo.

Siguieron adelante, cruzando el *living* para llegar a la cámara de derrota, donde George Paiton y Richard Balmer les miraron expectantes.

Miguel Ángel les puso en breves palabras al corriente de lo que ocurría, terminando:

—Tierney quiere que acudáis al hangar inferior para colaborar en los trabajos de recuperación de combustible.

—¡Condenado planeta errante! —exclamó Balmer—. ¡Yo sabía que nos iba a traer complicaciones!

Los dos exsoldados salieron rápidamente quedando Bab y Miguel Ángel solos en la cabina. Miguel Ángel fue a inclinarse sobre el indicador del radar. La distancia que les separaba del planeta errante era de noventa mil kilómetros.

—¿Nos estrellaremos contra él? —preguntó Bab temblando.

—No lo sé, Bab. Nuestros cálculos fallaron por completo. No

ocurriría nada si dispusiéramos de nuestros motores, pero no hay que contar con ellos por ahora.

Else Von Eicken entró en la cabina seguida de su padre, el profesor Erick Von Eicken, un hombre alto, rubio, de expresión seria. Sin decir una palabra, Else y el profesor fueron a situarse ante la pantalla del radar. Mientras tanto Miguel Ángel ocupaba de nuevo el sillón del piloto, indicando a su esposa con una seña que se sentara en el sillón contiguo.

Comprobó Miguel Ángel que el nivel de combustible del depósito de proa, bajo la cabina, señalaba tres cuartos de su capacidad total. Esto era en cierto modo satisfactorio, y no había razón para que fuera de otro modo. Este pequeño depósito era independiente de los demás y servía para suministrar combustible a los cuatro pequeños motores de proa, que se utilizaban solamente para dirigir el rumbo.

—¿Cómo pudo salirse todo el combustible de los depósitos? —preguntó Else de pronto.

—Muy sencillo —explicó Miguel Ángel—. En un vehículo espacial, donde no existe la gravedad, tiene que adoptarse algún medio para que el combustible fluya desde el depósito, cualquiera que sea la posición que adopte la cosmonave. Dentro de cada depósito hay un gran saco de plástico que se llena de aire comprimido. A medida que se gasta el combustible, el saco se va hinchando, rellenando el vacío que dejó la salida del combustible. En esta ocasión los sacos actuaron como el émbolo de un pistón, empujando el combustible y echándolo fuera por la tubería que rompió el «thorbod». —Bab asintió en silencio.

—¿Cómo vamos? —preguntó Miguel Ángel volviendo la cabeza para dirigirse al profesor Von Eicken.

—Hemos alcanzado el punto de máxima proximidad. El planeta empieza a alejarse. Calculo que seguirá alejándose de nosotros durante tres horas por lo menos, aunque cada vez lo hará más despacio. Lo que ocurre en realidad, es que la masa del planeta tira de nosotros y nos va acelerando. Llegará un momento en que nuestra velocidad se igualará a la del planeta, y entonces parecerá que estamos inmóviles. Luego de nuevo volveremos a acortar distancias. En realidad, lo que ocurrirá entonces, es que estaremos cayendo sobre él a una velocidad cada vez mayor. Solo si

conseguimos poner en marcha los motores podremos evitar...

El profesor no concluyó la frase, pero hizo un gesto elocuente. No era necesario decir más. De hecho, sería como si el «Lanza» llegara a la Tierra con los depósitos exhaustos, después de haber hecho un viaje a la Luna. La reentrada en la atmósfera terrestre sería muy violenta y el aparato tendría que valerse exclusivamente de sus cortas alas para frenar tan tremenda velocidad en un largo planeo que les llevaría... ¿a dónde?

Capítulo 3

ATERRIZAJE FORZOSO

En el reloj patrón de la cámara de derrota eran las veintidós horas. Miguel Ángel Aznar acababa de encender los pequeños motores de proa para corregir el rumbo. De un blanco deslumbrador, enorme, el disco del planeta errante llenaba toda la pantalla de televisión.

Completamente solo en la espaciosa cabina, Miguel Ángel no se atrevía a utilizar el teléfono para preguntar cómo andaban los trabajos en el puente inferior.

Media aeronave estaba llena de los gases del combustible derramado. El simple chisporroteo del electroimán del timbre del teléfono podía bastar para inflamar aquellos gases y provocar una explosión que acabaría con el «Lanza» y la vida de todos sus tripulantes.

Hacía más de una hora que Bab vino a traerle algo de comer, y le informó de la marcha de los trabajos. Toda la tripulación bregaba denodadamente para devolver sesenta toneladas de combustible a los depósitos de donde se escapó.

Se habían ingeniado toda clase de medios, utilizando un aspirador especial, una bomba de achique movida a mano, bolsas de plástico... y poco más. En verdad resultaba sumamente difícil capturar un líquido que, debido a la ausencia de gravedad, flotaba en el aire e iba de un lado a otro escurriéndose como anguilas. Todo hubiera sido mucho más fácil si, existiendo una fuerza de gravedad,

el líquido hubiese adquirido peso yendo a depositarse en el piso. Pero el único medio de crear una fuerza de reacción contra el piso, equiparable a la fuerza de gravedad, consistía en poner en marcha los motores. Sin embargo, los motores no podían ponerse en marcha, debido primero a la falta de combustible, y después a la rotura de la cañería. El combustible, por otra parte, era sumamente volátil y tóxico. Los que trabajaban en él habían tenido que recurrir a medios extremos para no ahogarse en aquel líquido que lo invadía todo. Bill Ley, Harry Tierney, George Paiton y Richard Balmer vestían trajes de goma de «hombre rana» con careta y botellas de oxígeno. Todos los demás se habían vestido sus trajes de cosmonauta, con escafandra y también botellas de oxígeno.

¿Qué había sido mientras tanto del Hombre Gris, autor de aquel descomunal estropicio?

Edgar Ley lo había encontrado inverosímilmente incrustado en el hueco que había bajo el piso, lugar que en los barcos solía recibir el nombre de sentina. El «thorbod» había conseguido abrir la tapa desde dentro. Luego había roto a tirones la tubería que empalmaba al cuerpo de la bomba de impulsión, y finalmente había muerto ahogado en combustible. Tal vez lo ingirió voluntariamente buscando la muerte. Siete horas llevaba la tripulación tratando de recoger el combustible derramado. La mayoría no se había detenido siquiera a comer. Miguel Ángel ignoraba lo que estaba ocurriendo abajo, aunque, lógicamente, no cabía confiar en que hubieran sido capaces de resolver en una hora lo que inútilmente llevaban tratando de hacer en las seis anteriores.

La puerta de la cabina se abrió y el profesor Stefansson entró con su traje de cosmonauta todavía chorreando agua. Stefansson había tenido que ponerse debajo de la ducha para quitarse la mayor parte del combustible que pringaba todo su traje. Aún ahora, olía espantosamente. El profesor había dejado en alguna parte su escafandra, pues venía sin ella.

—¡Ya era hora que acudiese alguien! —exclamó Miguel Ángel—. ¿Se puede saber qué ocurre por allá abajo?

—Es inútil, Miguel —dijo Stefansson suspirando—. No hemos podido recoger ni un tercio del combustible vertido. Tierney se da por vencido y ha decidido realizar un aterrizaje forzoso es este planeta.

—¡Está loco! ¿Cree que vamos a poder aterrizar en ese planeta sin ayuda de los motores?

—El cree que sí. Ese planeta tiene una atmósfera densa, aunque no oxígeno. Tierney es de la opinión que si conseguimos tomar tierra allí sin percance, podremos dedicarnos con tiempo y mejores medios a recoger todo el combustible y reparar la avería. Con sesenta toneladas de combustible, aligerándonos de todo el peso superfluo, calcula que podemos despegar de ese planeta y regresar a la Tierra dejándonos caer sobre el Océano Pacífico o el Atlántico.

—¿Dónde está Tierney? Quiero hablar con él.

—Debe estar en las duchas ahora...

—Iré a buscarle —dijo Miguel Ángel desabrochando su cinturón.

En el corredor se encontró de manos a boca con el profesor Von Eicken y su hija Else. Ambos, como el profesor Stefansson antes, vestían sus húmedos trajes de cosmonauta, si bien que sin escafandra.

—Aznar, vamos a calcular... —empezó el profesor deteniéndose.

—Vayan calculando lo que quieran, profesor. Regreso en seguida.

Pasada la puerta del compartimiento estanco, Miguel Ángel se encontró en el *living* con George Paiton y Richard Balmer que engullían apresuradamente unos emparedados en presencia de Bab. Ambos vestían todavía sus chorreantes trajes de «hombres rana», después de haberse duchado. Harry Tierney entraba en este momento en el salón-comedor, también escurriendo agua de su traje de goma.

—Bien, Tierney. Hábleme de lo que piensa hacer —dijo Miguel Ángel.

—Es inútil, Aznar. Lo hemos intentado todo. No disponemos de medios para recuperar ese condenado combustible, ni queda tiempo para otra cosa que intentar un aterrizaje forzoso en ese planeta —dijo Tierney.

—¿Cuántas probabilidades tenemos de salir con vida de un aterrizaje forzoso? ¿Ha pensado en ello?

—Ya no se trata de pensar, señor Aznar, sino de actuar.

—¿No existe ninguna otra solución? Por ejemplo, abrir la compuerta del hangar y dejar que todo el combustible que queda

por recoger se escape al espacio. Una vez limpio el puente inferior, podríamos reparar la tubería y utilizar el poco combustible que queda en el depósito para escapar de la atracción del planeta y dirigirnos a la Tierra. Un amerizaje en el Pacífico o el Atlántico ofrecería muchas más garantías de éxito que...

—Ya pensamos en eso, señor Aznar. Creo que hemos pensado en todo sin olvidar ninguna alternativa. Lo que usted propone no es posible. No todo el combustible saldría por la compuerta al espacio. El que queda bajo el piso se solidificaría con el frío de cero grados absoluto. Pero aún congelado, el combustible emanaría gases. La misma tubería quedaría llena de combustible en estado sólido. Aplicar el soplete a la tubería, en estas condiciones, sería tanto como buscar el suicidio. Sería demasiado arriesgado. Y además ya es tarde. Suponiendo que no voláramos en pedazos en medio de una explosión, la aeronave ya estaría volando en la atmósfera de ese planeta para cuando termináramos de soldar la tubería... y entonces no nos bastarían los doce o quince mil litros de combustible que tenemos en el depósito, sino cincuenta o sesenta mil para remontar de nuevo el vuelo y alcanzar la velocidad de «escape».

—Señor Tierney, usted ha construido este aparato y sabe que necesitaríamos una sólida pista de treinta kilómetros de longitud cuando nos precipitemos sobre el suelo a más de mil kilómetros por hora. También sabe que, con los motores parados, no podremos escoger el lugar de aterrizaje.

—¡Lo sé, lo sé! —gritó Tierney exasperado—. ¡Sé todo lo que pueda decirme! ¿Qué quiere que haga? No hay otra alternativa. Intentaremos aterrizar... ¡y que Dios nos proteja!

—Yo soy el piloto de esta aeronave, señor Tierney. Si sobreviene el desastre...

—Señor Aznar, si no se siente usted capaz de llevar el «Lanza» a tierra, lo haré yo mismo —cortó Tierney secamente.

—¿Confiar mi vida y la de todos mis amigos en sus manos? —exclamó Aznar irritado—. No, señor Tierney. Usted acepte su responsabilidad, que yo aceptaré la mía.

—Si es así no hay más que hablar. ¡Vuelva a su puesto!

—Los gritos no sirven aquí para nada, señor Tierney. Ya no soy un empleado que recibe órdenes, sino un hombre que intenta salvar su vida y, de paso, también la de usted —contestó Miguel Ángel

secamente. Tierney no contestó.

—Bab —dijo Miguel Ángel a su esposa—. Por favor, trae mi equipo completo a la cabina. Y que todos los demás se provean de sus trajes, de sus escafandras y sus botellas de oxígeno.

Después de varios meses de relaciones amistosas, esta era la primera vez que Miguel Ángel sostenía una discusión violenta con Tierney.

El español regresó malhumorado a la cámara de derrota. Allí se encontraban el profesor Stefansson, Else y el profesor Von Eicken. La chica estaba ante la computadora.

—Else, vaya usted a buscar su escafandra y no olvide tampoco las botellas de oxígeno —le dijo Miguel Ángel—. Luego quédese en su camarote bien amarrada a su litera.

—El señor Tierney me ordenó quedarme para ayudarlo en los cálculos con la computadora.

—¡Al diablo la computadora! —bufó Miguel Ángel—. Maldita la falta que me hace. Si no tenemos motores ¿para qué queremos computadora? En una caída libre, lo único que necesitamos es suerte y buen tacto para manejar los timones. Nadie me puede ayudar en eso, excepto la experiencia y el instinto.

—Como usted diga, señor Aznar —murmuró la joven.

—Usted quédese, profesor Stefansson —dijo Miguel Ángel—. Debo documentarme mejor sobre ese planeta.

Los Eicken abandonaron la cabina, quedándose Stefansson.

—Veamos, profesor —preguntó Aznar—. ¿Cuáles son las características más notables de ese mundo?

—Las dimensiones del planeta son muy parecidas a las de Marte. Es decir, su diámetro viene a ser como la mitad del de la Tierra, y su volumen diez veces menor. Si la masa se correspondiera con el volumen, un hombre que pesara setenta kilos en la Tierra solo debería pesar veintiséis en ese planeta, pero ahora sabemos que no es así. El componente principal de ese pequeño mundo debe de ser algún material muy pesado, por ejemplo una mezcla de hierro y níquel. La fuerza de gravedad debe alcanzar valores parecidos a los de la Tierra, si bien yo creo que serán algo menores, por ejemplo de un ochenta por ciento.

—Eso nos favorece. ¿Qué hay de su atmósfera?

—Su atmósfera es increíblemente densa para el tamaño del

planeta. Más o menos semejante a la atmósfera de la Tierra, con ochenta partes de anhídrido carbónico, quince de nitrógeno, y el resto de hidrógeno, ozono y otros gases. Las altas capas de la atmósfera alcanzan los cien kilómetros de altura.

—Hábleme de las características del suelo.

—No existen grandes alturas. El planeta es viejo y las montañas han sido muy erosionadas en el transcurso del tiempo. Todo el planeta aparece cubierto de hielo, existiendo grandes llanuras, que a nuestro juicio corresponden a océanos helados.

—¿Esas llanuras, son realmente llanas? Quiero decir si serán lo suficiente planas como para que podamos aterrizar sobre ellas.

—No podría precisar hasta tal punto. Solo digo que si, en efecto, se trata de mares helados, la superficie del hielo debe ser tan lisa que permita deslizarse sobre ella con patines.

—Espero que no se haya equivocado. Aunque, realmente, no depende de usted —dijo Miguel Ángel—. Todo lo que podemos hacer es planear el mayor tiempo posible. Este aparato tiene alas cortas y no resulta muy manejable en ese sentido. Si tenemos la suerte de descender sobre uno de esos océanos helados, todo irá bien. De lo contrario no podremos remontarnos y caeremos donde nuestra buena o mala suerte nos lleve. Ahora vaya a buscar su escafandra y amárrese bien a su litera. La toma de suelo puede resultar algo violenta.

El profesor Stefansson abandonó la cabina, cruzándose en el pasillo con Bárbara Watt, que venía con el voluminoso traje de cosmonauta de Aznar.

En toda la aeronave los tripulantes se movían con rapidez y nerviosismo. Se duchaban, iban a cambiarse de ropa y aprovechaban los últimos minutos para comer algo apresuradamente.

Por arriba del casco de la aeronave, hacia la cola, sobresalía la cúpula de cristal de dos metros de diámetro del observatorio astronómico, desde el cual los profesores Stefansson y Von Eicken habían realizado sus observaciones.

Accionando un botón en la cámara de derrota, la cúpula de cristal se escondió en el interior de la aeronave. Acto seguido, una plancha se deslizó sobre unas guías y cerró herméticamente el hueco. Una antena parabólica de radar dejó de dar vueltas sobre la

parte superior delantera del casco y, como la cúpula de cristal, se escamoteó ocultándose en un hueco, que fue cerrado a continuación. Como una gigantesca tortuga, la cosmonave ocultaba todos sus miembros, preparándose para su entrada en la atmósfera del planeta.

George Paiton entró en la cámara de derrota, sujetó sus botellas de oxígeno al respaldo del sillón y se ajustó la escafandra. Bab, que había salido, regresó con una bolsa de plástico llena de emparedados. Poco después llegaba Richard Balmer, la escafandra bajo el brazo y en la mano sus botellas de oxígeno, engullendo el último bocado.

El último en entrar fue Harry Tierney, después de haber recorrido todo el puente superior, apagando luces y asegurando las puertas estancas.

Con los últimos preparativos habían transcurrido cuarenta minutos. Miguel Ángel Aznar y George Paiton ocuparon respectivamente el asiento del piloto y el del copiloto. Ambos conectaron un hilo telefónico que iba de sus respectivas escafandras al tablero de instrumentos. A partir de este momento quedaban en comunicación por la línea telefónica interior.

También podrían haberse comunicado por medio del pequeño aparato de radio que cada escafandra llevaba alojado en su interior, pero de momento no era necesario, como tampoco lo era conectar los tubos de sus correspondientes botellas de oxígeno.

Harry Tierney fue a ocupar el asiento libre frente a la computadora y conectó también su teléfono individual por medio de una clavija insertada al tablero.

Sorprendentemente tranquilo, Miguel Ángel atendía a todos los detalles. La aeronave caía hacia el planeta con la afilada proa apuntando al enorme disco resplandeciente, como un dardo camino de la diana.

—Diez mil kilómetros —anunció Richard Balmer.

Miguel Ángel tecleó en los botones de la consola central, planteando el problema a la computadora. Esta dio su respuesta inmediata. Miguel Ángel pulsó de nuevo los botones, se aseguró de que no había error y pulso otro botón.

Bajo la proa del Lanza, una pequeña tobera expulsó un chorro de gases. La proa del aparato se levantó, y en la cabina de mando la

imagen del planeta errante dio la impresión de hundirse, desapareciendo por el borde inferior de la pantalla de televisión.

Después de esta maniobra la aeronave caía «a plano» sobre el planeta, con un casi imperceptible ángulo, que debería ser suficiente para impulsarla hacia adelante cuando poco después entraran en juego las grandes fuerzas de resistencia que opondría el aire de la atmósfera.

—Paiton, ciérralo todo —ordenó Miguel.

George Paiton apretó un botón de los innumerables del cuadro. Inmediatamente la pantalla quedó a oscuras, pero no apagada.

Pequeños puntos de luz sobre el fondo negro indicaban que la televisión estaba funcionando. En el exterior, los objetivos de las dos cámaras emplazadas a proa acababan de ser cubiertos. El «Lanza» volaba a ciegas. Esto era necesario debido a que, en los primeros quince minutos, el enorme calor desarrollado como consecuencia del frote con el aire habría fundido el cristal de las lentes de las cámaras hasta destruirlos. La afilada lanza metálica que remataba la punta de la proa se pondría al rojo vivo, y todo el casco de la aeronave habría sufrido los mismos fenómenos a no estar totalmente recubierto por una capa de material cerámico altamente resistente al calor.

De ahí por qué se habían escamoteado la cúpula de cristal del observatorio y la antena parabólica del radar. El «Lanza» llevaba en el borde de ataque de las alas unos filamentos especiales incrustados en la cerámica que harían las veces de antena de radar en estas circunstancias.

El altímetro-radar, el girocompás, el horizonte artificial y el indicador de inclinación serían, junto con el velocímetro, los únicos instrumentos de que podrían valerse para aquel arriesgado aterrizaje, al menos hasta que una reducción de la velocidad permitiera abrir los objetivos de las cámaras y utilizar de nuevo la televisión.

—Siete mil kilómetros —anunció Balmer. Su voz se escuchó simultáneamente en el altavoz de la cabina y en el interior de las escafandras de la tripulación, aún de los más lejanos.

—Seis mil kilómetros.

En la cabina reinaba un silencio total, casi opresivo.

—Cinco mil kilómetros.

Miguel Ángel buscó el tubo que salía de las botellas colgadas tras el respaldo del asiento. Después se puso los gruesos guantes.

—Conecten ahora los tubos a sus escafandras. Abran las espitas y asegúrense de que el oxígeno llega sin dificultad a sus pulmones —dijo Miguel Ángel por el teléfono interior.

—Cuatro mil kilómetros.

Bab, el propio Miguel Ángel, Tierney, Balmer y Paiton manipularon en las tráqueas de caucho.

—¡Tres mil kilómetros!

Miguel Ángel Aznar se retrepó en su asiento de conformación anatómica, los brazos sobre los brazos del sillón, la mano derecha sobre una pequeña palanca rematada en una bola amarilla, en la consola entre su asiento y el asiento del copiloto. A continuación extendió el asiento.

—¡Dos mil kilómetros!

El silencio en toda la aeronave se hizo quebradizo como un cristal. Metidos en sus escafandras, cada hombre y cada mujer solo escuchaba el sonido ronco de sus propias inhalaciones de oxígeno.

—¡Mil kilómetros! —casi gritó Balmer con voz nerviosa.

Los dedos enguantados de Miguel Ángel Aznar acariciaron la pequeña bola amarilla. Ahora se sentía muy cómoda, en posición horizontal. Pero...

Treinta segundos después el «Lanza» irrumpía como un meteoro en las altas capas de la atmósfera del planeta. Aunque el aire todavía era sumamente rarificado en aquellas alturas, la gran velocidad de entrada de la aeronave hizo dispararse el termómetro conectado a la lanza de acero de la proa. Simultáneamente, los cuerpos se hundieron en el mullido de los asientos y los miembros se hicieron tan pesados que nadie habría podido levantar una pierna, ni mucho menos incorporarse en el asiento. Desde una gravedad de signo cero, los cosmonautas pasaron bruscamente a una gravedad de 5. En estas circunstancias, incluso se hacía penoso hinchar los pulmones. No se podía respirar.

Casi a punto de desvanecerse, Miguel Ángel empujó ligeramente con los dedos la pequeña palanca de la consola. Le costó un tremendo esfuerzo realizar operación tan simple.

La pequeña palanca estaba conectada a un potente servomotor

que actuaba sobre los alerones de la aeronave. El «Lanza» bajó ligeramente la proa proporcionando momentáneamente alivio a los angustiados cosmonautas. Pero fue solo un alivio pasajero. Los enturbiados ojos de Miguel Ángel miraron a la pequeña pantalla donde electrónicamente aparecía escrita la altura: ciento veinte kilómetros.

Miguel Ángel tiró ahora de la pequeña palanca. El «Lanza» levantó la proa. De nuevo los cosmonautas sintieron sus cuerpos extraordinariamente pesados, como si una mano poderosa e invisible les aplastara contra los asientos.

El «Lanza» se precipitaba a tierra en un largo y alucinante picado. Ocurría todo tan aprisa que apenas había tiempo para pensar. Miguel Ángel apretó un botón al alcance de sus dedos. Los grandes flaps, accionados hidráulicamente, se bajaron en el borde posterior de las cortas y recias alas del aparato.

El «Lanza» había abandonado su condición de cosmonave para convertirse en un avión. El problema consistía en transformar la velocidad de caída vertical en una velocidad de desplazamiento horizontal, retardando en lo posible la toma de contacto con el suelo. Esto, que hubiera sido muy sencillo disponiendo de un motor a popa, no lo era tanto en las apuradas circunstancias del «Lanza». Solamente un experto piloto, con valor y dosis masivas de sangre fría, habría sido capaz de hacerlo.

Miguel Ángel Aznar era esta clase de piloto. A sesenta kilómetros de altura el «Lanza» se estaba moviendo ya a dos mil kilómetros por hora. A los cuarenta kilómetros la velocidad era de dos mil quinientos kilómetros por hora. Las terribles fuerzas «g» que aplastaban a los tripulantes iban en regresión. A treinta kilómetros de altura la atmósfera era ya bastante densa y el «Lanza» se hizo más manejable.

Lleno de valor y resolución, Miguel Ángel optó por una maniobra que pocos se habrían atrevido a acometer. Puso el avión en picado. La velocidad subió vertiginosamente. Aznar tiró de la palanca. Las fuerzas «g» le hundieron de nuevo en un estado de semiinconsciencia, pero esta sensación de agobio duró solamente un minuto. El avión salió de aquel picado y se encontró planeando a diez mil metros de altura y una velocidad de cuatro mil trescientos kilómetros por hora.

La agobiante sensación de aplastamiento se desvaneció y el oxígeno entró fácil y vigorizante en los asfixiados pulmones de los tripulantes.

Miguel Ángel puso su sillón en posición normal, haciéndolo también George Paiton, y todos los demás a continuación.

Las manos enguantadas de Miguel Ángel empuñaron la semirueda del timón. Los mandos, antes mollares y flojos, se habían tornado duros y firmes. La gran pantalla de televisión se iluminó de pronto, accionada automáticamente por la computadora al descender el «Lanza» a una velocidad soportable para la integridad de los teleobjetivos, mostrando el blanco y curvado horizonte.

Habían volado alrededor del planeta en la oscuridad de la noche y estaban de nuevo en el hemisferio iluminado por el Sol.

—Miguel, estamos perdiendo altura muy aprisa —advirtió Paiton. En efecto, estaban a cinco mil metros de altura, volando a dos mil quinientos kilómetros por hora.

—Veamos si encontramos un sitio apropiado para aterrizar —dijo Aznar entre dientes. Su mano se alargó hasta una pequeña rueda moleteada. Haciendo girar este botón sobre un cuadrante numerado en grados, los objetivos de las dos telecámaras adoptaron un ángulo que permitía ver hacia adelante y abajo.

Volaban sobre una serie de montañas de formas redondeadas, totalmente cubiertas de nieve, con anchos y largos ventisqueros.

—Cuatro mil metros —anunció George. Y a continuación—: Velocidad dos mil kilómetros hora.

Los negros ojos de Miguel Ángel Aznar avizoraban el terreno que rápidamente se deslizaba bajo sus pies. A las montañas sucedió un páramo de hielo formando grandes y largas ondulaciones.

—Tres mil metros. Velocidad mil ochocientos.

Siguió un largo silencio. Luego la voz implacable de Paiton:

—Dos mil metros. Velocidad mil quinientos.

No se veían alturas en lontananza. Miguel Ángel decidió esperar un poco, ya que las ondulaciones venían de través al rumbo del «Lanza», y un viraje podía conducir a una entrada en pérdida de velocidad, que precipitaría al gigantesco avión como una piedra al suelo.

El avión de momento se tenía bien. La atmósfera debía ser muy densa y la fuerza de gravedad del planeta algo inferior a la de la

Tierra.

—Mil metros. Velocidad mil doscientos.

Repentinamente, el suelo se aplanó. Una llanura dilatada se extendía ante la proa del aparato.

—Zoom.

Paiton accionó un botón eléctrico. El teleobjetivo acercó el suelo ampliando la imagen en la pantalla, mostrando la irregularidad del campo de hielo, que se levantaba aquí y allá en forma de pliegues.

—Quinientos metros. Velocidad mil.

El suelo se elevó y, bruscamente, se alisó mostrándose llano y dilatado, como una perfecta pista de patinaje.

—¡El mar helado! —exclamó Miguel Ángel—. Vamos a intentarlo... y ojalá ese hielo resista el impacto. ¡Tren fuera!

George Paiton se inclinó y abrió una llave. Una luz verde intermitente se encendió en el tablero de instrumentos bajo la indicación: «landing».

—Tren de aterrizaje fuera —anunció Paiton.

Aznar tiró suavemente del limón hacia sí. El avión levantó ligeramente la proa y, casi en seguida, las gigantescas ruedas del tren de aterrizaje tocaron en el hielo.

El «Lanza» dio un salto, se elevó y volvió a tocar el hielo. A casi novecientos kilómetros por hora, las dieciocho ruedas del tren de aterrizaje actuaron como freno, incapaces de coger en un segundo las revoluciones necesarias para girar a la misma velocidad que llevaba el avión. El «Lanza» se deslizó de lado, empezando a girar sobre sí mismo, patinando sobre aquella inmensa pista de hielo. Y entonces ocurrió lo peor.

¡El tren de aterrizaje de babor se rompió! La punta del ala izquierda se clavó en el hielo y, haciendo de freno, obligó al avión a girar bruscamente hacia aquel lado. Pero el ala cedió con un crujido, y entonces cedieron simultáneamente el tren de proa y el del ala derecha.

Girando sobre sí mismo en medio de una nube de hielo pulverizado, el «Lanza» se deslizó sobre su vientre girando como una peonza, despidiendo ruedas, ala y planchas arrancadas de su vientre. Violentamente sacudidos, escuchando el horrible fragor del metal retorcido, roto y arrancado, los tripulantes esperaban con el aliento contenido la catástrofe final. Las luces se apagaron, y en esta

oscuridad el terror se apoderó de sus espíritus.

Pero increíblemente, después de deslizarse casi diez kilómetros sobre el hielo, el «Lanza» dejó de dar vueltas y se detuvo.

Capítulo 4

ROBINSONES CÓSMICOS

A detenerse el avión se encendieron las luces del alumbrado auxiliar de la cabina, alimentadas por una batería independiente.

—¿Bab? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—Estoy bien —contestó la joven por la línea de comunicaciones. Miguel Ángel miró a George Paiton.

—¿Todos se encuentran bien? —preguntó Harry Tierney.

—Yo bien —contestó Paiton.

—También yo —dijo Richard Balmer.

Las voces del profesor Von Eicken, de los Ley y Thomas Dyer se sumaron al diálogo interfiriéndose unas a otras.

—Por favor, guarden silencio —dijo Tierney con voz enérgica—. Vayan contestando uno por uno según se les nombre. Luego desconéctense de la línea telefónica y enciendan sus aparatos de radio. Nos reuniremos en el salón. Conserveen puestas las escafandras y traigan consigo sus botellas de oxígeno...

Tierney empezó a pasar lista, excluyendo a los que se encontraban con él en la cámara de derrota. Uno a uno fueron contestando todos. Mientras tanto Miguel Ángel Aznar, Bab, George Paiton y Richard Balmer, desabrochaban sus cinturones y se ponían en pie cogiendo sus botellas de oxígeno.

Miguel Ángel fue en busca de Bab y le ayudó a colgar de sus hombros las botellas de oxígeno. Luego Bab le ayudó a él.

El suelo era ahora firme bajo sus pies. La existencia de una

fuerza de gravedad la notaron especialmente al abrir la puerta de acero de la cabina. La puerta, antes ligera, se había vuelto repentinamente pesada. Minutos después se encontraban todos reunidos en el salón. La batería auxiliar daba una pobre luz, contribuyendo no poco al aire de tristeza y temor que se respiraba en el ambiente. Al mirar a sus compañeros Miguel Ángel Aznar creyó estar ante una visión fantasmagórica de grotescas figuras envueltas en extrañas sombras.

—Bien —dijo Harry Tierney—. Estamos con vida. Ahora por favor les ruego conserven la serenidad mientras comprobamos los daños sufridos por el «Lanza». La atmósfera de este planeta es irrespirable. Por lo tanto deberán conservar puestas sus escafandras hasta en tanto comprobemos que no existe ninguna grieta o agujero por donde se haya escapado nuestro oxígeno. Dyer y Ley vendrán conmigo.

—Yo iré también —dijo Miguel Ángel con resolución—. No quiero que nadie tenga que contármelo luego.

Salieron por el pasillo cerrando las puertas estancas.

En el hangar superior todo estaba en orden. El helicóptero no había sufrido daño, soportando los flejes y tirantes los grandes esfuerzos a que estuvieron sometidos. También seguía en su lugar la plataforma con su rampa lanza-misiles.

Miguel Ángel Aznar se dirigió al rincón y levantó la pesada escotilla de acero. En el hangar inferior vio luz natural. Esto solo podía indicar que existía algún agujero o grieta en el casco, por donde entraba la luz del día. Empezó a bajar la escalerilla. Lo que vio a través del cristal azulado de su escafandra le llenó de desolación. El hangar inferior prácticamente había desaparecido. La escalera, doblada y retorcida, no era utilizable en su tramo inferior. El piso del hangar había desaparecido. En su lugar solo quedaban planchas, vigas retorcidas y hielo.

El hielo había ido a amontonarse en el fondo del hangar contra el mamparo que protegía a las baterías. Entre el techo y el suelo la altura era de un metro sesenta centímetros aproximadamente. Entre el piso de hielo y el casco del avión quedaban unas aberturas irregulares por donde entraba la luz. Avanzó encorvado para no darse con la escafandra contra el techo, se echó al suelo y salió

arrastrándose sobre el hielo por el más grande de los agujeros. En sus auriculares oyó a Thomas Dyer que exclamaba:

—¡Dios mío, todo está destrozado! Nunca podremos reparar esta avería.

Miguel Ángel Aznar salió a la luz del Sol y se puso en pie mirando en torno la desolada llanura de hielo reverberando el brillo del Sol. Desde la cola del avión, hasta cuanto alcanzaba la vista, vio un profundo surco arado en el hielo, y en torno a este un reguero de restos desperdigados; planchas de aluminio y acero, caucho, piezas metálicas, tubos, ruedas y misiles de color amarillo.

También un reguero de líquido color azul que humeaba en tanto se solidificaba en contacto con el hielo. Era el combustible del «Lanza».

Retrocedió unos pasos para abarcar mejor con la vista al enorme aparato. El ala izquierda, arrancada de cuajo, había desaparecido. También había desaparecido todo el fondo del casco, en una altura de más de un metro, y la parte baja de la proa. La cola, por el contrario, estaba intacta, pues el «Lanza» al arrastrarse sobre el hielo lo había hecho clavando el morro.

El «Lanza», ni que decir tenía, había quedado inutilizado como avión y también en su doble función de cosmonave.

Pero Miguel Ángel no dijo nada. Esperó a que Thomas Dyer contemplara el estropicio y dejara escapar un gemido de dolor:

—¡Válgame el cielo, esto no hay quien lo arregle!

Harry Tierney no dijo nada, limitándose a contemplar su aparato en silencio.

—Fue un aterrizaje muy violento —comentó Edgar Ley—. Incluso debemos dar gracias a Dios de encontrarnos vivos. Casi no se explica cómo al ser arrancadas las planchas del piso no saltó una chispa que pudo prender en el combustible derramado y hacernos saltar en pedazos.

—Una muerte así hubiera sido preferible a la larga agonía que nos espera —dijo Thomas Dyer con voz trémula—. ¿Cómo vamos a sobrevivir en un mundo de hielo, donde ni siquiera el aire es respirable?

Se escuchó un sollozo de mujer. Todas las radios estaban funcionando en la misma longitud de onda, y las palabras de Thomas Dyer habían llegado a los oídos de los que todavía se

encontraban en el «Lanza».

—¡Bab, serénate! —ordenó Miguel Ángel con voz enérgica.

—No soy yo, Miguel —contesto la voz de Bab—. Es Else... aunque yo misma estoy haciendo esfuerzos por no llorar.

—Conserve todos la calma. La desesperación no nos conducirá a nada práctico —dijo Aznar.

—¿Quiere que bailemos de alegría, señor Aznar? —preguntó Dyer.

—La situación es grave, ciertamente...

—Yo diría más bien desesperada, señor Aznar. No tenemos la menor probabilidad de escapar de este planeta. Y en cuanto a sobrevivir en él, basta echar una mirada en derredor. Aquí no hay oxígeno, ni plantas. Solo hielo y muerte. ¿Qué debemos hacer entonces?

La respuesta vino pronto del veterano Edgar Ley:

—Tal vez sea una buena idea ponerse a rezar.

—¡Bah! —dijo Dyer haciendo un ademán despectivo. Y echó a andar moviéndose con lentitud en torno a la aeronave, examinando con mirada experta cada una de las partes afectadas.

Tierney y Ley siguieron al ingeniero. Miguel Ángel se quedó donde estaba mirando al Sol que descendía sobre un horizonte desolado, acusadamente curvado.

Miguel Ángel finalmente echó a andar sobre el hielo en dirección al largo reguero de restos destrozados que el «Lanza» había dejado tras sí en una extensión de ocho o nueve kilómetros. El combustible del «Lanza» se había solidificado a su contacto con el hielo, formando grandes charcos de color azul claro aquí y allá. Miguel cogió un pedazo grande de este combustible congelado y regresó junto al «Lanza» a tiempo de reunirse con Tierney, Thomas Dyer y Edgar Ley.

—Mire esto, señor Tierney —mostró Miguel Ángel—. Nuestro precioso combustible se ha congelado. Podríamos recuperar casi hasta la última gota recorriendo el camino que siguió el «Lanza» y amontonarlo como si fuera carbón.

—¿Para qué queremos el combustible, si ya no tenemos «Lanza»? —gruñó Dyer destempladamente.

—Tenemos provisiones en abundancia —dijo Miguel Ángel—. Las dificultades con que tendremos que luchar en el futuro serán el

oxígeno y la falta de combustible para proporcionarnos calor. Este combustible posee una fuerza calorífica extraordinaria. Y además arde en ausencia del oxígeno. Tal vez podamos construir una estufa donde quemarlo.

Harry Tierney no contestó siquiera a la sugerencia del español. En estos momentos era un hombre desanimado. También lo estaba Dyer, pero en este la desesperación se manifestaba de forma distinta. Se encolerizaba y se rebelaba contra su destino, buscando una forma de escapar a él.

—Volvamos dentro, pronto habrá anochecido —dijo Tierney. Arrastrándose sobre el hielo entraron por el mismo agujero que utilizaron al salir. En el hangar, Dyer alumbraba con una linterna el hielo amontonado contra el mamparo de popa.

—Las baterías no deben haber sufrido gran daño —dijo Dyer—. Tal vez se puedan utilizar todavía.

—Aquí hay herramientas —dijo Edgar Ley.

En efecto, había azadones, picos y palas sujetos a las paredes del hangar por medio de abrazaderas. Ley tomó una pala y se la ofreció a Miguel Ángel, descolgando otra para él. Los dos hombres empezaron a apalear hielo alumbrados por las linternas de Tierney y Dyer. Las dos puertas de acero quedaron expeditas.

—Las baterías están intactas —informó Dyer desde el interior del receptáculo a través de la radio—. Solo hay que tender una nueva línea y volveremos a tener luz.

—Subamos —dijo Tierney—. De momento estamos servidos con las baterías auxiliares. Comeremos y examinaremos despacio nuestra situación.

Cerraron las dos puertas del compartimiento de baterías y subieron por la retorcida escalerilla del hangar superior. Desde aquí pasaron al compartimiento de duchas cerrando la puerta del hangar, y abriendo la segunda puerta entraron en el corredor que conducía al salón.

—No hay fugas de aire en el puente superior —dijo Edgar Ley—. Podemos quitarnos estas fastidiosas escafandras.

—¿Se ducharon ustedes antes de entrar aquí? —preguntó el profesor Stefansson.

—No hay presión en las duchas, profesor —dijo Thomas Dyer—. Además, ¿qué importa si traemos una bacteria de más o de menos?

Estamos condenados a morir en breve. ¿Qué más da morir por una bacteria o por falta de oxígeno?

Else Von Eicken rompió a llorar de nuevo.

—Dyer, por favor —reconvino Tierney al ingeniero—. Modere sus expresiones.

—¿Es cierto lo que digo, o no?

—Posiblemente, no lo sé. Solo digo que mientras hay vida hay esperanza. Pero, incluso si nuestro final ha de ser ese, no hay razón para estar recordándolo a cada instante. Ahora vamos a sentarnos y examinar nuestra situación. Señora Aznar, ¿tiene a mano algo de comer?

—Tenemos provisiones en abundancia. Si además las racionamos...

—Vamos, Bab, yo te ayudo —dijo Miguel Ángel interrumpiéndola.

Salieron del salón y entraron en la cocina.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó Bab.

—Mira, Bab, no creo que merezca la pena hablar de racionar nuestra comida. A menos que encontremos otra solución, no será por falta de alimentos. La situación es grave, muy grave, ¿recuerdas a Robinson Crusoe? Bueno, pues nuestra situación es mucho peor. Robinson al menos no tenía limitaciones para respirar. A nosotros nos falta incluso el aire vital. Solo disponemos de cierta cantidad de oxígeno embotellado que se terminará más pronto o más tarde.

Muy seria, Bab alcanzó una lata de la alacena y se la tendió.

—No podemos echar la culpa a nadie de lo que nos está ocurriendo. Al fin y al cabo, nosotros nos lo buscamos cuando aceptamos participar en la expedición a Venus con todos sus riesgos, —suspiró.

—Morir, a veces, no es lo peor que puede ocurrirle a un hombre o a una mujer —dijo Miguel Ángel—. Esta situación puede conducirnos a un final dramático. El hombre, frente a la muerte, suele reaccionar de muy distintas maneras. Unos se suicidarán. Otros, por el contrario, intentarán prolongar su vida asesinando a sus compañeros. Alguno, Dios no lo quiera, puede sentir excitada su lujuria. Solo sois dos mujeres a bordo, tú y Else. Cuando presienta que las cosas van a empeorar, te daré una pistola para tu defensa personal.

—¡Por Dios, Miguel, no me hables así! —protestó Bab echándose a llorar—. ¡Pensar que cualquiera de estos buenos amigos pueda atentar contra la vida de los demás me produce escalofríos!

—Antes de mucho nos contemplaremos como enemigos. Existen centenares de precedentes. Náufragos... grupos de personas sepultadas en un refugio antiaéreo... gentes perdidas en la selva y el desierto. En fin, olvídale.

Else Von Eicken entró en la cocina para ayudar a Bab.

—Acuda al salón, Miguel —dijo la chica compungidamente—. Bab y yo prepararemos la cena.

Miguel Ángel tomó una botella de Jerez de la alacena, la descorchó y se dirigió con ella al salón. Todos los demás estaban sentados alrededor de la mesa.

—¿Vino ahora? —preguntó Thomas Dyer con extrañeza—. ¿Qué vamos a celebrar?

—Digamos más bien que se trata de entonar los ánimos. Veo muchas caras largas. ¿De qué se quejan?

—Aceptamos los riesgos de esta expedición y las cosas no han salido bien. Bueno, ¿qué se le va a hacer? —dijo Miguel Ángel sacando una caja de vasos del elegante mueble-bar del salón.

—Yo no quiero vino —gruñó Dyer apartando su copa.

—Pues yo sí —dijo George Paiton animosamente—. ¡Qué caray, después de todo todavía estamos vivos! Pudimos habernos matado en ese aterrizaje.

—¡Más nos hubiera valido!

—Bueno, señor Dyer, nunca es tarde —dijo Richard Balmer—. Si tan penosa le es la vida, deje aquí sus botellas de oxígeno y salga a dar un paseo a la luz de la luna. No durará mucho, se lo aseguro.

—¡Claro, eso quisiera usted! De este modo, saldrían a mayor ración de oxígeno —gruñó Dyer destempladamente.

—Cuidado, Dyer —dijo Miguel Ángel con energía—. No empecemos. Nadie desea prolongar su vida a costa de la de usted. Cuando se termine el oxígeno se terminará para todos. Nadie pedirá ni se impondrá sacrificios de este tipo. La vida es buena, qué duda cabe, y es por eso que debemos vivir lo mejor que podamos los días que nos quedan. Piensen que todos hemos de morir, los que estamos

aquí, y los que están tan ricamente en la Tierra. ¿Qué más da morir antes o después? Somos personas civilizadas ¿o no? Demostremos nuestra civilidad comportándonos como seres sensatos, no como animales disputándose un poco de comida... o de oxígeno.

—Por cierto —apuntó Bill Ley, quien acababa de aceptar la copa, si bien se le veía muy pálido—. ¿Para cuánto durará nuestra reserva de oxígeno?

—¿Y para qué quieres saberlo, muchacho? —dijo George Paiton—. ¿Quieres vivir los días que te queden torturándote con la idea de que tal fecha y a determinada hora tienes que morir? ¡Quita, Bill! ¿Por qué no preguntas mejor las botellas de buen vino que todavía nos quedan?

—Todas las bebidas alcohólicas serán rigurosamente racionadas a partir de hoy —dijo Harry Tierney—. No tolerare ebrios a bordo.

—Bueno, señor Tierney, pero al menos procure que la ración alcance para mantenernos una chispa alegres —dijo Richard Balmer—. Los días van a ser muy aburridos sin nada que hacer.

—¿Pero es que realmente no hay nada que hacer? —preguntó Aznar.

—¿Sugiere usted que salgamos de pesca, señor Aznar? —contestó Thomas Dyer irónico.

—En principio no me parece mala idea. Podríamos hacer un agujero en el hielo y ver qué hay debajo. Si es agua, también es posible que encontremos peces. ¿Usted qué opina, profesor Stefansson? —preguntó Miguel Ángel.

—Dudo que exista ninguna clase de vida en este planeta, ni siquiera en sus formas más rudimentarias. La luz y el calor son los dos elementos indispensables para el desarrollo de la vida, y ambos se dan precariamente en este planeta, dependiendo de las estrellas que, el azar, lo alumbren en su errante caminar por el Cosmos.

—Hay algo a lo que deberíamos dedicar todos nuestros esfuerzos, y es intentar establecer contacto con la Tierra por radio —dijo Harry Tierney—. De alguna forma tenemos que informar de la existencia de los Hombres Grises en Venus. ¿Cree posible hacerlo, Balmer?

Richard Balmer hizo una mueca dubitativa.

—Si las baterías están en buen uso podemos intentarlo. Jodrell Bank o cualquiera de los otros radiotelescopios que permanecen a la

escucha de las estrellas, pueden recibir nuestra emisión. Por el contrario, dudo que nuestro receptor sea capaz de recibir la respuesta de la Tierra.

—No importa. Bastará con que ellos puedan escucharnos, aunque quedemos en la duda de si nuestros mensajes han sido recibidos. ¿Cuándo se ocupará de ello?

—Buenos pues... cuando usted quiera. No he pegado ojo en las últimas veinticuatro horas. Pero si alguien se ocupa de reparar la avería y tender una nueva línea desde las baterías, yo descansaré un rato y estaré listo para cuando nuestra radio empiece a funcionar.

—¿Aznar?

—Bueno, yo puedo ocuparme de tender esa línea mientras los demás descansan —se ofreció Miguel Ángel.

—Yo le ayudaré —dijo Edgar Ley.

En este momento llegaban Else y Bab con la comida. En general todos estaban demasiado cansados y excitados para tener apetito. Sobró prácticamente toda la comida y, uno tras otro, los expedicionarios fueron retirándose para descansar.

De nuevo enfundados en sus trajes especiales, con escafandras y botellas de oxígeno, armados de soldadores eléctricos, linternas, comprobador de corriente y rollos de cable, Edgar Ley y Miguel Ángel Aznar pasaron por el compartimiento de duchas al hangar superior.

Desde el hangar, levantando la escotilla, descendieron al destrozado hangar inferior. Al igual que dos horas antes, llegaba del exterior cierta luz a través de los desgarrones de las planchas laterales que formaron en su día el casco de la aeronave.

—Este planeta debe de tener un giro muy lento sobre su eje —observó Miguel Ángel—. El Sol estaba muy bajo la última vez, y todavía no se ha puesto. Voy a echar un vistazo.

Arrastrándose sobre el hielo el español pasó por el agujero y salió al exterior. El Sol, contra lo que creyera en un principio, se había puesto. Las difusas luces del anochecer iluminaban todavía el horizonte. Pero la luz que iluminaba el dilatado campo de hielo procedía de arriba.

Miguel Ángel Aznar echó atrás la cabeza y miró al cielo. Entonces descubrió que la luz amarilla, distinta y más potente que la de la Luna, procedía del satélite del planeta, de un diámetro

aparente diez veces menor que la Luna de la Tierra.

Miguel Ángel regreso al hangar donde Edgar Ley acababa de abrir las puertas del compartimiento de baterías. Llevaban una hora trabajando en el tendido de una línea auxiliar, cuando apareció el profesor Stefansson bajando por la escalerilla. El sabio, equipado con su traje y escafandra, traía una maleta consigo.

—¡Hola! —saludó Miguel Ángel a través de su radio—. Mucho ha madrugado, usted, profesor. ¿Dónde va con esos bártulos?

—No podía dormir, de modo que decidí distraerme haciendo algo.

—¿Qué lleva ahí?

—Un sismógrafo. Voy a hacer estallar unas cargas de dinamita para medir el espesor del hielo que supongo cubre el océano que tenemos debajo.

—¿Y eso qué utilidad práctica puede proporcionarnos?

—Ninguna tal vez. Es pura curiosidad científica.

—Usted al menos encontró algo en que ocuparse. La luna de este planeta tiene una luz magnífica. No necesitará siquiera linterna.

—¿De veras? Es curioso, me pareció que el satélite de este planeta era muy pequeño.

El profesor Stefansson salió arrastrándose por el agujero. Miguel Ángel y Edgar Ley prosiguieron su tarea. No pasó mucho rato sin que escucharan de nuevo la voz del profesor Stefansson en sus audífonos.

—Oiga, Ley, ¿se puede utilizar el observatorio astronómico?

La respuesta de Edgar Ley fue rotundamente negativa. El sistema de abertura de la compuerta del techo de la aeronave, así como el sistema de elevación de la cabina del observatorio, no podían funcionar sin el compresor hidráulico, y este dependía de un motor eléctrico.

—Es cuestión de una hora, más o menos —terminó diciendo Ley—. En cuanto empalmemos el otro extremo de la línea.

Poco después escuchaban una explosión que hizo temblar el suelo. Dos explosiones más tronaron a intervalos de diez minutos. La última soldadura quedó lista. Ley envolvía el cable en cinta aislante cuando entró el profesor Stefansson arrastrándose por el agujero.

—Esto quedó listo, profesor —anunció Ley—. Vamos a

comprobar si funcionan los servicios en el puente superior.

Treparon por la escalerilla hasta el hangar superior, cerrando tras sí la escotilla. El observatorio astronómico se encontraba en el otro extremo de la aeronave, contiguo al compartimiento estanco de la cámara de derrota. Dejando sus molestas escafandras y las botellas de oxígeno en el salón, el profesor Stefansson y Miguel Ángel se dirigieron hacia allá.

El observatorio era como un gran montacargas de dos metros y medio de lado, cuyo techo estaba formado por una gran cúpula hemisférica de cristal. Detrás de la puerta estanca había una puerta corrediza. Al apretar un botón se cerró la puerta y, simultáneamente, una parte del techo, por arriba de la cúpula, se deslizó silenciosamente sobre unas guías mostrando el cielo estrellado.

Toda la habitación empezó a ascender lentamente, hasta que la cúpula asomó por encima del casco de la aeronave, en cuyo punto se detuvo. Sobre una mesa redonda, directamente debajo de la cúpula, el profesor dispuso un telescopio, a cuyo extremo aplicó un filtro especial.

—¿Qué aparato es ese? —preguntó Miguel Ángel.

—Un espectrógrafo.

—¿Cómo funciona?

—Es muy sencillo. Como usted ya sabe, la luz solar, al atravesar un prisma de cristal bien tallado y pulimentado, se descompone en los colores del arco iris. Pero además de estos colores aparecen unas líneas oscuras, cuya naturaleza intrigó profundamente a dos alemanes geniales: Bunsen y Kirchhoff. Estos, tras millares de experimentos, pudieron al fin desentrañar el misterio. Una sencilla experiencia hace el lenguaje de estas líneas inteligible para todos. Si en una llama de gas se hace arder sal común, que está esencialmente compuesta de sodio, la llama toma un color amarillo, y si esta luz se hace pasar a través de un prisma, se dibuja sobre la pantalla una línea amarilla netamente trazada. Si en la llama se quema potasio, en la pantalla aparecen una línea roja y otra violeta. El litio produce una línea transversal roja y otra anaranjada. En fin, cada elemento tiene su línea de color característica, y gracias a estos podemos determinar la clase de gases que arden en el Sol y en otras estrellas mucho más lejanas.

Moviendo el telescopio sobre su trípode, el profesor lo apuntó hacia la pequeña luna que brillaba en el firmamento nocturno. Aplicando una serie de filtros en la boca del telescopio, el profesor iba a mirar por el otro extremo.

En realidad no tuvo que hacer más de dos pruebas. Stefansson parecía estar sobre una pista determinada, algo que se le había ocurrido de la simple observación directa del satélite.

—¡Vapor de sodio! Es como lo imaginé —exclamó con acento triunfal.

—¿Significa eso que en la pequeña luna de este planeta arde el sodio?

—¡Sin ningún género de dudas!

—¿Y eso que significa? —preguntó Miguel Ángel Aznar perplejo.

—Ese satélite es demasiado pequeño para que en él se produzcan reacciones equiparables a las de una estrella. Es decir, si se producen, no se trata de un fenómeno natural. En mi opinión ese satélite está siendo utilizado como una gigantesca lámpara para iluminar las largas noches de este mundo.

—¿Quiere decir que alguien ha montado allí una gigantesca batería de focos para iluminar el planeta?

—Puede que no se trate exactamente de focos, al menos en la forma convencional que nos es familiar. Cómo hayan resuelto el problema para hacer de ese satélite una lámpara, eso no lo sé. El hecho cierto, lo extraordinario del caso, es que hayan tenido que ser seres inteligentes quienes realizaran la proeza.

—¡Seres inteligentes! ¿Seres inteligentes en este planeta? —exclamó Miguel Ángel sintiendo acelerarse los latidos de su corazón.

—¡Seguro! Fíjese, este mundo viaja en el espacio a cuatrocientos mil kilómetros a la hora. En un año se habrá alejado tres mil setecientos setenta y cinco millones de kilómetros del Sol que ahora nos alumbra y será una lejana estrella incapaz de proporcionar a este mundo luz ni calor. En el errante caminar de este planeta por el espacio, el paso por las proximidades de una estrella como nuestro Sol debe considerarse un caso fortuito y siempre de escasa duración. Los habitantes de este planeta tuvieron que ingeniárselas para crear una fuente de luz perpetua, y utilizaron su satélite natural para convertirlo en un sustituto del Sol de que carecen.

—¿Pero cómo es posible que en este mundo, sin oxígeno, cubierto de hielo, puedan vivir hombres también?

—Yo no dije que fueran hombres, Miguel. Dije «seres inteligentes» y estos pueden adoptar cualquier forma, incluso las más inimaginables para nosotros.

—¡No estamos solos! —exclamó Miguel Ángel con alegría—. En alguna parte de este planeta hay seres que podrían ayudarnos. Profesor ¿querrán «ellos» ayudarnos?

—Yo no lo sé, aunque espero que así lo hagan. De cualquier forma son una esperanza... ¡nuestra única esperanza!

Miguel Ángel Aznar guardó silencio, mirando a través de la cúpula al satélite que lucía en el espacio.

Capítulo 5

UN MUNDO EXTRAÑO

Cuadros los auriculares, rodeado de sus silenciosos compañeros, Richard Balmer era el centro de la máxima atención mientras movía botones y tanteaba en diferentes longitudes de onda.

Parecido a un aparato de televisión, el oscilómetro dibujaba en su pantalla ondulantes líneas de luz. Del altavoz salían silbidos y chasquidos, pero ningún sonido siquiera remotamente parecido a la voz humana. Bill Ley entró en la cabina con una bandeja llena de tazas de café.

—¿Que, cómo vamos? —preguntó con ojos brillantes. Richard Balmer volvió la cabeza, no para contestar directamente al joven Ley, sino haciendo un comentario general:

—Es extraño. El éter está lleno de señales electromagnéticas, pero no consigo captar nada parecido a una voz.

—Tal vez no transmitan con sonidos —apuntó el profesor Von Eicken.

—¿Quiere decir por impulsos semejantes a nuestra telegrafía? —preguntó Harry Tierney.

—Es una posibilidad —admitió Richard Balmer—. Tendremos que utilizar la antena direccional para tratar de aislar alguna de esas señales y determinar su dirección.

—¿Por qué no probamos en la banda de microondas? —propuso Miguel Ángel—. ¿Sabemos si no están emitiendo en televisión?

—No parece muy probable, pero podemos probar —dijo Balmer.

Movió algunos botones y pulsó una tecla. La gran pantalla de televisión se encendió en su mitad, aunque mostrando solamente multitud de rayas. Balmer empezó el tanteo, moviendo el selector con suma lentitud. Al principio no ocurrió nada. De pronto un chasquido, y una imagen borrosa apareció en blanco y negro.

—¡Imagen! —exclamó una voz.

Todos quedaron en silencio, contemplando perplejos la escena. Algo se movía allá entre las sombras confusas, pero no era una figura humana.

—¿No puedes hacer que veamos mejor, Richard? —dijo Bill.

—Estoy tratando de orientar la antena, pero no espero que la imagen mejore mucho. Ellos deben utilizar un sistema diferente del nuestro. Necesitaría un convertidor, y podría construirlo con tiempo.

—La imagen se ve un poco más clara ahora —dijo Else.

—Esta es la dirección buena —comentó Balmer—. Tal vez si apagan las luces veamos mejor.

Se apagaron todas las luces de la cabina. La imagen parecía ciertamente algo más clara. La cámara retrocedió, giró a la izquierda y entonces pudieron ver de qué se trataba. Era una máquina excavadora que abría sus fauces depositando tierra y rocas en una vagoneta. La cámara giró de nuevo, ahora a la derecha, y aproximó la imagen. Las poderosas mandíbulas mecánicas mordían en su desmante.

—¡Es una máquina excavadora! —exclamó Edgar Ley con regocijo.

Richard Balmer movió el selector de canales y la imagen desapareció siendo reemplazada por otra completamente distinta. En primer plano, unas grandes pinzas atenazaban una plancha metálica, la levantaban y depositaban en un lugar borroso. A continuación las mismas pinzas cogían una pieza hemisférica, la levantaban y la depositaban en un montón de piezas iguales.

—¡Una prensa de estampación de metal! —exclamó el ingeniero Dyer.

—¡Fantástico! —exclamó Tierney—. ¿Qué nos sugiere todo esto? Fue el profesor Von Eicken quien contestó:

—Máquinas dirigidas por control remoto a través de la radio y la televisión. Las precarias condiciones de vida de este planeta deben

haber obligado a sus habitantes a servirse de máquinas para aquellas tareas en las que el frío y la falta de oxígeno les obligaría a protegerse con trajes y equipos espaciales.

—A mí me sugiere algo más práctico que todo eso —dijo Dyer—. Si hay en alguna parte de este planeta una prensa de estampación moldeando una pieza de metal, para mí significa que esa plancha ha tenido que ser forjada en otra parte. Una fundición me sugiere la idea de un horno alto, y el horno de una llama fundiendo al mineral. Ahora bien, no puede haber fuego donde no hay oxígeno. Una condición previa para que todo este proceso haya podido realizarse, es la existencia de oxígeno en alguna parte de este planeta. ¡Y oxígeno es lo que primero y más urgentemente necesitamos para seguir respirando!

—¡Caramba eso es lo que se dice tener un sentido práctico de las cosas! —exclamó Paiton.

—Siga probando, Balmer —dijo Tierney animosamente—. En cualquier momento puede aparecer en imagen la figura de los habitantes de este mundo.

—Espera un momento, Richard —dijo Miguel Ángel—. Anota la marcación de la antena. Fijando luego esta en el giroscopio de nuestro helicóptero, nos bastará volar en la dirección que señale el compás para dar con la emisora de televisión.

—¿Hacer un vuelo de descubierta? —dijo Tierney—. Ciertamente, el helicóptero debe ser capaz de volar en esta atmósfera. Sabemos que las ondas de televisión no se curvan o se curvan muy poco. Pero el planeta es pequeño y su horizonte presenta una curvatura muy acentuada. Así pues, esa emisora o torre repetidora no puede estar muy lejos.

—Excepto que utilicen satélites artificiales de comunicaciones, en cuyo caso la emisora podría encontrarse muy lejos, en cualquier lugar del planeta —objeto Von Eicken.

La sugerencia del científico tuvo la propiedad de enfriar súbitamente el entusiasmo de sus compañeros.

—¿Por qué no se me ocurrió a mí? —murmuró Richard Balmer—. Lógicamente tiene que ser como dice el profesor. En un planeta pequeño, donde el horizonte se curva tanto, un satélite artificial sería la solución radical al problema de las comunicaciones.

—Enciende el radar, vamos a comprobar si hay algún satélite

sobre nosotros —dijo Miguel Ángel contrariado. Poco después Balmer señalaba un punto luminiscente que se desplazaba lentamente en la pantalla del radar.

—Ahí lo tenemos. A dos mil kilómetros de altura y moviéndose con bastante rapidez.

—Es un fastidio —refunfuñó George Paiton—. Así no es posible averiguar la situación de la emisora.

Else Von Eicken hacía rápidamente números sobre un papel.

—A dos mil kilómetros de altura, el cono de proyección de un satélite artificial cubre un círculo de terreno de cinco mil kilómetros de diámetro. Eso representa, seis millones doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados.

—Demasiado para cubrirlo con nuestro helicóptero —dijo Thomas Dyer.

—¿Qué les parece si grabamos un mensaje y lo emitimos una y otra vez por radio hasta que alguien nos escuche? —propuso Bárbara.

—¿En qué idioma, señora Aznar? —repuso Thomas Dyer—. Esta gente no nos entendería nunca. Tal vez ellos ni siquiera utilicen la voz como medio de comunicación. En realidad no hemos recogido ni un solo sonido articulado, ni voces, ni siquiera música. ¿No es sospechoso?

—Hay otra cosa que podríamos hacer —dijo Richard Balmer—. Se trata de averiguar la longitud de onda de sus emisiones televisadas y provocar con nuestra emisora una interferencia que les obligue a indagar las causas y el origen de la interferencia.

—No me gustaría a mí ser descubierto por ellos —dijo Dyer—. Puesto a elegir, prefiero verles y espiarles antes que ellos nos vean a nosotros. ¿Sabemos acaso cómo nos acogerán?

—Es una tontería decir eso, Thomas —dijo Harry Tierney—. Incluso si nos acogen como enemigos no estaremos en peor situación que ahora. Tanto da que nos maten como que nos muramos por falta de oxígeno. Nada perderemos con probar. En todo caso, si nos atacan, nos defenderemos hasta donde alcancen nuestras fuerzas. Luego... será lo que Dios quiera.

La posibilidad de ser recibidos con hostilidad era algo que a nadie se le había ocurrido hasta ahora. En medio de la esperanzada alegría que todos habían sentido en un principio, esta alternativa,

aceptada como posible, surtió los efectos de una ducha fría en el entusiasmo de todos.

—Richard —preguntó Miguel Ángel—. ¿Cuánto tiempo calculas que te llevará modificar nuestro emisor de televisión, adaptándolo al sistema que ellos utilizan?

—Puede llevarnos bastante tiempo. Dos, tres... cuatro días. No lo sé con seguridad.

—Es mucho tiempo para permanecer inactivos —dijo Miguel Ángel—. Soy de la idea que, puesto que tenemos un helicóptero, lo utilicemos en algunas misiones de exploración. Eso nos mantendrá entretenidos y, ¿quién sabe? Hasta es posible que demos con alguna cosa interesante, como esa mina que vimos en televisión.

—En este momento —dijo Thomas Dyer— lo que más urgentemente necesito es un sueño reparador. Creo que todos estamos demasiado cansados y excitados. Ocho horas de sueño tal vez nos hagan ver las cosas más claras y con mayor optimismo.

Realmente era como Dyer decía. Nadie había descansado desde que descubrieran al planeta errante, a las pocas horas de haber despegado de Venus. El intento de recuperar el combustible perdido había requerido el trabajo intensivo de toda la tripulación. Vino luego la tensión del arriesgado aterrizaje seguido de la desesperación de saberse perdido para siempre en un mundo hostil que se alejaba de la Tierra a una velocidad de cuatrocientos mil kilómetros a la hora.

Sabiendo la angustia que seguramente mantenía en inquieto insomnio a sus compañeros, Miguel Ángel Aznar les había llamado para comunicarles la buena nueva del descubrimiento del profesor Stefansson respecto a la posibilidad de que este mundo estuviera habitado por seres inteligentes.

Todos estaban necesitados de un descanso, y Miguel Ángel se sentía tan agotado como cualquiera de sus compañeros.

—Está bien, vamos a descansar —aprobó Harry Tierney—. Pondremos el despertador para dentro de ocho horas. No olviden apagar todas las luces, necesitamos hacer la máxima economía de energía eléctrica.

Abandonaron la cabina dirigiéndose cada uno a su camarote. Miguel Ángel se dirigió al suyo con Bab.

—No sé si podré dormir de todos modos —suspiró la joven

mientras su esposo se despojaba del engorroso traje de astronauta —. Antes era la angustia de sabernos perdidos. Ahora la inquietud de lo que nos deparará el futuro próximo.

—Querida, si comparas verás que es distinto —contestó Miguel Ángel sentado en el borde de la litera—. Ahora tenemos una esperanza.

De todos modos, al propio Aznar, a pesar del cansancio, le costó bastante conciliar el sueño. Durmió con sueño profundo y reparador, hasta que el timbre del teléfono, conectado al reloj eléctrico de a bordo, le despertó ocho horas más tarde.

El desayuno reunió a todos alrededor de la gran mesa redonda del salón. Aunque las circunstancias eran idénticas a las de ocho horas atrás, los rostros en general parecían mucho más animados. Inmediatamente surgió el tema del propuesto vuelo de exploración.

Cuatro eran los hombres que podían pilotar el helicóptero; Harry Tierney, Thomas Dyer, George Paiton y Miguel Ángel Aznar.

Decidieron volar por parejas: Miguel Ángel con Paiton, y Tierney en compañía de Dyer. La autonomía del helicóptero era de 600 kilómetros, pero con un par de bidones de reserva podía alcanzar los 800 kilómetros; esto es, volar a 400 kilómetros de distancia y regreso a la base.

La primera interrogante que se suscitó al trazar el plan de vuelo fue ¿hacia dónde volar?

La respuesta del profesor Stefansson fue terminante:

—A lo largo de la costa.

—¿Por qué? —preguntó Edgar Ley.

—Porque si hay habitantes en este mundo, sus ciudades deben encontrarse junio al mar. El agua debe ser tan vital para ellos como lo es para nosotros. Del océano extraerían, además de oxígeno, los alimentos indispensables para su subsistencia; especialmente peces y algas.

—Pero la vida animal, como la vida vegetal, es imposible en un ambiente privado de luz. El hielo cubre enteramente los océanos de este planeta, y debajo del hielo solo puede haber oscuridad —dijo Else Von Eicken.

—Las plantas pueden crecer también bajo la luz artificial, ¿no es cierto? —replicó Stefansson—. Si los seres de este mundo han sido capaces de crear un sol artificial utilizando su satélite como una

gigantesca lámpara, ¿qué les impediría hacer lo mismo en el fondo del mar? Potentes globos de luz eléctrica, esparcidos a distancias regulares, bastarían para mantener en torno a ellos una frondosa vegetación submarina. Los peces acudirían a alimentarse de esta vegetación, y los bancos de pesca quedarían de este modo muy a mano de las ciudades.

—Cierto que es una deducción muy acertada —dijo Miguel Ángel—. Además, tenemos la costa cerca, como quien dice a un paso de aquí.

—De acuerdo, exploraremos la costa arriba y abajo —dijo Harry Tierney—. Por cierto, tengo que darles una buena noticia. Me levanté hace un par de horas y salí a comprobar el estado de los depósitos. ¿Saben? Todo aquel trabajo que nos tomamos para recuperar parte del combustible derramado no fue en vano. Los depósitos, aunque abollados, resistieron bien el impacto del aterrizaje. Tenemos allí alrededor de quince toneladas de combustible, lo que nos permitirá volar a gran distancia formando una serie de bases escalonadas con reservas de combustible.

—¿Podríamos volar muy lejos con todo ese combustible? —preguntó el profesor Stefansson.

—Verá usted —explicó Miguel Ángel—. Se trata de cargar el helicóptero con todo el combustible que pueda llevar, volar cuatrocientos kilómetros y descargar el combustible. Se hacen sucesivos viajes, hasta constituir una importante reserva en aquel lugar. Luego, desde allí, se hace lo mismo transportando el combustible cuatrocientos kilómetros más lejos para constituir la segunda base, y se opera de igual modo hasta formar la tercera y la cuarta. Todo esto, naturalmente, representa muchas horas de vuelo y enorme gasto de combustible en los sucesivos viajes de ida y vuelta desde una base a otra. Pero se puede hacer si tenemos combustible y tiempo en abundancia.

—Lo malo del asunto, en nuestro caso, es que no sepamos en qué dirección debemos explorar —dijo Thomas Dyer—. Si aplicamos todos nuestros esfuerzos a explorar costa arriba, podemos incurrir en el error de no haberlo hecho en el sentido opuesto, y lo mismo si lo hacemos al revés y exploramos costa abajo.

—Bien, la solución es bien sencilla —dijo Balmer—. Exploremos la costa en ambos sentidos hasta donde nos permita llegar nuestra

reserva de combustible. Aunque, de todos modos, soy de la opinión de que una interferencia en las comunicaciones por televisión obligaría a la gente de este mundo a acudir a este lugar sin que nosotros tengamos que ir a buscarles.

—Haremos ambas cosas a la vez —dijo Harry Tierney—. Mientras nosotros exploramos la costa, usted puede dedicarse a su trabajo de interferir las comunicaciones. Pondremos en práctica su idea en último lugar, después de haber agotado todas las posibilidades de descubrir a los seres de este mundo por nuestros propios medios.

Puestos de acuerdo y habiendo terminado el desayuno, decidieron poner manos a la obra. El helicóptero volaría trescientos kilómetros con una carga de mil litros adicionales de combustible, que serían depositados en la primera base, en un depósito de plástico hinchable. Al regreso de esta primera misión, el helicóptero volvería a ser cargado y, con distinta tripulación, volaría en sentido opuesto también a lo largo de la costa. El trasiego del combustible desde los depósitos del destrozado «Lanza» al helicóptero resultó bastante laborioso, teniendo que efectuarse con una bomba accionada a mano.

Durante la noche, la gigantesca aeronave había quedado totalmente cubierta de hielo, así como los restos desperdigados en el largo camino que el «Lanza» recorrió arrastrándose sobre la panza antes de detenerse para siempre.

El helicóptero fue elevado por el montacargas hasta la abertura rectangular del techo del hangar superior. Allí desplegó su cola y las palas del rotor y, puesto en marcha por George Paiton, se elevó solo lo suficiente para abandonar la plataforma y posarse sobre el hielo junto a los restos del destrozado «Lanza». Harry Tierney parecía deseoso de efectuar el primer vuelo, y Miguel Ángel Aznar no opuso reparos. Thomas Dyer, Edgar Ley y el profesor Von Eicken acompañarían a Tierney y colaborarían en los trabajos de transvasar el combustible desde los bidones al depósito hinchable que se extendería sobre el hielo en el lugar escogido para establecer la primera base.

Con su carga completa y los cuatro tripulantes a bordo, el helicóptero se elevó y voló en dirección a la costa hasta perderse de vista. Bill Ley, George Paiton y Miguel Ángel Aznar, regresaron a la

aeronave donde se despojaron de sus trajes de astronauta.

Habían convenido mantenerse en contacto por radio por todo el tiempo que durara el vuelo, y Miguel Ángel se dirigió a la cámara de derrota. Allí Richard Balmer había desmontado todo el panel de la derecha y andaba a la sazón metido en un lío de cables eléctricos.

La radio funcionaba, no obstante, y Miguel Ángel se puso los auriculares. No tardó en escuchar la voz de Tierney, el cual comunicaba:

—Hemos virado a la izquierda y volamos sobre la línea de la costa.

El vuelo transcurrió sin novedades.

—La costa es muy baja aquí —comunicó Tierney—. No parece muy apta para que nadie haya construido una ciudad subterránea por aquí. Una costa acantilada sería lo más adecuado.

Poco después el helicóptero cubría los cuatrocientos kilómetros de distancia. A poca altura, desde el aire, se arrojó el depósito de material plástico conectado a una manguera. Desde el helicóptero, por gravedad, se hizo rápidamente el transvase del combustible. La máquina se posó sobre el hielo para que Edgar Ley cerrara la válvula y clavara en el hielo un largo jalón con una banderola roja que serviría para señalizar el lugar. Inmediatamente el helicóptero emprendió el regreso.

Cuando una hora más tarde el helicóptero se posaba junto al «Lanza», ya le esperaban Miguel Ángel Aznar, George Paiton, el profesor Stefansson y Bill Ley, que eran los llamados a tripular el helicóptero en el segundo vuelo.

Apenas se habían inmovilizado las palas del rotor cuanto ya estaba George Paiton conectando la manguera. Bill Ley empezó a bombear el combustible mientras Harry Tierney se acercaba a Miguel Ángel Aznar.

—No vimos nada de particular, y por supuesto, ni un ser viviente que se moviera sobre el hielo o en el aire. Les deseo mejor suerte de la que tuvimos nosotros.

Tierney le entregó la pistola junto con la funda y el cinto.

En una hora estuvieron llenos los depósitos y los bidones. El depósito de plástico, plegado en un paquete, fue cargado en el helicóptero.

Miguel Ángel Aznar, el profesor Stefansson, Bill Ley y George

Paiton, treparon al aparato, ocupando el último el puesto del piloto. Gruñó el motor de puesta en marcha, el rotor empezó a girar y las turbinas dejaron oír su poderoso rugido.

El helicóptero se elevó batiendo el aire y voló hacia las pequeñas alturas que señalaban la línea de la costa, oblicuando hacia la derecha para acortar camino. La tripulación conservaba puestas las escafandras, respirando el oxígeno de sus depósitos individuales, aunque la cabina era presurizada y disponía de calefacción y oxígeno. Volcados hacia el lado de babor, Miguel Ángel Aznar y Bill Ley scrutaban con mirada ansiosa la desolada llanura de hielo, en tanto que el profesor Stefansson hacía lo mismo por la banda de estribor. Después de veinte minutos de vuelo, Bill Ley refunfuñó:

—¿Qué es lo que esperamos encontrar en realidad? ¿Una ciudad?

—Si hay ciudades en este mundo, deben estar profundamente enterradas bajo el suelo —contestó el profesor Stefansson por la radio—. A cien metros de profundidad no hacen falta recursos especiales para mantener caliente una ciudad. El propio calor interno del planeta debe servir de calefacción.

—Pues si las ciudades aquí están enterradas, ¿cómo vamos a verlas?

—Una ciudad, aunque sea subterránea, tiene que manifestar su presencia en el exterior de algún modo. Una antena de radio o televisión... una salida de humos... algo que denote que la ciudad está allí abajo.

—La verdad es que poco podemos ver en un vuelo de doscientas cincuenta millas en línea recta —dijo Paiton por la radio.

—Cubriremos esas doscientas cincuenta millas a lo largo de la costa, y de regreso nos meteremos veinte millas tierra adentro —dijo Aznar.

De nuevo volvió a hacerse el silencio en la cabina. El planeta debía tener un giro muy lento sobre su eje, pues después de diecinueve horas todavía no había vuelto a aparecer el Sol. El satélite, por el contrario, había dado una vuelta completa al planeta mientras los terrícolas dormían, y ahora alumbraba de nuevo la noche, con su extraña luz amarillenta, dos veces más intensa que la de la Luna llena sobre la Tierra. Descendiendo rápidamente sobre el horizonte, el satélite proyectaba la sombra del helicóptero sobre la

monótona extensión de hielo, sin más nota cambiante que algún pequeño cerro, detrás del cual siempre se alentaba la esperanza de descubrir algo nuevo.

—¡Atención, contacto radar! —gritó de pronto George Paiton a través de la radio.

—¿Dónde? ¿A qué distancia? —preguntó Miguel Ángel apartándose de la ventanilla.

—¡Por la proa, a cuarenta kilómetros!

El puesto del piloto quedaba a mayor altura que el piso de la cabina del aparato. Miguel Ángel se encaramó al asiento vacío, junto a Paiton. En la pantalla del radar la señal era clara y vigorosa.

—Ese objeto debe tener un gran poder reflector —murmuró Aznar pensativamente—. Vamos a acercarnos con precaución.

Bill Ley estaba de cuclillas entre los asientos del piloto y el copiloto.

—¿De qué se trata? —preguntó nerviosamente—. ¿Una ciudad?

—Lo sabremos dentro de pocos minutos, Bill. Ten calma —recomendó el español, pese a que él mismo se sentía invadido de la más viva excitación.

El helicóptero volaba rápidamente hacia el objetivo, desviándose un poco a la derecha. La costa se elevaba ligeramente formando un acantilado. En la pantalla del radar el eco aparecía como un punto luminiscente que se movía con bastante rapidez hacia el centro del retículo graduado. A diez kilómetros de distancia, Paiton redujo la velocidad del helicóptero. Estaban sobre el mar helado, con el satélite alumbrándoles por detrás, cerca ya de la línea del horizonte.

Los ojos de los terrícolas registraban con ansiedad la línea recortada de la costa. Un promontorio se metía mar adentro, elevándose sobre la llanura de hielo como el lomo de una gigantesca ballena.

—¡Allí! —señaló Bill Ley extendiendo su brazo y señalando a través de la ventanilla de babor—. ¡Una antena de televisión!

Miguel Ángel Aznar empuñó los prismáticos y los asestó en la dirección señalada por el joven Ley. En efecto, había como un plato de gran tamaño visto de frente, casi a ras del promontorio. El helicóptero se estaba moviendo continuamente, produciendo en los prismáticos la misma falsa impresión que se apreciaba desde la ventanilla de un tren en marcha; esto es, que el paisaje giraba como

una gran plataforma cuyo eje estuviera situado en el horizonte.

Al cambiar la perspectiva, Aznar vio algo que hasta entonces ocultaba el promontorio; la gran antena parabólica estaba sostenida por una torre de armadura en esqueleto, y esta torre, a su vez, se apoyaba en el punto más alto de una enorme cúpula blanca.

—¿Qué hay allí, Miguel? —apremió Paiton impaciente.

—Confirmado, hay seres inteligentes en este planeta. Esa torre y su antena parabólica han sido construidas por hombres. Hay allí como una gran cúpula cubierta de hielo. Vamos a acercarnos más.

Paiton hizo deslizarse el aparato de lado para luego enderezar la proa en dirección a la cúpula. La falta de verdaderos puntos de referencia creaba falsas perspectivas, engañando respecto al verdadero tamaño de las cosas. En realidad la cúpula era mucho más grande de lo que parecía vista de lejos. Debía tener lo menos doscientos metros de diámetro por cien de altura. La gran antena cóncava no mediría menos de treinta metros de diámetro.

—¿Qué puede haber dentro de esa gran cúpula? —preguntó Bill.

—Profesor, ¿qué opina usted? —inquirió Miguel Ángel.

—No tengo la menor idea, hijo mío —respondió el sabio. El helicóptero estaba a solo trescientos metros de la enorme cúpula, volando en torno a esta.

—¡Ey, miren eso! —exclamó Paiton inmovilizando el aparato en el aire.

La gran cúpula parecía apoyarse sobre la roca. Del lado contrario del acantilado vieron una profunda excavación en forma de zanja que se interrumpía en la misma base de la cúpula. Por esta zanja corría a modo de una tubería sostenida a tramos regulares por recios pilares de cemento.

—Parece un acueducto —murmuró Miguel Ángel.

El acueducto, suponiendo que se tratara de esto, se perdía en la distancia salvando las irregularidades del terreno, bien a través de zanjas, bien elevado sobre pilares de altura apropiada, conservando en todo momento una perfecta horizontalidad. En todo caso tenía la particularidad de que la supuesta tubería no era cilíndrica, sino cuadrada.

—¿Qué dice usted, profesor? —preguntó Paiton—. ¿Puede ser eso un acueducto?

—¿Quién sabe? Podría tratarse, en efecto, de una estación de

bombeo que sacara el agua del mar para conducirla a alguna parte.

—O sea, que si seguimos el acueducto, este debe conducirnos a algún lugar determinado.

—Así debe de ser —afirmó el profesor Stefansson.

—No parece que haya mucho que ver aquí —dijo Aznar pensativamente observando la curiosa cúpula—. No se ven puertas ni ventanas. Vamos a seguir ese acueducto hasta donde podamos.

—Hemos volado doscientos kilómetros —observó Paiton—. Estamos casi al límite de nuestro radio de acción.

—Pero llevamos a bordo una tonelada de combustible. Si es preciso lo utilizaremos al regreso.

—De acuerdo, vamos allá —dijo Paiton.

Paiton hizo virar al helicóptero y abrió completamente la llave del gas, volando sobre el acueducto a quinientos metros de altura. A trescientos kilómetros por hora, la extraña conducción se deslizaba rápidamente bajo los pies de los terrícolas, sin que se vislumbrara su fin en el horizonte.

Miguel Ángel Aznar aprovechó para establecer contacto por radio con el «Lanza» y comunicar su descubrimiento a los inquietos compañeros que esperaban allá. Entre los componentes de la expedición que permanecían en la base, la noticia causó tanta o más excitación que en los cuatro hombres que estaban viviendo la experiencia. El helicóptero se había alejado ya quinientos kilómetros del «Lanza» y Aznar advirtió un notable debilitamiento en la comunicación, señal evidente de que estaban en los límites del alcance máximo de la radio de a bordo. Aznar advirtió de esta circunstancia a Harry Tierney y anunció que iba a cortar la comunicación, como en efecto hizo poco después.

—Estoy pensando que ese acueducto, o lo que demonios sea, puede tener miles de kilómetros de longitud, en cuyo caso no alcanzaremos a su fin —dijo Paiton, quien agregó—: Además, está oscureciendo y pronto será de noche.

En efecto, el satélite estaba ya tocando casi la línea del curvado horizonte y sus oblicuos rayos proyectaban largas sombras en las hondonadas. Pero en este momento Miguel Ángel advirtió una luz lejana, como la de un foco de automóvil, que acababa de aparecer en el horizonte ante la proa del helicóptero.

—¡Una luz!

Siguió un silencio tenso, expectante. La luz crecía rápidamente en intensidad.

—Se acerca —dijo Paiton.

—O nosotros nos acercamos a ella —apuntó Bill.

—Espera, George. Parémonos —dijo Aznar tocando en el brazo a su compañero.

Paiton movió los mandos y el aparato quedó inmóvil en el aire, haciendo girar su rotor. La luz se acercaba rápidamente, y era tanto más brillante cuanto más débil se hacía la luz del satélite en su ocaso. De pronto una idea se encendió en el entendimiento de Miguel Ángel.

—¡Es un tren!

—¿Un tren? —interrogó Paiton incrédulo.

—Eso no es un acueducto ni nada que se le parezca, sino el raíl de un tren. ¡Un tren monorraíl! No me acuerdo si eran los japoneses o los alemanes quienes estaban experimentando un tren de ese tipo.

—Cierto, yo recuerdo haber visto fotografías de ese tren experimental en alguna revista —dijo Bill Ley en el colmo de la excitación.

Guardaron silencio. Luego Paiton murmuró:

—Bueno, no importa lo que sea, pronto lo veremos. Viene hacia aquí a gran velocidad.

En efecto, el potente foco se acercaba rápidamente y pronto estuvo a los pies de los terrícolas. Estos vieron pasar velozmente una aerodinámica locomotora que se deslizaba sobre el raíl elevado arrastrando un vagón cerrado y dos plataformas descubiertas.

—¡Síguelo, George! —gritó Miguel Ángel.

Paiton movió los mandos y el helicóptero giró sobre sí mismo para salir luego impulsado hacia adelante en persecución del tren. El helicóptero era más rápido que la locomotora y pronto alcanzó al tren, situándose sobre este.

—El tren corre hacia esa extraña edificación que vimos en forma de cúpula —dijo Miguel Ángel—. Es nuestra oportunidad.

—¿Oportunidad, para qué? —preguntó Paiton sin apartar sus ojos del tren que corría unos metros por delante de la proa del helicóptero.

—Para colarnos dentro de aquel edificio. Supongo que el tren va a penetrar en él.

—¿Meternos allí con el helicóptero?

—¡Idiota! —masculló el español abandonando el asiento—. Voy a descolgarme por el cable y a montarme en una de esas plataformas. Cuando el tren entre en la cúpula, yo entraré con él.

—¡Estás loco! Ni siquiera sabes lo que hay allí dentro.

—Pues de eso se trata, de ver lo que hay dentro.

—¿Y si te encuentras con gente que te recibe a tiros?

—Una vez u otra tendremos que vérnoslas cara a cara con esa gente. Tenemos que hacerlo por fuerza para ver de llegar a una inteligencia con ellos y que nos presten ayuda.

—Sigo opinando que estás loco, Miguel. Es muy arriesgado lo que te propones hacer.

Miguel Ángel no le escuchaba. Había descendido hasta la cabina y abrió la portezuela lateral. El helicóptero estaba equipado con un equipo de rescate, consistente en un brazo metálico en el exterior, sobre la portezuela. Este brazo tenía en su extremo una polea, por la cual pasaba un cable de acero que iba a enrollarse en el tambor de un cabestrante situado dentro de la carlinga.

Miguel Ángel alcanzó un atalaje de cuero parecido al de un paracaídas, con una anilla para sujetarla al gancho del extremo del cable.

—Señor Aznar, ¿puedo ir con usted? —preguntó Bill Ley.

—No, Bill, no creo que deba. Tal vez no salgamos vivos de allí, en cuyo caso tu padre me recriminaría por haberte llevado conmigo.

—Si nos matan a ambos, poco importa lo que diga mi padre. Usted no podrá escuchar sus recriminaciones. Permítame que le acompañe, señor Aznar. Tal vez le sea de utilidad mi compañía. —Aznar vaciló un instante, asintiendo a continuación:

—Ponte el arnés. Yo descenderé primero y tú a continuación. ¿Sabrá usted manejar el cabestrante, profesor?

—Naturalmente. Ustedes me enseñaron cómo hacerlo cuando nos preparábamos para esta expedición.

Miguel Ángel tomó una de las metrallas que el grupo de Tierney, en el anterior vuelo, habían dejado allí. Tiró del gancho y lo pasó por la anilla del arnés. El profesor Stefansson estaba ante la palanca de la maquinilla y dejó correr el cable. Pendiente de este, Aznar descendió balanceándose en el vacío. La radio de que iba

equipada la escafandra de Miguel Ángel Aznar resultó de gran utilidad en esta ocasión, ya que mediante ella pudo dar instrucciones simultáneamente a Paiton y al profesor.

—Frene ahí, profesor... bien. Paiton, avanza un poco más para alcanzar el último vagón. Más... un poco más... ¡aguanta ahí! Muy bien. Profesor, suelte cable... más... ¡basta, ya vale!

Los pies del español acababan de tocar el piso del vagón. Desenganchó el mosquetón y ordenó que halaran el cable.

Miguel Ángel miro a su alrededor. La carga del vagón consistía en una gran caja de plomo de aspecto sumamente pesado. No había más. Bill Ley bajó colgando del cable y Miguel Ángel lo sujetó hasta que las plantas del muchacho tocaron en el piso de la plataforma. Le quitó el gancho.

Bill, que venía armado de una metralleta, se dejó caer de rodillas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Paiton por la radio—. ¿Hasta cuándo deberemos esperar?

—Aterrizas en cualquier lugar desde el cual puedas ver la salida del tren. Cuando el tren salga...

—¿Y si no sale?

—Bueno, no te preocupes, encontraremos la forma de salir de allí. Espera un par de horas. En ese tiempo se habrá agotado el oxígeno de nuestras botellas y estaremos muertos. Entonces podéis regresar a la base. Lo que hagáis después es cosa de Tierney.

—¡Vaya un recadito!

—Ahí está la cúpula —indicó Miguel Ángel—. El tren parece que reduce la velocidad.

En efecto, a contraluz del horizonte se recortaba la silueta de la enorme cúpula con su alta torre metálica rematada por la antena cóncava. El tren redujo su marcha al penetrar en la larga zanja que conducía a la base de la cúpula. Ante el foco de la locomotora se abrieron unas grandes puertas corredizas, mostrando el hueco iluminado de un túnel.

El tren avanzó lentamente, traspuso las puertas y entró bajo la enorme cúpula. Las puertas se cerraron silenciosamente detrás del último vagón.

Capítulo 6

¡CEREBROS ELECTRÓNICOS!

Una luz vivísima, blanca y sin sombras, envolvió a los dos terrícolas apenas el tren hubo traspuesto la entrada. El tren se deslizó sin ruido sobre su carril y se detuvo sin sacudidas entre un doble andén. Era aquel un lugar desconcertante. Los andenes, por ambos lados, quedaban como dos pies más bajos que las plataformas de los vagones. Los pisos, de grandes losas de mármol, brillaban como espejos reflejando invertidas las columnas de acero que sostenían las recias vigas del techo. Dos pequeños rieles, incrustados en el piso, venían hasta el mismo borde del andén.

Desde el andén, por entre las columnas, se alcanzaba a ver un semicírculo de gigantescas turbinas verticales girando furiosamente. Por el otro lado la perspectiva era idéntica, con la sola diferencia de que los raíles iban directamente al primer vagón plataforma, detrás del furgón cerrado.

Evidentemente se trataba de una construcción de planta circular con las turbinas distribuidas formando dos semicírculos perfectos. Al fondo todo el muro se veía cubierto de grandes cuadros de control. Un zumbido persistente lo llenaba todo, dominando el olor a aceites lubricantes calientes. El orden y la asepsia eran la nota dominante. Por lo demás no se veía un ser viviente en cuanto alcanzaba la vista.

—¿Dónde estamos? —preguntó Bill desde el fondo de su escafandra.

—Es una planta eléctrica, desde luego. Probablemente movida por la energía atómica —contestó Miguel Ángel a través de la radio.

—No se ve un alma. ¿No hay nadie aquí que se ocupe de estas máquinas?

Miguel Ángel no contestó. Empezaban a moverse cosas. Una cosa larga venía arrastrándose por el suelo, siguiendo los raíles incrustados en el piso. Al mismo tiempo, el brazo de una grúa descolgaba sobre el vagón cerrado una gruesa manguera envuelta en una espira metálica. Este vagón era en realidad una cisterna. Una tapa se abrió accionada por un mecanismo hidráulico o eléctrico, y el extremo de la manguera se introdujo por la boca de la cisterna.

Las «cosas» que venían arrastrándose por el suelo eran en realidad sendas cintas transportadoras de rodillos. Las cintas se estiraron como las escaleras plegables de los bomberos y se detuvieron junto al borde de la plataforma de los vagones.

De nuevo descendió del techo un brazo metálico. Este empujó la pesada caja de plomo, que fue a parar sobre los rodillos de la cinta transportadora. Los rodillos empezaron a girar y la enorme arca de plomo se deslizó suavemente sobre la cinta.

Esta misma operación era realizada simultáneamente con la caja del otro vagón, por medios idénticos aunque situados al lado contrario. Todo esto sucedía en silencio, con matemática y sincrónica precisión.

—Esto parece un castillo encantado, ¿eh? —exclamó Bill—. ¿Qué pueden ser esas cajas tan pesadas?

—Material preparado para la fisión nuclear. Uranio, radio o vaya usted a saber. Las cajas de plomo son imprescindibles para evitar la radiación que podría resultar mortal para quienes manejen esos minerales.

—¡Pero si no hay bicho viviente aquí a quien pueda perjudicar la radiación!

—Alguien debe andar por aquí, seguro. Vamos, Bill, disponemos de poco tiempo. Esa cisterna debe contener aceite lubricante para las máquinas. En cuanto se haya vaciado el tren se pondrá de nuevo en marcha para salir de aquí.

—¿Cómo sabe eso?

—No lo sé, simplemente lo deduzco por lógica. El tren vino transportando mineral de fisión y aceite, y se retirará una vez

terminada la descarga.

Empuñando su metralleta, Miguel Ángel Aznar saltó de la plataforma al andén.

Bill Ley le siguió preguntando:

—¿Y qué va a ocurrir si nos encontramos con alguien?

—Me muero de curiosidad por saberlo. Daremos una vuelta por aquí, a ver si aparece algún señor. Le saludaremos cortésmente y...

—¡Mire, alguien viene! —exclamó Bill señalando con su mano.

Aznar se detuvo como fulminado por un rayo. Tras el cristal azulado de la escafandra, los ojos del español se abrieron de par en par...

Sí, alguien venía hacia aquí. Una alta figura de dos metros de estatura, erguida la cabeza y derecha la espalda...

¡Pero no andaba!

Su cuerpo, enteramente cubierto de acero, brillaba como la armadura de un caballero medieval. Parecía ir montado sobre una sola rueda, las piernas abiertas y los pies apoyados en cada extremo del eje de la rueda. Pero esta primera impresión se desvaneció inmediatamente para crear otra mucho más inquietante. ¡No era un hombre!

Miguel Ángel Aznar lo comprendió casi en seguida al fijarse en su cara. No era un rostro humano. Vio un par de ojos vítreos, como las lentes de una cámara fotográfica, y en lugar de la boca una simple rejilla metálica como la de un altavoz. La cabeza era una esfera bastante voluminosa, enteramente de metal, con una antena a cada lado, arrancando del lugar donde deberían estar los oídos.

Las manos no eran tales, sino unas pinzas formadas por cuatro dedos de acero. Los brazos no estaban articulados por el codo, sino que eran simples tubos vectores formados por una espira de metal. El tronco no presentaba ninguna particularidad especial, salvo una serie de remaches distribuidos caprichosamente, y la cintura parecía una ancha faja formada por una serie de anillos. De cintura abajo, el abdomen se ensanchaba curiosamente en forma de boca de campana, vuelta y cerrada por abajo, y ya desde aquí se proyectaba un guardafangos que cubría la mitad de la llanta.

La rueda era ni más ni menos que como la de un automóvil, en tamaño, forma, y probablemente con neumático de caucho también, a juzgar por su elasticidad.

Rodando, más bien deslizándose silenciosamente sobre el suelo de pulido mármol, el extraño muñeco se sostenía seguro en increíble equilibrio sobre su única rueda, viniendo derecho hacia donde Bill Ley y Miguel Ángel se encontraban paralizados por la sorpresa.

—¡Dios mío, Aznar! —murmuró Bill a través de la radio—. ¿Qué haremos?

—¡Nada, Bill, no te muevas! —dijo Miguel Ángel con voz alterada.

Nada indicaba que el muñeco les había visto. Se acercaba reposado y seguro, como marchando por un carril. Ya se encontraba a solo veinte metros de los dos inmóviles terrícolas cuando, repentinamente, cambió de actitud.

De la rejilla de su boca salió el estridente aullido de una sirena. Simultáneamente se doblaba por la cintura, echaba el torso adelante y salía lanzado como una centella contra los terrícolas. Pillados por sorpresa, estos reaccionaron en último extremo brincando a un lado; Bill a la derecha, y Aznar a la izquierda. El hombre rodante pasó entre los dos sin tocarles, se alejó unos metros y basculó hacia un lado para describir una cerrada curva compensando la fuerza de la inercia con la inclinación del cuerpo, en el más depurado estilo motociclista.

—¡Cuidado, Bill, va a atacar de nuevo! —gritó Miguel Ángel empuñando su metralleta. En efecto, el hombre rodante había dado la vuelta y aceleraba de nuevo echando el busto hacia adelante para dirigirse contra Miguel Ángel.

El español no lo dudó un instante. Algo, aparte la actitud belicosa de aquel extraño ser, le decía que todo intento de diálogo era inútil. Le encañonó con la metralleta y disparó.

Las balas salieron empujándose unas a otras por el cañón del arma terrícola, haciendo impacto en el robusto tórax del muñeco metálico. Las balas se aplastaron contra la plancha de acero del pecho del hombre rodante, pero aunque marcaron allí profundamente su huella, no llegaron a atravesarla. Todo estaba ocurriendo muy aprisa. El hombre rodante se precipitaba velozmente sobre Miguel Ángel Aznar, y este acababa de descubrir que sus balas eran ineficaces contra aquella extraordinaria criatura. El choque entre ambos era ya inminente cuando, saltando ágilmente

a un lado, el terrícola se tiró al suelo de costado. El hombre mecánico, como la vez anterior, se alejó unos metros y dio la vuelta, inclinándose graciosamente a un lado como una motocicleta.

—¡Aquí, señor Aznar! ¡Venga aquí! —gritó Bill Ley.

El muchacho había corrido a resguardarse detrás de una de las sólidas columnas de acero. Miguel Ángel Aznar, después de rodar por el suelo, se incorporó sobre una rodilla mirando al hombre rodante con asombro. Debería haber alguna forma de contener a aquel monstruo, pero no se sabía cuál. De pronto tuvo una idea luminosa.

—¡Bill, vamos a tirar contra su neumático! —advirtió. Bill Ley, desde la protección de la columna, tenía su metralleta apuntando al hombre de acero.

—¡Comprendido, señor Aznar!

El hombre de acero aceleraba de nuevo, la cabeza y el torso inclinados como un toro que se dispone a embestir. Sin abandonar su postura, rodilla en tierra, Miguel Ángel Aznar se echó al hombro la metralleta y disparó. Su descarga coincidió con la descarga de Bill Ley, que tiraba desde un ángulo esquinado. Las balas en gran parte acribillaron el guardafangos del hombre mecánico, o pegaron en el piso de mármol rebotando hacia el fondo de la espaciosa sala. Pero alguna acertó en la llanta de caucho.

El neumático estalló y el hombre osciló a un lado y otro como en un desesperado esfuerzo por mantener el equilibrio. Sin embargo, el maltrecho neumático debió actuar de freno. La energía cinética seguía impulsando al hombre metálico hacia adelante más deprisa de lo que podía girar su rueda, lo que provocó su caída inmediata. Con la rueda al aire, girando sobre sí mismo, el muñeco se deslizó resbalando sobre el pulido piso, fuera de control.

Miguel Ángel tuvo que saltar rápidamente en pie para apartarse, pero todavía uno de los brazos del muñeco le golpeó en una rodilla derribándole.

El abatido hombre metálico siguió adelante, cruzó el andén, pegó en el borde de la plataforma del vagón, que estaba a medio metro de altura sobre el andén, y allí se detuvo, medio cuerpo montado en el vagón, y el resto, con el amplio guardafangos todavía afuera.

Bill Ley corrió hacia el lugar donde Miguel Ángel se incorporaba

doliéndose de la rodilla.

—¡Señor Aznar! ¿Se encuentra bien?

—¡Canastos, ese tipo casi me rompe la pierna! ¿Dónde está?

—Mire, allí. ¡Y todavía se mueve!

En efecto, el alucinante artefacto agitaba desesperadamente sus brazos, abriendo y cerrando en el aire sus temibles pinzas. En este momento la cinta transportadora de rodillos retrocedía, cumplida su misión de facilitar la descarga de la pesada caja de plomo.

Cojeando ostensiblemente, Miguel Ángel echó a andar en dirección al hombre mecánico.

—¡Intenta levantarse! —exclamó Bill señalando al muñeco.

Miguel Ángel dio la vuelta al muñeco, manteniéndose alejado de los brazos que se movían como aspas de molino, y casi a bocajarro, descargó su metralleta contra la nuca del extraordinario artefacto. Las balas, golpeando repetidamente en el mismo lugar, acabaron abriendo un agujero en el metal. Algo dentro de la cabeza del muñeco se descompuso. El monstruo cesó en su desesperado braceo, quedando completamente inmóvil.

—¡Ha muerto! —murmuró Bill, entre jubiloso y asustado.

Miguel Ángel miró en torno recelosamente. Nada se movía, a excepción de la gruesa manguera que, con sus leves contracciones, denunciaba la pulsación de la poderosa bomba que, en alguna parte, succionaba el contenido del vagón cisterna.

—¿Habremos hecho bien, señor Aznar? —preguntó Bill preocupado—. ¿Qué ocurrirá cuando la gente de este planeta se entere de que hemos dado muerte a uno de ellos?

—¿Entiendes tú por «gente» a esta máquina asesina, Bill? —pregunto el español.

—Es obvio que hay alguien dentro de esa máquina. ¿O no lo cree así?

Miguel Ángel no contestó y Bill murmuró:

—Tal vez nos hayamos enemistado para siempre con ellos. Estoy asustado. Y al señor Tierney no va a gustarle lo que hemos hecho.

—¿Debimos permitir que «eso» nos matara. Bill? Tuvimos que actuar en defensa propia. Espero que ellos lo comprendan.

—¿Se refiere al señor Tierney y los demás?

Miguel Ángel no contestó. Su mirada vigilante acababa de advertir que la manguera ya no se movía. Casi en seguida se movió

el brazo de la grúa, extrayendo de la boca de descarga el extremo de la manguera. Un chorro de aceite cayó sobre el andén.

—Ha terminado la descarga, el tren va a retirarse —murmuró Miguel Ángel.

—Bien, vámonos. ¡Y ojalá podamos salir de aquí antes que llegue alguien!

Bill saltó a la plataforma del vagón mientras, todavía en el andén, Aznar contemplaba pensativamente al hombre mecánico.

—Bill, vamos a llevarnos con nosotros al muñeco —dijo de pronto.

—Es una buena idea —aprobó el muchacho saltando de nuevo al andén para ayudar a Aznar—. De este modo al menos no lo encontrarán. Nos desharemos de él cuando el tren esté lejos de aquí ¿eh?

—Lo llevaremos con nosotros. Quiero ver qué hay dentro de este muñeco.

La máquina era muy pesada y requirió los esfuerzos aunados de Aznar y el joven Ley para echarlo sobre la plataforma. Muy a tiempo, ya que apenas lo había hecho cuando el tren se puso en marcha retrocediendo.

—¡Ey, mire eso! —llamó Bill la atención de Miguel Ángel Aznar.

Una máquina venía arrastrándose por el borde del andén. Era un artefacto sin formas determinadas, pero cuya utilidad resultaba fácil de adivinar cuando la máquina se dirigió a la mancha de aceite y se paró allí.

—Es una máquina barredora. Viene a limpiar la mancha de aceite —dijo Miguel Ángel Aznar. El tren se movía con suavidad, acelerando continua y progresivamente. Cruzaron la ancha puerta de entrada, se deslizaron por la zanja y se vieron de nuevo al aire libre, bajo el cielo estrellado de la noche. Lejos en el horizonte se encendían las pálidas luces del alba. La voz ansiosa de George Paiton llegó hasta los auriculares de Bill Ley y Miguel Ángel Aznar.

—¡Miguel! ¡Bill! ¿Estáis ahí?

—Hola, George —contestó Aznar—. Estamos sobre el tren.

—¡Diablo, ya era hora! Perdimos el contacto después que las puertas de ese edificio se cerraron tras el tren. ¿Qué ha ocurrido?

—Luego os contaremos. Acércate y sitúate sobre nosotros. Envíanos un arnés cuando lances el cable. Tenemos un invitado.

—¡Un invitado! —exclamó Paiton.

—Muy pesado, se trata de una máquina de acero.

—¡Córcholis! ¿Para qué demonios queremos una máquina?

—Pensamos que hay alguien dentro de ella. Alguien vivo... o que vivía hasta que lo matamos.

Paiton dejó oír un largo silbido de asombro, pero no preguntó más.

Poco después, desde el tren en marcha, se veían las luces de situación del helicóptero que venía a situarse sobre el convoy. Paiton encendió un foco eléctrico dirigido hacia abajo y Miguel Ángel le dio por radio las instrucciones necesarias hasta que el helicóptero vino a quedar exactamente sobre el vagón de cola, que en esta ocasión, sin embargo, marchaba por delante.

Un cable de acero, con un arnés colgando del gancho, descendió sobre las cabezas de Bill Ley y Miguel Ángel Aznar. El pesado muñeco metálico recibió el arnés, pero Bill subió antes para ayudar al profesor Stefansson a introducirlo en la cabina.

El gancho bajó de nuevo y esta vez subieron al hombre mecánico. El tren corría ahora a gran velocidad y Miguel Ángel tuvo que aguardar un largo rato hasta que le lanzaron el cable. Mientras tanto iba en aumento la claridad del alba, pero muy lentamente.

Poco después Miguel Ángel Aznar subía pendiendo del cable y, agarrado por Bill, sus pies descansaban en el piso de la cabina del aparato.

Inmediatamente George Paiton hizo virar al aparato, guiándose por el girocompás para regresar al «Lanza». Mientras tanto habían estado haciendo un gran consumo de combustible, lo que les obligó a bombear el que traían en los bidones para rellenar el exhausto depósito del helicóptero.

También estaba a punto de agotarse el oxígeno de sus botellas. La tripulación se despojó de las escafandras, pasando a respirar el oxígeno de la cabina del propio aparato. Miguel Ángel utilizó la radio para comunicar con el «Lanza».

—Ya era hora —dijo Harry Tierney por la radio—. Temíamos que les hubiera ocurrido algo.

—Han ocurrido cosas importantes, pero ya les contaremos luego. Tengan preparada la plataforma, nos posaremos sobre ella al

aterrizar.

—¿No puede anticiparnos algo de lo ocurrido?

—No por radio. No conviene que la utilicemos demasiado tiempo. Nos podrían localizar.

—¿No era eso lo que queríamos?

—Después de lo ocurrido, ya no —contestó Miguel Ángel. Y cerró la radio.

El Sol apuntaba en el horizonte cuando el helicóptero, después de inmovilizarse sobre el destrozado «Lanza», descendió verticalmente para posarse sobre la plataforma del montacargas.

Plegada la cola y las palas del rotor, el aparato fue introducido en el hangar del puente superior de la aeronave cerrada la escotilla, se abrió la puerta del fondo, y Harry Tierney entró en el hangar seguido de Thomas Dyer, el profesor Von Eicken, Bab y Else. En este momento Miguel Ángel Aznar saltaba del helicóptero, doliéndose de la rodilla al tocar el piso.

—¡Miguel! ¿Estás herido? —preguntó Bab acudiendo solícita junto a su esposo.

—Nada de eso, solo recibí un golpe.

Los que habían permanecido en el «Lanza» estaban, naturalmente, ansiosos por conocer lo sucedido a la expedición, Miguel Ángel Aznar hizo un detallado relato de todo lo ocurrido, para terminar mostrándoles el hombre mecánico, que todavía estaba sobre el helicóptero.

Fue necesario el concurso de todos los hombres para echar al suelo aquella extraña máquina. Harry Tierney contempló larga y pensativamente el artefacto.

—Profesor Stefansson, ¿cree usted posible que haya alguien dentro de esta armadura? —preguntó.

—Si quiere saber mi opinión, creo muy posible que los habitantes de este mundo estén configurados de muy distinta forma que nosotros. Podrían ser tan pequeños como hormigas, y poseer no obstante una inteligencia tan portentosa que les ha permitido conquistar su mundo sirviéndose de máquinas que multiplican su débil fuerza por mil. Y no debemos de extrañarnos, ya que al fin y al cabo, eso mismo hemos hecho nosotros en nuestro mundo, ayudándonos de máquinas poderosas que ejecutan el mismo trabajo que cien hombres.

—¿Es decir, que podemos encontrar ahí cualquier clase de bicho, desde una hormiga a un pulpo, moviendo con sus tentáculos los mandos del hombre mecánico, igual que nosotros guiamos una apisonadora, un automóvil o un barco? —exclamó George Paiton.

—¿Para qué tantas preguntas? —gruñó Thomas Dyer—. Le abrimos las tripas a esta cafetera y vemos lo que tiene dentro.

Dyer se dirigió al teléfono y marcó el número de la cámara de derrota, donde Edgar Ley y Richard Balmer seguían trabajando en la conversión del receptor de televisión.

—Ley, Balmer, acudan al hangar superior. Tenemos un trabajo aquí.

Poco después Edgar Ley y Richard Balmer entraban en el hangar, donde examinaron con curiosidad el gigantesco muñeco de dos metros de largo tumbado en el piso. Balmer dio una vuelta completa a la máquina, mientras escuchaba las explicaciones del profesor Stefansson respecto al muñeco.

—¿Y ustedes esperan encontrar «alguien» dentro? —preguntó Balmer finalmente—. Yo no veo ninguna puerta ni agujero practicable por donde un tripulante pudiera entrar y salir, aunque fuera muy pequeño. Si observan verán que todas las piezas han sido soldadas.

—Sí. Tendremos que utilizar el soplete para abrirlo —dijo Edgar Ley.

—Empleen los medios que sean necesarios —dijo Tierney—. Solo procuren no estropear lo que lleva dentro.

Los hombres empezaron a moverse. Un equipo oxihídrico, montado sobre una carretilla, fue sacado del pañol de herramientas. Thomas Dyer abrió las llaves, encendió el soplete y se protegió los ojos con unas gafas negras, inclinándose sobre el hombre de hierro.

Empezó Dyer a trabajar sobre la cabeza del muñeco, aplicando la llama del soplete sobre la costura que unía las dos partes, anterior y posterior. Manipulaba el ingeniero el soplete con mucho cuidado, a fin de no fundir con el calor el contenido de la cabeza del muñeco.

Manejando una sierra, Edgar Ley eliminó los puntos de metal que todavía mantenían unidas ambas piezas. Todos rodeaban a Dyer cuando este separó cuidadosamente la parte posterior.

Lo que apareció detrás del casquete dejó perplejos a todos. Allí

no había más que un bloque compacto de hilos de cobre, bobinas y transistores.

—Aquí fue donde las balas rompieron los hilos que hizo detenerse al muñeco —señaló Thomas Dyer—. Balmer, ¿qué opina usted?

—Vamos a desmontar la parte delantera —dijo Balmer.

Les llevó un buen rato sacar la parte que formaba la mascarilla del hombre mecánico. Los «ojos» de este, como ya había advertido Miguel Ángel Aznar, eran dos tubos telescópicos que alojaban una serie de lentes. Los «sesos» del hombre mecánico eran en suma un complejo montón de bien ordenados hilos, bobinas y otros componentes electrónicos en miniatura.

—¿Qué opinas de esos tubos, Richard? —preguntó Miguel Ángel.

—Teleobjetivos —dijo Balmer—. Óptica de primera calidad, ¿quién dijo que esta máquina iba dirigida por un bichito alojado en ella? Yo solo veo una cámara de televisión.

—¡Una cámara de televisión! —exclamó Harry Tierney.

—Evidentemente se trata de un robot dirigido por control remoto. Las imágenes que el robot «ve» son enviadas por televisión a un receptor. Alguien situado ante el receptor de televisión dirige al robot a través de impulsos eléctricos transmitidos por radio.

—O sea, más o menos de la misma forma que nosotros dirigimos las bombas volantes y los aviones de observación sin piloto —dijo Paiton.

El grupo guardó silencio, tal como si el descubrimiento de que el muñeco mecánico era un simple robot les hubiese decepcionado. Fue Harry Tierney quien expresó el sentir de los demás diciendo:

—No hemos progresado mucho. Los individuos que controlan estas máquinas a distancia siguen escondidos en la sombra del misterio. Ellos sin embargo nos han visto a través de los ojos del robot. Ahora saben que estamos aquí.

—Bueno. ¿No era eso lo que buscábamos después de todo? —dijo Edgar Ley.

—Sí, pero ellos nos recibieron lanzando contra nosotros su robot, lo cual no es indicio de que estén dispuestos a ayudarnos —dijo Aznar.

—No nos desanimemos —dijo el profesor Von Eicken—.

Tratemos de situarnos en lugar de esa gente. ¿Cómo habríamos reaccionado nosotros si, encontrándonos en nuestra factoría de Cleveland, hubiésemos descubierto de pronto la presencia de un par de seres no humanos figoneando en nuestros talleres? El miedo instintivo a lo desconocido nos habría impulsado seguramente a arrojarles un martillo o a perseguirles a tiros sin darles tiempo a justificarse. En resumen, lo que quiero decir, es que tal vez haya que esperar un segundo encuentro con esa gente para ver cómo reaccionan.

Tierney se volvió hacia Miguel Ángel.

—Señor Aznar, si no está usted demasiado cansado me gustaría escuchar su informe completo sobre los resultados de su vuelo —dijo.

—Estoy cansado y me duele mucho esta pierna, pero con gusto le informaré si quiere escucharme mientras como. Estoy hambriento —contestó Miguel Ángel Aznar.

—Tampoco nosotros hemos comido —dijo Tierney—. Vaya a cambiarse de ropa y nos veremos más tarde en el comedor.

Miguel Ángel abandonó el hangar seguido de su esposa, dirigiéndose ambos a su camarote. Aquí, al quitarse la ropa de vuelo, Miguel Ángel descubrió que tenía una rodilla muy inflamada. Bab le aplicó un linimento y le dejó vistiéndose para ir a prepararle algo de comer.

Cuando Miguel Ángel entró en el salón comedor, los demás estaban ya allí reunidos en torno a la mesa, a excepción de Richard Balmer y Edgar Ley, quienes al parecer continuaban en el hangar desmontando al hombre mecánico.

—Aunque no es buen indicio que el robot atacara a Aznar y a Bill, prefiero saber que el robot es solo un robot —estaba diciendo Tierney a sus compañeros—. Si en vez de destrozarse un robot hubiésemos matado a un ser vivo, la cosa podría haber sido peor. Eso quiere decir que tendremos que ir con más cuidado en nuestras acciones futuras.

Tierney vio en este momento a Miguel Ángel y se excusó:

—No es una censura por el modo que actuó, Aznar. Seguramente yo habría hecho lo mismo en su lugar. Pero tendremos que fijarnos bien la próxima vez. Nuestra salvación depende de la ayuda que quieran prestarnos los habitantes de este planeta. Si ellos nos toman

por enemigos estaremos irremisiblemente perdidos.

—¿Quiere decir que tal vez tengamos que entregarnos, dejando a la discreción de esa gente lo que decida hacer de nosotros? —preguntó Aznar.

—Si nos vemos en la alternativa de matar o entregarnos, creo que lo mejor, sin ningún género de dudas, es entregarnos. No podemos luchar solos contra un mundo hostil.

—Eso posiblemente signifique que tengamos que sacrificarnos algunos de nosotros, a cambio de la esperanza de que traten bien a los demás. Espero que no esté equivocado —dijo Miguel Ángel.

A continuación, mientras las mujeres disponían la mesa para la comida, Miguel Ángel informó de las experiencias obtenidas en su vuelo.

—Seguiremos ese monorraíl hasta donde nuestros medios nos permitan. Él debe llevarnos forzosamente hasta algún lugar habitado, una fábrica... tal vez una ciudad —dijo Harry Tierney muy animado. La comida, en general, transcurrió en un ambiente de franco optimismo. Bien era cierto que todavía no se había despejado la incógnita más inquietante; esto es, cuál sería la acogida que finalmente les dispensarían los habitantes de aquel planeta. El profesor Stefansson expuso a este respecto una teoría interesante:

—Tal vez los habitantes de este mundo se parezcan a nosotros mucho más de lo que pensamos en un principio. Sabemos que no hay nadie dentro de ese robot, ni un ser en forma de pulpo, o de insecto, o un pequeño mono. El robot ha sido construido sobre un patrón humanoide. Sencillamente, de cintura para arriba, podría pasar perfectamente por la armadura de uno de nuestros caballeros medievales, excepto que se han empleado técnicas mucho más modernas y perfeccionadas. ¿Se han fijado en sus manos? Ninguna criatura de la naturaleza, a excepción del hombre y sus parientes los monos, posee manos en las que el pulgar pueda oponerse a todos los demás dedos. Si observan bien las manos de ese robot se darán cuenta de que cada dedo puede oponerse a los otros, lo cual debe permitirle efectuar una gran diversidad de trabajos manuales.

—¿Y eso, qué demuestra? —preguntó George Paiton.

—Si observamos las manifestaciones del arte del hombre en nuestro propio planeta, vemos que, exceptuando ciertos dibujos

geométricos, siempre ha copiado a la naturaleza. La representación de nuestros dioses no ha sido excepción. Esto demuestra una sola cosa: la imaginación del hombre difícilmente puede concebir otras formas que aquellas que le son conocidas. Si yo les doy a cada uno de ustedes papel y lápiz y les invito a expresar gráficamente cuál es su idea libre del aspecto que puedan tener los habitantes de este mundo, es seguro que la mayoría coincidirán al menos en una cosa. Estos seres tendrán cabeza. Tendrá ojos y algún miembro que les permita moverse. También boca. Sin embargo, no deberían ser necesariamente de este modo. Pero ni a mí ni a ustedes se nos ocurre qué forma podrían tener, fuera de aquellas que nos son conocidas. En fin, yo pienso que si este robot tiene formas manifiestamente humanas, es ni más ni menos porque ha sido creado por alguien muy parecido a nosotros.

—Ojalá tenga usted razón —dijo Harry Tierney—. Si nos ven parecidos a ellos mismos, tal vez nos traten como semejantes.

Después de comer el grupo regresó al hangar. Allí Richard Balmer se limpiaba las manos sucias de grasa con un puñado de algodones. El robot, totalmente desmontado, ofrecía un aspecto muy distinto de como lo vieran Miguel Ángel Aznar y Bill Ley en la planta atómica de energía eléctrica.

Las planchas que daban forma exterior al robot se veían tiradas por el piso, incluso el guardafangos que cubría la única rueda sobre la que se movía la máquina. Esta rueda, a su vez, había sido sacada de su sitio y desmontada.

—Buen trabajo —dijo Miguel Ángel—. Veo que no habéis dejado tornillo en su sitio.

—Es fácil destruir una cosa —contestó Balmer—. Si tuviese que armarlo de nuevo sería distinto.

—¿Cuál es su conclusión? —preguntó Tierney.

—Que se trata de una máquina muy bien construida, hecha para durar mucho tiempo. Casi con toda seguridad no se reparan nunca. Cuando se estropea se tira y es reemplazada por otra.

—¿Tirar una máquina tan costosa?

—No crea, no deben resultar tan costosas construidas en serie. El robot no es lo que parece. No se trata de una máquina capaz de regirse por sí sola. En alguna parte debe haber un cerebro electrónico que lo comanda por radio. ¿Ven este volante por debajo

de la cintura del muñeco? Cuando está funcionando gira a gran velocidad y actúa como una peonza manteniendo en equilibrio al robot. El volante estabilizador es accionado por este potente motor eléctrico que ocupa la mayor parte del cuerpo del robot, y es utilizado también para los movimientos de las manos y los brazos de la máquina. La locomoción, por el contrario, se consigue por otro medio. El motor eléctrico está alojado en la misma llanta, y sirve al tiempo de freno si se invierte el sentido de la corriente. La máquina, como ven, es muy robusta. Su parte más delicada es el sistema de equilibrio. Un pequeño péndulo de platino, introducido en un tubo, golpea en las paredes de este determinando la posición del robot en todo momento respecto a la vertical. El robot actúa independientemente en esta función de mantener el equilibrio, pero en todo lo demás depende de las órdenes que le llegan por radio desde su centro de operaciones.

—Esto resulta un poco decepcionante, ¿no es cierto? —dijo el profesor Stefansson.

—Depende de lo que usted esperase encontrar en el robot —contestó Richard Balmer—. Yo lo encuentro sumamente interesante. El robot se mueve utilizando la energía eléctrica. Sin embargo no lleva consigo acumuladores ni medio alguno capaz de fabricar electricidad.

—¿Cómo la recibe entonces? —preguntó rápido Miguel Ángel Aznar.

—Por radio.

—¿Por radio? —exclamó Tierney incrédulo.

—Sí, es muy sencillo. En alguna parte hay una planta eléctrica con un dispositivo especial para emitir ondas energéticas a través de una gran antena. Las ondas que lanza al éter esa emisora recorren tal vez cien kilómetros y son captadas por la pequeña antena del robot, el cual las transforma en energía eléctrica con la que alimenta sus motores y sus propios circuitos electrónicos.

—¿Está seguro de lo que dice?

—¡Claro que lo estoy! El robot se detuvo porque los disparos de la metralleta de Miguel averiaron el sistema transformador de energía, parecido a un aparato de radio, que el muñeco lleva alojado precisamente en la parte posterior de la cabeza.

—¿De manera que es así como funciona el robot? —murmuró el

profesor Von Eicken—. ¿Sería usted capaz de reparar la avería de ese aparato receptor de ondas energéticas, Balmer?

—¿Quiere hacer funcionar de nuevo al robot?

—No. Solo estoy pensando que si pudiéramos hacer funcionar ese aparato y conectarlo a nuestra propia red, tendríamos electricidad gratuita y continua para nuestro alumbrado y nuestra calefacción.

—Sería un poco complicado, pero podría intentarlo...

—Olvide eso, Balmer —interrumpió Tierney—. Nuestro problema no está solo en el suministro de energía eléctrica, sino en nuestra provisión de oxígeno. Lo que debemos hacer cuanto antes es buscar a los habitantes de este mundo y pedirles que nos ayuden. Probablemente ellos respiren oxígeno igual que nosotros. El monorraíl es hoy por hoy nuestro principal objetivo. Él debe conducirnos a alguna parte donde habrá seres vivos. Nada hay más urgente en este momento que encontrar a esa gente.

—Ellos ya nos conocen a través de los ojos del robot —objetó Miguel Ángel Aznar—. Y su primera reacción al vernos no fue muy amistosa. Quizás debamos prepararnos para lo peor.

—No estoy de acuerdo contigo a ese respecto, Miguel —dijo Richard Balmer—. Por lo que hemos podido deducir del examen del robot, esto no es ni mucho menos lo perfecto que creíamos en un principio. Como máquina es muy robusta, pero sus elementos principales no están en ella, sino en alguna otra parte. El robot, en realidad, solo transmite datos. Él solo no sería capaz por sí mismo ni siquiera de marchar en línea recta. El complemento del robot debe ser algo mucho más complejo que un simple hombre mandándole a distancia; es decir, debe tratarse de un cerebro electrónico de gran capacidad. Un solo cerebro electrónico sería capaz de dirigir toda la planta atómica de energía eléctrica, y dirigir a su vez el trabajo de más de mil robots como este ejecutando mil trabajos distintos. Yo no creo que en parte alguna un ser inteligente os estuviera viendo a través de una pantalla de televisión cuando tú y Bill invadisteis la planta atómica. Pero el cerebro electrónico que dirige la planta sí debió «veros», y en ese punto y momento actuó siguiendo un plan de emergencia para el que estaba programado.

—Si hubo una señal de alarma procedente de la planta atómica, alguien debe habernos visto además del cerebro electrónico.

Alguien acudiría junto al cerebro para investigar qué estaba ocurriendo.

—Sí, pero eso debió ocurrir «después». El cerebro grabaría en vídeo todo el incidente hasta que destruisteis al robot, y alguien al cuidado del cerebro acudiría a investigar el incidente. Pero de lo que ese ser inteligente piensa en nosotros, no tenemos evidencia. Y nadie se opuso a que salierais de allí.

—Eso es verdad —admitió Miguel Ángel—. Solo que no sabemos si se debió a que realmente nadie quiso oponerse, o a que todo ocurrió demasiado aprisa y descubrieron demasiado tarde que habíamos estado allí.

—No discutamos más —dijo Harry Tierney impaciente—. Desde que llegamos a este planeta no hemos hecho otra cosa que formular conjeturas. Ya es hora de que vayamos directamente al encuentro de los habitantes de este mundo. Vamos a aprovechar la luz del día para volar. Constituiremos un primer depósito de combustible junto al monorraíl, lo más lejos que podamos de la planta atómica. Luego, en sucesivos vuelos, seguiremos al monorraíl hasta donde alcancemos. Si la planta atómica de energía eléctrica es a su vez una emisora de ondas energéticas, no debe quedar lejos alguna fábrica o una ciudad habitada. Vamos, no es lógico que se haya levantado una planta de energía eléctrica si no hay cerca alguna industria que se suministre de esa energía.

—Eso parece razonable —aprobó Thomas Dyer—. En mi opinión, las ondas energéticas, como las señales de televisión, no deben tener mucho alcance.

Capítulo 7

¡PELIGRO!

En dos horas estaba listo para volar el helicóptero, los depósitos llenos a rebosar de combustible, además de cuatro bidones de doscientos cincuenta cada uno en la carlinga, y un depósito plegadizo de plástico que utilizarían para constituir la primera base-depósito de combustible en algún lugar junto al monorraíl.

Habían decidido que Harry Tierney y Edgar Ley volaran con Miguel Ángel Aznar, a fin de que este último les mostrara el camino. En el siguiente vuelo Thomas Dyer acompañaría a George Paiton, que era quien había pilotado el helicóptero la vez anterior.

De nuevo equipados con sus trajes de vuelo espacial, los tres hombres treparon a la cabina del aparato. En aquel momento se encontraban en el campo de hielo, junto al destrozado «Lanza», Bill Ley y George Paiton, que había colaborado en la tarea de bombear a mano desde los depósitos del «Lanza» el combustible que cargaba el helicóptero.

En el primer vuelo, George Paiton había llevado el aparato sobre la línea de la costa, a fin de no perder detalle de esta.

La intención de Miguel Ángel era volar directamente dejando a un lado la planta de energía eléctrica. Al despegar, Aznar abrió a tope la llave del gas para ganar altura y encendió el radar. Cuanta mayor fuera la altura más pronto podrían localizar la gran antena parabólica de la planta atómica, y ya con este punto de referencia

dirigirse en línea recta en busca del monorraíl ahorrando tiempo y combustible. El helicóptero se encontraba a mil metros de altura y unas diez millas del «Lanza», cuando Harry Tierney, sentado junto a Aznar, anunció:

—Atención, contacto radar.

Miguel Ángel miró sorprendido a la pantalla, pues la plata atómica de energía eléctrica debía estar a más de doscientos kilómetros de distancia, todavía demasiado lejos y fuera del alcance del radar. A efectos de orientación, los pilotos militares solían considerar el círculo dividido en doce partes, como la esfera de un reloj, quedando las doce enfrente, en el sentido de la marcha del avión, y las seis a su espalda. Pero mientras la planta atómica debía aparecer según los cálculos de Miguel Ángel aproximadamente por las dos, el objeto detectado quedaba en el lado contrario, sobre las diez de la esfera imaginaria. Mientras observaban la pantalla, el objeto se estaba desplazando con rapidez en sentido contrario a la marcha del helicóptero.

—Debe ser un avión —señaló Miguel Ángel a la pantalla—. ¡Y se dirige en línea recta al «Lanza»!

Rápidamente, Miguel Ángel movió los mandos que tenía en sus manos haciendo describir una cerrada curva al aparato.

—¿Qué hace usted? —preguntó Harry Tierney, nervioso.

—Regresamos —contestó Miguel Ángel secamente.

Tierney no hizo ninguna objeción. El helicóptero volaba de regreso a su punto de partida y en la pantalla de radar el objeto detectado había cambiado de posición y quedaba a su derecha, aproximadamente sobre las cuatro.

—¿Tenemos los cañones cargados, verdad? —preguntó Miguel Ángel.

El helicóptero era en realidad un aparato de combate armado de cañones de veinte milímetros y de proyectiles cohete.

—Usted no disparará contra ese avión a menos que yo le autorice a hacerlo —advirtió Harry Tierney con severidad—. Ellos han venido a buscarnos antes de que nosotros diéramos con ellos. Esta puede ser una buena oportunidad para llegar a un entendimiento amistoso.

—¡Ojalá no se equivoque! —contestó el español.

Ahora, el avión desconocido y el helicóptero convergían sobre el

«Lanza». El aparato volador no identificado llegó un minuto antes y Miguel Ángel pudo verlo inmóvil a unos quinientos metros de altura sobre el «Lanza». Era una máquina muy extraña, pues si bien se mantenía inmóvil en el aire, no se advertía la presencia de ningún rotor que los sostuviera. Sencillamente, flotaba como una pluma, mientras en su popa giraban lentamente dos hélices que relampagueaban al Sol.

Miguel Ángel redujo la velocidad de su propio aparato y luego continuó perdiendo altura y acercándose por detrás al misterioso avión. Este no solo carecía de rotor, sino también de alas. Visto desde arriba parecía un bote de recreo; algo como una zapatilla.

Al acercarse todavía más, pudieron ver una figura sentada a los mandos del curioso aparato. Parecía un ser humano vestido como los propios terrícolas con traje y escafandra. Si se trataba de un hombre tenía que ir equipado con este traje, pues la cabina de la «zapatilla volante» era completamente abierta, sin más protección que un inclinado cristal parabrisas.

Mirando más abajo, Miguel Ángel vio dos figuras moviéndose sobre el hielo, junto al «Lanza». Eran Bill Ley y George Paiton, que retiraban la bomba y la manguera que habían utilizado momentos antes para el transvase del combustible, desde los depósitos del «Lanza» a los del helicóptero.

Ninguno de los dos parecía haber advertido al aparato que estaba inmóvil en el aire a unos trescientos metros sobre sus cabezas.

—¡Atención, Bill... George! —llamó Miguel Ángel por radio—. ¡Hay un aparato volador sobre vosotros!

—¡Cállese! —rugió Tierney propinándole un codazo—. Puede estropearlo todo si los muchachos echan a correr y...

Algo ocurrió. Antes de que Tierney hubiera concluido la frase, cruzó el espacio un brillante rayo de luz que alcanzó a una de las figuras que se movían en el hielo. Un fogonazo envolvió a la desprevénida víctima.

—¡Nos están atacando! —gritó Miguel Ángel con rabia.

Empujó la palanca de mando hacia adelante. La víctima del rayo, Bill o Paiton, rodaba por el hielo. El otro echó a correr, escapando por un metro a la segunda lanzada luminosa que disparaba la «zapatilla volante». El helicóptero descendía ahora

sobre el otro aparato. En la mira de los cañones estaba la espalda del piloto enemigo. Miguel Ángel oprimió con el pulgar el botón disparador situado en el extremo de la palanca. El rebufo de los cañones lo acusó el helicóptero estremeciéndose. Los proyectiles de veinte milímetros dibujaron en el aire trazos de humo antes de acribillar la espalda y la cabeza del piloto homicida... El helicóptero iba a estrellarse contra el otro aparato y Aznar tuvo que abrir la llave del gas y elevarse para evitar la colisión. Dio media vuelta rápida y quedó inmóvil de cara al otro. Pero su enemigo no volvió a utilizar el rayo luminoso. El piloto estaba caído de bruces sobre el cuadro de mandos de su aparato. El aparato no se movía, seguía allí, flotando e inmóvil en el aire, como si las balas del helicóptero ni la suerte de su piloto le hubieran afectado.

—¡Ha matado a ese hombre! —exclamó Harry Tierney.

—Sí. Y él ha asesinado a uno de los nuestros —contestó el español.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, ojalá esté equivocado.

—¡Puede ser mi hijo! —exclamó Edgar Ley angustiado—. Bill estaba allí abajo con Paiton. ¡Pronto, aterrice usted... por el amor de Dios!

No sin lanzar antes una mirada de desconfianza al otro aparato. Miguel Ángel Aznar llevó al helicóptero hasta que las ruedas del tren de aterrizaje tocaron en el hielo.

Un hombre estaba inclinado sobre la figura que yacía en el hielo, y del «Lanza» llegaba corriendo otro miembro de la expedición con traje y escafandra. Apenas habían tocado el hielo las ruedas del helicóptero, cuando Edgar Ley abrió la portezuela y saltó del aparato.

—¡Bill! —llamaba la voz angustiada de Edgar mientras corría.

En los auriculares de Miguel Ángel Aznar, y simultáneamente en los de Harry Tierney, se escuchó la voz de George Paiton diciendo:

—Por favor, Edgar... no se acerque. Será mejor que no lo vea.

—¡Bill, hijo mío! —Se oyó sollozar a Edgar. Miguel Ángel Aznar y Harry Tierney cruzaron su mirada a través del cristal azulado de sus respectivas escafandras.

—¡Paiton! —llamó Tierney con rabia—. ¿Qué ha ocurrido?

—El pobre Bill... —murmuró Paiton a través de la radio con

palabras entrecortadas—. Ese maldito aparato que está allí arriba disparó un rayo. No sé exactamente lo que ocurrió. La escafandra de Bill fue desintegrada y sus pedazos volaron la cabeza del muchacho... Creo que de todas formas habría muerto... asfixiado.

Miguel Ángel se mostró ahora enérgico.

—Tierney, tome usted los mandos. Elévese y manténgase inmóvil sobre ese aparato. Voy a descender hasta él por medio del cable.

—¿Qué es lo que se propone hacer?

—Capturar ese aparato... si puedo.

El helicóptero se elevó de nuevo haciendo rugir sus turbinas. Miguel Ángel, en la cabina, desenrolló veinte o treinta metros de cable de acero del cabestrante. Tierney llevó al helicóptero por encima de la «zapatilla volante» y, siguiendo las indicaciones que Aznar le hacía a través de la radio de su escafandra, fue a situarse exactamente sobre el misterioso aparato.

Miguel Ángel Aznar se deslizó a lo largo del cable hasta que sus pies tocaron en el piso de la carlinga del otro aparato.

—Listo, Tierney. Ya estoy. Intentaré llevar este aparato a tierra.

—Me sostendré aquí arriba por si me necesita —contestó Tierney.

El aparato, que de lejos parecía una embarcación, seguía pareciéndolo a bordo de ella. La carlinga era muy espaciosa, estando ocupada por tres asientos corridos, capaz cada uno para tres personas cómodamente sentadas. A popa se elevaba un volumen constituido por dos motores, cada uno de ellos accionando una hélice de tamaño más bien reducido. Más atrás, entre las dos hélices, se elevaba un timón.

Miguel Ángel había venido a caer en el centro del extraño aparato, a espaldas del piloto. Este, por lo que pudo ver en seguida, no era un ser humano, sino otro robot parecido al que capturaron horas antes en la planta atómica de energía eléctrica. La diferencia más notable entre ambos robots consistía en que este tenía dos piernas articuladas en lugar de una llanta de automóvil.

Los proyectiles de veinte milímetros habían perforado la plancha de acero en la nuca y la espalda del robot, abriendo media docena de agujeros en el cristal parabrisas de la navecilla. Esta se estaba moviendo despacio, alejándose del «Lanza», lo que originaba este

lento desplazamiento era el aire que soplaba sobre la inmensa llanura de hielo.

—El piloto está «muerto» —informó Miguel Ángel por la radio—. Es otro robot.

—¿Seguro que se trata de un robot? —preguntó Tierney.

—Yo veo un robot. Voy a amarrarle con el cable. Cuando yo le diga, usted se eleva y así sacaremos al robot de su asiento. Parece muy pesado.

Miguel Ángel pasó el cable de acero por debajo de los brazos del robot, enganchó el gancho formando a modo de un nudo corredizo y avisó a Tierney para que se elevara.

El helicóptero, batiendo el aire por encima de Miguel Ángel, se elevó verticalmente levantando al robot del asiento y arrastrándolo consigo.

—Perfecto —dijo Miguel Ángel—. Ahora llévelo junto al «Lanza» y deposítelo en el suelo. Voy a tratar de averiguar cómo se maneja este aparato.

El helicóptero se alejó mientras Miguel Ángel pasaba una pierna por encima del respaldo del asiento que había ocupado el piloto. Los mandos no parecían ser muy complicados: un volante que seguramente movía el timón de popa, situado a la izquierda como en un automóvil americano, una palanca larga a la derecha del piloto, como el freno de mano de un coche cualquiera, y dos pedales abajo, uno para cada pie. El cuadro de mandos era muy somero: solamente un par de indicadores de aguja, y media docena de interruptores de balancín, con una pequeña placa grabada debajo de cada uno de ellos.

Miguel Ángel se inclinó con curiosidad para mirar los caracteres de las placas. El corazón le dio un vuelco. ¡Eran caracteres de escritura «saissai»! El cartelito decía: «Rayos ígneos». La sorpresa dejó a Miguel Ángel momentáneamente sin habla. ¡Escritura «saissai» aquí, en este planeta!

Los «saissai» eran una raza de hombres semejantes a los terrícolas, de caracteres orientales y piel de coloración ligeramente azul. Estos hombres azules habitaban Venus cuando los Hombres Grises (thorbod) llegaron a aquel planeta procedentes de algún remoto lugar del Universo.

Sin embargo, tampoco los «saissai» eran aborígenes de Venus.

Según su propia leyenda, que las investigaciones del profesor Stefansson corroboraron más tarde, los primeros Hombres Azules habían llegado a Venus unos 700 años antes de Jesucristo. Eran los supervivientes de alguna supercivilización que, obligados a abandonar su mundo de origen, fueron a refugiarse en Venus.

Sin duda escarmentados por las desdichas que su civilización les había deparado, los «saissai» decidieron romper con su vieja cultura, y renunciaron a todas las ventajas de su avanzada técnica, para recomenzar una nueva existencia con retorno al más puro primitivismo. Solamente conservaron su lengua y su escritura. Miguel Ángel Aznar sintió su corazón lleno de esperanza. ¿Era este inhóspito planeta la patria de la raza «saissai»?

Si era de este modo, al menos podrían hacerse entender de ellos en su propia lengua. La lectura de las pequeñas placas bajo los interruptores aclaró muchas de las dudas del español. Uno de ellos servía para poner en marcha los motores. Miguel Ángel tomó asiento en el puesto del piloto, hizo girar el volante a la izquierda y miró atrás, comprobando que, en efecto, el timón se movía en el mismo sentido. El sistema de sustentación era lo que más intrigaba a Miguel Ángel.

No se escuchaba ruido de motor alguno. Si lo hubiera habido, el astronauta lo habría oído gracias a los micrófonos situados en la parte exterior de su escafandra.

Apoyada contra el parabrisas, al extremo un brazo de acero articulado, había una caja negra rectangular, del tamaño de una caja de zapatos, con un cristal. Por la posición de la caja se deducía que el robot, al caer hacia adelante, la había empujado contra el parabrisas.

Miguel Ángel tiró de la caja y entonces vio que se trataba de una pequeña pantalla de televisión haciendo las veces de visor. El visor estaba funcionando, pero solo se veía el suelo cubierto de hielo. De este instrumento óptico debía haberse servido el robot para fulminar a Bill con su mortífero «rayo ígneo». Miguel Ángel apartó el visor y tentó la larga palanca situada a su derecha. La palanca no se movió, pero el español descubrió en su extremo un botón, el cual indudablemente servía para sostener fija la palanca. Apretó el botón con el pulgar y empujó la palanca hacia adelante.

¡La nave empezó a descender verticalmente!

Aznar tiró de la palanca. La nave se detuvo en su brusco descenso y se elevó suave pero enérgicamente. Aznar esperó a ver qué ocurría. La nave se detuvo a unos quinientos metros de altura.

—¡Fantástico! —exclamó.

Su voz fue escuchada en tierra a través de la radio.

—¡Eh, Miguel Ángel! —Era la voz de George Paiton—. ¿Qué haces ahí, subiendo y bajando como un ascensor?

—Estoy tratando de averiguar cómo funciona esto... y ya he descubierto cosas muy interesantes —contestó Aznar.

—Te estás alejando mucho.

—El viento me empuja. Pero creo haber encontrado la forma de regresar. Voy a intentarlo ahora.

Miguel Ángel apretó el botón con la anotación «motor». A popa las dos hélices empezaron a girar, una en sentido contrario a la otra, trazando dos brillantes círculos bajo el Sol.

«Estos pedales deben servir para algo. Tal vez de acelerador» —se dijo el español. Puso el pie derecho sobre el pedal del mismo lado y pisó con suavidad. Con gran satisfacción notó que la aeronave empezaba a moverse hacia adelante, impulsada por las dos hélices que ahora giraban más aprisa. Antes de seguir adelante quiso hacer una última prueba. Soltó el acelerador y pisó el pedal de la izquierda con la esperanza de que actuara de freno.

Era un freno, en efecto. Las hélices disminuyeron su velocidad de rotación, se detuvieron y empezaron a girar en sentido contrario. La nave frenó suavemente, se detuvo y a continuación empezó a moverse hacia atrás. Sabiendo ya cómo andaban las cosas, Miguel Ángel retiró el pie del pedal izquierdo y pisó a fondo el derecho. Las hélices invirtieron su giro y la aeronave salió impulsada de nuevo hacia adelante. A fin de comprobar la velocidad máxima que era capaz de desarrollar el aparato, Miguel Ángel pisó y mantuvo a fondo el acelerador de «avante» hasta que la máquina alcanzó su máxima velocidad. Esta la calculó Aznar en unos trescientos kilómetros por hora, lo que no estaba del todo mal para un aparato movido por motores eléctricos. El aviador había comprendido hacía rato que la navecilla se alimentaba de electricidad por idéntico sistema que los robots. La recibía de la lejana emisora igual que una radió las ondas hertzianas, y las convertía en energía aplicada a todo el sistema de propulsión de la nave.

Se había alejado mucho del «Lanza» durante estas pruebas, y viró para regresar. Entonces descubrió con sorpresa que la aeronave se inclinaba de lado para contrarrestar la fuerza centrífuga, y se enderezaba de nuevo al enderezar el volante.

Miguel Ángel experimentó auténtica admiración hacia los genios que habían construido esta navecilla. Todavía no se explicaba ni podía comprender cómo la máquina se sostenía en el aire.

«Seguramente los “saissai” han encontrado la forma de crear un campo de fuerza magnético» —se dijo. El «Lanza» estaba a la vista y Miguel Ángel pisó el freno. Lo hizo tan bien que la navecilla vino a detenerse casi sobre la vertical del «Lanza».

Solo dos figuras, sobre el campo de hielo, observaban las evoluciones de Miguel Ángel. Eran George Paiton y el profesor Erick Von Eicken. La impresión por la muerte de Bill era probablemente lo que les mantenía en silencio.

Miguel Ángel Aznar empujó la palanca hacia adelante y la nave empezó a descender, pero se detuvo después de haber bajado algunos metros. Aznar tuvo que ir empujando más y más la palanca hasta que el fondo plano de la curiosa «zapatilla» se posó en el hielo.

—¡Bravo, Miguel! —Se oyó exclamar a Paiton a través de la radio—. Lo conseguiste.

La navecilla tenía tres portezuelas por lado para facilitar el acceso al aparato. Miguel Ángel abrió la portezuela de su izquierda y saltó al hielo. El profesor Von Eicken y Paiton se acercaron para contemplar la navecilla llenos de curiosidad.

—¿Qué fue exactamente lo que le ocurrió a Bill? —preguntó Aznar.

—No nos dimos cuenta de que estaba sobre nosotros hasta que tú diste la voz. Pero fue demasiado tarde. La escafandra de Bill se desintegró bajo ese maldito rayo y le deshizo la cabeza. Hubiese muerto también de asfixia ya que sus botellas de oxígeno estallaron al mismo tiempo.

—No solo fueron desintegradas la escafandra y las botellas de oxígeno —dijo el profesor Von Eicken—. También el anillo donde la escafandra se une al cuello del traje, las cremalleras... todo cuanto de metálico llevaba Bill encima.

—¿Solo las partes metálicas?

—Sí, solo las piezas metálicas. El caucho, la ropa ni el propio Bill resultaron afectados por ese extraño rayo desintegrador.

—¿No es curioso que ocurriera así?

—Ese rayo debe tener alguna propiedad especial que solo afecta al metal. Encontré la visera de cristal de la escafandra de Bill intacta a varios metros de distancia —contestó el profesor.

—No he intentado poner a prueba la capacidad destructora de ese rayo, pero si es como usted dice, tenemos en nuestras manos un arma poderosa contra los robots. Los robots están hechos de acero. Pero quizás no tengamos que destruir más robots. He descubierto algo sorprendente, realmente inesperado. Nuestros amigos los «saissai» construyeron esa aeronave.

—¡Los «saissai»! —exclamó George Paiton—. ¿Quieres decir los Hombres Azules de Venus?

—No los de Venus, sino los de aquí, los que seguramente habitan o habitaron en este planeta.

—¡Aznar, eso es algo realmente sorprendente! —exclamó a su vez el profesor Von Eicken—. Sabemos que los Hombres Azules no son oriundos de Venus. ¿Es posible que este planeta fuera su patria, el viejo mundo del que emigraron para ir a establecer una nueva civilización en Venus?

—No me lo pregunte, no lo sé —contestó Aznar—. Solo sé, porque lo he visto, que en los mandos de esa aeronave hay carteles escritos en lengua «saissai». No tuve la menor dificultad en descifrarlos.

—Vamos adentro a decírselo a los demás. Es un descubrimiento digno de celebrarse. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque considerando la muerte de Bill, no creo que estemos para celebraciones.

—Tiene usted razón, ha sido una gran desgracia —murmuró el profesor.

—Vayan ustedes a comunicarlo a los demás. Yo me quedaré aquí por el tiempo que dure mi provisión de oxígeno. Ellos saben ahora dónde estamos y pueden atacarnos de nuevo. Si su rayo desintegra el metal... no quiero pensar lo que habría ocurrido si en lugar de disparar contra Bill lo hacen contra nuestro helicóptero e incluso el «Lanza».

—Vaya usted, profesor —dijo George Paiton—. Yo me quedare

con Miguel por sí vuelven esos malditos robots.

—¿Puedo ver antes esas inscripciones en caracteres «saissai»?

Miguel Ángel no tuvo qué oponer al deseo del sabio alemán y este subió a la «zapatilla volante» para mirar y remirar las pequeñas placas del cuadro de mandos.

—Es escritura «saissai», no cabe duda —dijo el profesor—. Voy a comunicarlo a los compañeros.

El profesor se alejó para entrar en el «Lanza» por el agujero que habitualmente solían utilizar.

—¿Cómo funciona este aparato? —preguntó Paiton.

—Eléctricamente, como los robots. Es un gran invento el de los «saissai», este de enviar ondas eléctricas a distancia sin cables. Los motores son movidos por energía eléctrica, y por lo tanto puede funcionar perfectamente en una atmósfera sin oxígeno, incluso sin atmósfera de ninguna clase.

—Eso puedo entenderlo bien. ¿Pero cómo se sostiene en el aire, sin rotor, sin alas y sin salida de gases?

—No lo sé. Yo pienso si llevará algún aparato que crea un campo de fuerza magnético... algo que repele la atracción de la masa del planeta.

—¿Podemos probarlo?

—Sí. Voy a intentar descubrir cómo se dispara ese rayo desintegrador y cuáles son sus efectos.

Los dos aviadores subieron a la «zapatilla», tomando asiento Miguel Ángel ante los mandos. Empujando la palanca, con los motores todavía parados, la «zapatilla» se elevó suave pero enérgicamente a quinientos metros de altura.

—¡Córcholis, esto parece una alfombra mágica, eh! —exclamó Paiton.

Miguel Ángel puso los motores en marcha, empuñó el volante y pisó levemente el acelerador. Mientras volaban a poca velocidad examinaba todos los mandos. Descubrió que en el eje del volante había un gran botón o ruedecilla moleteada, la cual giraba sobre un cuadrante graduado. En cada extremo del travesaño del volante había un pequeño sector como en el claxon de algunos automóviles.

Haciendo girar el botón moleteado del eje del volante, Aznar descubrió que cambiaban la perspectiva en el visor. Poniendo el botón a cero sobre el sector graduado se veía a través del visor la

línea del horizonte. O sea, el visor, además de apuntar el proyector de «rayos ígneos», podía utilizarse como unos prismáticos de largo alcance. Otro descubrimiento fue la presencia de una pequeña palanca a la izquierda, bajo el borde del tablero de instrumentos. Moviendo esta palanca atrás o adelante, la «zapatilla» levantaba o bajaba la proa manteniéndose en esta posición. Miguel Ángel probó a combinar esta facultad de la navecilla con el acelerador y la palanca del sistema sustentador, y vio que podía conseguir una caída en picado. Pero tuvo que repetir varias veces el intento hasta conseguir un regular resultado.

Volaban sobre los restos que el «Lanza» había dejado tras sí en su violento aterrizaje. Desde mil metros de altura, con el visor a cero, Miguel Ángel Aznar efectuó un picado sobre un pedazo de las alas del «Lanza» que se elevaba como un pequeño promontorio blanco sobre la extensión de hielo.

Teniendo el objetivo en el centro del retículo, Aznar apretó uno de los extremos del travesaño del volante... Un rayo luminoso, más intenso que la luz solar, salió de la proa del aparato y alcanzó los restos haciéndolos estallar en una llamarada azul.

Miguel Ángel niveló la «zapatilla» y tiró de la palanca grande, con lo que el aparato salió de su picada y se elevó de nuevo con suma facilidad.

—Es una máquina condenadamente buena —comentó Paiton—. Déjame probar.

Miguel Ángel le cedió los mandos. Después de algunas vacilaciones Paiton consiguió llevar la «zapatilla» hasta el lugar donde permanecía el destruido «Lanza» y paró los motores para efectuar un aterrizaje en vertical. Pero algo ocurrió en esta maniobra. Paiton llevó demasiado adelante la palanca del sistema de sustentación, y al posarse el aparato sobre el hielo se escuchó un fuerte crujido. El hielo se cuarteaba alrededor del aparato, cediendo bajo el peso de este.

—¡Cuidado! —advirtió Miguel Ángel. Y como tenía la palanca a mano tiró de ella enérgicamente, haciendo que la «zapatilla» se elevara de nuevo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó George Paiton sorprendido.

—El peso de la «zapatilla» ha roto el hielo —dijo Miguel Ángel.

—¡Imposible! El hielo tiene aquí casi tres metros de espesor.

Resistió perfectamente el impacto del «Lanza» cuando aterrizamos... y el «Lanza» debe pesar algunos cientos de toneladas más que esta ligera navecilla.

—Pues ya ves que no es tan ligera como aparenta. Tendremos que examinar con más cuidado el material de que está hecha. Ahora vamos a aterrizar con más cuidado.

La «zapatilla» se posaba en el hielo, a un centenar de metros del «Lanza», cuando una comitiva salía de la gigantesca aeronave.

Ocho figuras grotescas, enfundadas en sus gruesos trajes de astronauta, caladas las escafandras, con sus botellas de oxígeno a la espalda, formaban la comitiva. Delante marchaban dos hombres llevando un bulto en una camilla. Los otros formaban en línea detrás cargados con picos y palas.

—Seguramente van a enterrar a Bill —dijo Paiton con voz sombría.

—Vamos con ellos —dijo Aznar abriendo la portezuela.

Advirtió entonces que sobre el casco del «Lanza» se erguía amenazadora la silueta de tres grandes misiles «tierra a aire» montados sobre su rampa de lanzamiento.

Detrás de la rampa
lanza-misiles

, giraba la antena parabólica del radar como buscando a un posible enemigo en el cielo.

Miguel Ángel Aznar y George Paiton fueron a unirse a la comitiva.

Capítulo 8

LA CIUDAD DE CRISTAL

De nuevo reunidos en el salón del «Lanza» los hombres guardaban silencio, mientras las mujeres iban y venían del comedor a la cocina. Unos trataban desganadamente de comer algo, y el resto tomaba café o una copa de licor.

—Examinemos nuestra situación —dijo Harry Tierney extendiendo sus manos sobre la mesa—. Si, como creemos, los hombres que controlan los robots pertenecen a la raza «saissai», debería ser posible hacernos entender de ellos en su propia lengua. Richard, ¿cuánto tiempo le llevará terminar la reconversión de nuestra televisión al sistema de los «saissai»?

—Prácticamente no he empezado. Digamos como un par de días. Miguel Ángel Aznar expresó su opinión diciendo:

—Yo no perdería más tiempo tratando de comunicarme con los «saissai» por radio o televisión. Ahora disponemos de una aeronave capaz de llevarnos hasta ellos.

—¿La «zapatilla volante», como usted la llama?

—Sí. Ese aparato utiliza la misma energía que los robots y no necesita repostarse de combustible. Su radio de acción debe ser prácticamente ilimitado, y además creo que es capaz de llevar una carga considerable.

—¿A qué clase de carga se refiere?

—A todos nosotros, con nuestras botellas de oxígeno y nuestras armas. Volaríamos sobre el ferrocarril hasta encontrar la ciudad de

los «saissai» y nos presentaríamos a ellos sin más circunloquios.

—¿Y si nos reciben disparando sobre nosotros? —preguntó Thomas Dyer.

—Tanto da. Estamos perdidos en este planeta hostil, agotando nuestra reserva de oxígeno y sin medios para procurárnoslo. Solo podemos salvarnos si los «saissai» nos ayudan. En caso contrario, si ellos no nos matan moriremos de todos modos, bien sea por asfixia, de frío o de hambre.

Harry Tierney miró en torno a los rostros impasibles de sus compañeros. Suspiró y dijo:

—Evidentemente, ha llegado el momento de tomar una decisión. Si esa aeronave es capaz de llevarnos a todos, abandonaremos el «Lanza». Sacaremos de aquí cuanto pueda sernos de utilidad y construiremos un depósito oculto en tierra firme.

—Bien, confeccionemos una lista con lo imprescindible —dijo Miguel Ángel—. Agua, provisiones, oxígeno, explosivos, armas y municiones, ropas de abrigo y tiendas de campaña.

—¿Para qué las armas? No pretenderá usted luchar contra los «saissai».

—Tal vez no con ellos. Pero sus robots no han dejado de manifestarnos su antipatía, y no me gustaría ser víctima de uno de esos muñecos mecánicos sin haber tenido ocasión de conversar con la gente que los controla.

—Pues si está decidido no perdamos tiempo —dijo Thomas Dyer—. En cualquier momento puede llegar una flota de aeronaves para destruirnos.

Todos los miembros de la expedición se pusieron en febril actividad.

El elemento más importante era el oxígeno, que estaba contenido en un par de grandes cilindros de acero. Para sacar estos depósitos fue necesario abrir un boquete en cada costado del casco del «Lanza», utilizando el soplete oxhídrico.

Mientras Edgar Ley se ocupaba de esta tarea, Thomas Dyer y el profesor Von Eicken construían dos plataformas ligeras. Bab y Else fueron amontonando sobre la primera plataforma que quedó lista diversos paquetes conteniendo ropas y provisiones. Miguel Ángel Aznar y George Paiton cargaron en la segunda plataforma varias cajas de TNT, granadas antitanque y bombas de mano.

El arsenal de la expedición era muy abundante y Miguel Ángel creyó oportuno incluir un par de lanzallamas, regocijándose de antemano con la idea del efecto que los lanzallamas harían sobre los robots si estos les atacaban. Las pistolas y las metralletas no habían demostrado ser muy efectivas contra los robots, pero los fusiles «Garand», disparando granadas antitanque, serían probablemente otra cosa muy distinta.

El helicóptero, pilotado por George Paiton, levantó en el aire la primera plataforma y la trasladó sobre la llanura helada a veinte kilómetros de distancia, depositándola en una hondonada de tierra firme. La «zapatilla volante», que carecía de tren de aterrizaje, tenía bajo el casco cuatro sólidas argollas, destinadas probablemente para el mismo fin que fueron utilizadas por los terrícolas. La pesada plataforma, con todo el material bélico, fue fácilmente levantada en el aire y trasladada a la hondonada. En las cuatro horas que duró la evacuación, Richard Balmer permanecía atento al radar por si se producía un ataque de las «zapatillas volantes», pero nada ocurrió.

En el último viaje, la «zapatilla volante» transportó a seis personas y una voluminosa carga que ocupaba todo el compartimiento posterior.

La expedición, que procedía de Venus, había sido muy previsoras en la elección del equipo. En principio ignoraban si la atmósfera de Venus sería respirable. Una pieza importante de este equipo, que no llegaron a utilizar en Venus, era un refugio de lona impermeabilizada, de cincuenta metros cúbicos de capacidad, con dobles paredes que formaban una cámara hinchable.

Esta casa transportable, de uso en campaña, tenía el inconveniente de estar pintarrajeada de verde y ocre, lo cual la hacía muy visible sobre la blancura del hielo.

Hinchada con anhídrido carbónico, la rociaron con agua, la cual al helarse a la baja temperatura de treinta grados bajo cero, la cubrió de una névea capa que la enmascaraba perfectamente. Cuando en el frío de la noche la humedad se acumulara y enfriara sobre la lona, la casa parecería desde el aire un bloque de hielo. El día era muy largo, de unas veinte horas, debido al lento movimiento de rotación del planeta sobre su eje.

—Podemos aprovechar lo que queda de día para nuestro vuelo de exploración —dijo Miguel Ángel Aznar.

—¿Vamos a ir todos? —preguntó Tierney—. Las mujeres, el profesor Von Eicken y el profesor Stefansson deberían quedarse en el refugio, y de este modo seríamos seis hombres en la «zapatilla volante», con amplio espacio para llevar con nosotros un copioso armamento... y un doble repuesto de botellas de oxígeno para cada uno, lo cual nos daría una autonomía de doce horas de vuelo.

Miguel Ángel aprobó este plan, del que tanto Bab como Else se mostraron disconformes, aunque resignadas. Mientras unos llevaban el equipo a la «zapatilla», los demás cubrían el helicóptero, con la cola y el rotor plegados, con un gran encerado blanco.

Se desecharon las pistolas y las metralletas, sustituyéndolas por fusiles «Garand» cargados con munición de salva. Esta munición era la adecuada para disparar granadas antitanque, que eran proyectiles con carga hueca perforante, con un largo vástago de acero en el extremo opuesto que se introducía en el cañón de rifle. Richard Balmer y Thomas Dyer, los dos hombres más robustos del grupo, colgaron sus botellas de oxígeno sobre el pecho, a fin de dejar libres a sus espaldas para cargar con los lanzallamas si era preciso. En el espacio que quedaba en el asiento de atrás colocaron las botellas de oxígeno de repuesto, dos cajas de granadas de mano, dos de cartuchos de dinamita, una de TNT y varios rollos de mecha y alambre para un deflagrador eléctrico.

Vestidos con sus gruesos trajes de astronauta y escafandra, con pilas nuevas en sus respectivos aparatos de radio individuales, los seis hombres se acomodaron en los dos amplios asientos y Miguel Ángel, más experimentado en el manejo de la «zapatilla volante», tomó los mandos.

La «zapatilla volante» puso en marcha su doble juego de hélices y se elevó con facilidad, siendo despedida por las dos mujeres y los dos sabios que se quedaban en el refugio.

Volando a todo lo que daban de sí los motores eléctricos, Miguel Ángel utilizó su adiestrado instinto de orientación para guiar el aparato directamente hacia el monorraíl. Una hora después, el piloto veía de lejos, a través del visor, aquella viga cuadrada de hormigón que, como un acueducto, salvaba los accidentes del terreno, ora sobre esbeltas vigas, ora a lo largo de amplias zanjas.

La «zapatilla volante» no tenía equipo de radar, pero una de las esferas del cuadro correspondía a un compás giroscópico, que

Miguel Ángel había puesto en marcha al alejarse del refugio, a fin de facilitarles el regreso. Aunque permanecían callados, la excitación dominaba en aquellos hombres, a la espera de ver aparecer en cualquier momento algo que indicara la presencia de una ciudad.

La «zapatilla volante» se deslizaba como una alfombra mágica, sin más inconvenientes que el de ser desplazada por el viento que le daba de través. El viento en cambio no molestaba a los tripulantes, encerrados en sus gruesos trajes acolchados, protegida la cabeza y el rostro por las escafandras.

—Atención, allí delante veo otro raíl —anunció Miguel Ángel. Poco después llegaban a una bifurcación del monorraíl. Un ramal se dirigía a la derecha, y otro hacia la izquierda.

—¿Hacia qué lado echamos? —preguntó Miguel Ángel frenando el aparato.

—¿Qué más da? —gruñó Thomas Dyer—. Cualquier dirección puede ser buena si nos lleva a alguna parte.

—Entonces vamos a la derecha —dijo Miguel Ángel volviendo a poner en marcha los motores. El nuevo ramal, al igual que el anterior, parecía extenderse sin fin sobre la inmensa llanura de hielo. Miguel Ángel tiró de la palanca hasta que esta encontró su tope, y la navecilla empezó a ascender y ascender, si bien cada vez más lentamente, hasta alcanzar los diez mil metros.

A esta altura, solamente con el visor telescópico era posible seguir el trazado del raíl, que a simple vista se confundía con la llanura uniformemente blanca.

—¿Por qué subimos tan alto? —preguntó Harry Tierney.

—Quería ver qué techo era capaz de alcanzar este aparato. Además, desde la altura divisamos más terreno.

Apenas acababa de justificar Miguel Ángel Aznar su maniobra, cuando hirió los ojos de los astronautas un rayo de Sol reflejado desde el horizonte. El Sol sin embargo estaba a sus espaldas.

—¡Miren, algo brilla allá lejos! —exclamó Richard Balmer.

—¿Qué puede ser eso? —murmuró Paiton.

—Tranquilos, muchachos —dijo Miguel Ángel—. Cualquier cosa que sea no tardaremos en verlo. Vamos hacia allá.

—¿No convendría bajar y volar a ras de tierra? A mayor altura más fácilmente nos descubrirá su radar —apuntó Balmer.

Aznar empujó la palanca hacia adelante y el aparato empezó a perder altura con rapidez. El terreno, suavemente ondulado, favorecía el vuelo a baja altura. Miguel Ángel Aznar puso la «zapatilla» casi a ras del raíl, el cual iba derecho hacia el objeto reflector.

A través del visor, Miguel Ángel fue el primero en identificar el objeto.

—¡Es una cúpula! ¡Una gran cúpula de cristal!

—¿Cómo sabe que es de cristal? —preguntó Tierney impaciente.

—Porque es transparente... se ve algo confusamente a través de la cúpula... ¡Edificios! ¡Es una ciudad encerrada en una concha de cristal! El Sol refleja en la cubierta y no es posible ver con claridad.

—Vire alrededor de la ciudad, de ese modo evitaremos los reflejos.

La excitación se había apoderado de los seis hombres, incluyendo a Edgar Ley, a quien la reciente muerte de su hijo tenía abatido y como indiferente a cuanto ocurría.

Miguel Ángel se apartó del raíl, llevando la «zapatilla» hacia la derecha, hasta encontrar una larga hondonada que discurría en dirección a la ciudad. Esta hondonada desembocó en un amplio paraje, probablemente un lago helado, sobre cuya superficie llana se levantaba la

ciudad-concha

en toda su espléndida majestuosidad. Miguel Ángel descubrió a través de su visor telescópico algo que hasta entonces no había podido apreciar. La

ciudad-concha

estaba rodeada de múltiples objetos diseminados, la mayoría de ellos arrojados por el hielo y de difícil identificación por lo tanto. No obstante el español tuvo la impresión de encontrarse en un colosal astillero, en los solares de un edificio en construcción o recién construido, del cual no habían sido retirados todavía los materiales y las máquinas que sirvieron para la construcción: grúa, andamios, máquinas, vagones plataforma y auténticas montañas de vigas de acero, mármol y ladrillos...

En mitad de aquel campo de escombros, la concha se elevaba a 200 metros de altura. Su diámetro debía ser de alrededor de 400 metros, constituyendo por lo tanto una semiesfera perfecta. Arriba,

en el punto más alto, se elevaba una torre que sostenía cuatro gigantescas antenas parabólicas, cuatro enormes platos orientados a los cuatro puntos cardinales.

Miguel Ángel apartó sus ojos del visor y redujo la velocidad del aparato. El monorraíl, que habían dejado varios kilómetros atrás, daba la vuelta a la ciudad-concha.

La «zapatilla» se elevó para salvar el raíl y luego tuvo que mantenerse a esta altura para evitar las pilas de materiales que se levantaban desordenadamente por doquier. El material que rodeaba a la ciudad debía llevar mucho tiempo abandonado. Las grandes grúas, corroídas por la herrumbre, habían perdido sus poderosos brazos, y la mayoría de ellas aparecían tumbadas y cubiertas de hielo.

—Parece como si los obreros hubieran dejado de mano apresuradamente después de construir la ciudad —observó Thomas Dyer.

—Pues han debido pasar siglos desde entonces —dijo Miguel Ángel.

—¡Con tal que la ciudad no esté abandonada! —exclamó Balmer.

La ciudad estaba ahora apenas a trescientos metros. Curiosamente, a todo su alrededor se extendía una pista completamente lisa y libre de obstáculos.

En la base de la concha, a todo su alrededor, una tupida vegetación ocultaba a la vista la parte baja de la ciudad. Dentro de la ciudad debía haber una importante condensación de vapor de agua, el cual hacía ligeramente opacas las paredes de cristal. No obstante el Sol estaba ahora al lado opuesto, recortando a contraluz las esbeltas siluetas de cuatro rascacielos.

—¡Miren, hay vegetación en el interior de la ciudad! —señaló Thomas Dyer—. Si hay vegetación debe haber también oxígeno. Las plantas toman el anhídrido carbónico de la atmósfera y desprenden oxígeno. Este podría ser el medio, económico y a la vez decorativo, del que se sirven los habitantes de la ciudad para renovar el oxígeno de su atmósfera.

—¡Podemos respirar allí tan libremente como si estuviéramos en Central Park! —dijo George Paiton jubiloso.

—Eso suponiendo que nos permitan entrar —gruñó Dyer, como siempre al lado pesimista de las cosas.

—Allí veo algo que parece una puerta —indicó Miguel Ángel.

La puerta parecía de acero y era cuadrada, midiendo unos treinta metros de ancho por otros tanto de alto. Miguel Ángel Aznar llevó la «zapatilla» sobre la pista de 120 metros anchura que parecía dar la vuelta completa a la ciudad, y maniobró hasta enfilar la proa del aparato hacia la puerta.

—¿Como entraremos? —preguntó Paiton—. ¿Deberemos llamar al timbre?

Apenas acababa de hablar Paiton, y como obedeciendo a un conjuro, la puerta se abrió en dos hojas corredizas que se apartaron a derecha e izquierda.

—¡Cuidado! —dijo Dyer—. ¡Puede ser una trampa!

—Nos han abierto la puerta y eso era lo que queríamos, ¿no es cierto? Bien, pues vamos a entrar —dijo Miguel Ángel.

Las hélices impulsaron la navecilla hacia adelante y acto seguido Miguel Ángel dio contramarcha para no estrellarse contra otra puerta que cerraba el paso. Estaban en el interior de un largo tubo. A sus espaldas la puerta exterior se cerró silenciosamente.

—¡Nos han dejado encerrados! ¡No podemos volver atrás ni seguir adelante! —exclamó Richard Balmer.

—Tengo la impresión de que estamos en el interior de una esclusa, en la cual probablemente se está insuflando oxígeno.

—Esperemos —dijo Aznar.

La espera no fue larga. En dos minutos la puerta del fondo se abrió.

—Muchachos, tomen sus armas —dijo Miguel Ángel—. No se fíen de las apariencias, porque no sabemos cómo nos van a recibir ahí dentro.

La navecilla salió del tubo impulsada por sus hélices y los sorprendidos terrícolas se vieron en medio de una avenida de sesenta metros de ancho, entre un frondoso jardín de cuarenta metros de profundidad, que daba la vuelta a toda la ciudad, y dos esbeltos rascacielos que se elevaban a ciento setenta metros de altura, atravesando una lámina de cristal transparente que formaba un segundo piso a ciento cincuenta metros de altura sobre sus cabezas.

A través de esta lámina de cristal, todavía más arriba, cerraba la cúpula con un edificio circular adherido al techo. El suelo de la avenida era de grandes losas de mármol negro, pulido y brillante como un cristal, y se extendía por entre los rascacielos hasta una plaza central de cien metros de lado. Un ascensor, desde el centro geométrico de esta plaza, subía recto como una lanza, atravesaba el segundo piso y desaparecía en aquel extraño edificio circular que parecía pegado al techo.

Los rascacielos eran de una sobriedad elegante y funcional, y el material empleado en ellos parecía ser una combinación de mármol y cristal negro.

A un metro sobre el suelo, la «zapatilla volante» se deslizaba silenciosamente por la avenida, teniendo a su derecha los jardines, y a su izquierda los cuatro rascacielos.

—¡Fantástico! —exclamó George Paiton—. Ni siquiera en Nueva York hemos construido rascacielos tan bonitos. ¿Pero dónde está la gente?

En efecto, no se veía un alma. Nada se movía, ni una hoja, ni un ser humano, ni una máquina. Toda la vida en aquella fabulosa ciudad estaba representada por los seis terrícolas que, intimidados, crispaban sus manos enguantadas sobre sus fusiles.

La «zapatilla» seguía adelante, dando la vuelta a la cúpula por detrás de los rascacielos.

—Vamos a la plaza —dijo Miguel Ángel moviendo el timón y pisando suavemente el acelerador. La «zapatilla volante» viró y pasó entre dos rascacielos para internarse en la amplia y desierta plaza. Miguel Ángel pisó el pedal de contramarcha y el aparato se detuvo.

—¿Y ahora, qué hacemos? —murmuró George Paiton—. Me dan ganas de dar un silbido, a ver si aparece alguien.

—Tal vez no viva nadie en esta ciudad —dijo Harry Tierney—. Han transcurrido dos mil setecientos años desde que los «saissai» abandonaron este planeta.

—¡Pero todo está limpio... perfectamente en orden!

—Es posible que haya habido una nueva emigración masiva recientemente, aprovechando el paso de este planeta por las proximidades de Venus.

—Entonces, ¿quién nos abrió las puertas? —preguntó Dyer.

Tierney no contestó. En este momento Miguel Ángel daba

contramarcha y detenía la «zapatilla volante» a cuarenta metros del ascensor que partía del centro de la plaza.

Los tripulantes de la «zapatilla» miraron medrosamente a su alrededor.

—¡Ey, miren allí! —señaló George Paiton extendiendo el brazo.

Tres figuras salían silenciosamente por la amplia puerta del rascacielos que quedaba a su derecha. Pero simultáneamente, otras figuras aparecían en las puertas del edificio de la izquierda... y del que quedaba al otro lado de la plaza.

—¡Robots!

Eran del mismo tipo que el robot capturado por Miguel Ángel Aznar y Bill Ley en la planta atómica de energía eléctrica, grandes máquinas de dos metros de estatura montadas sobre una rueda, brillantes, relucientes y amenazadoras...

—¡Válgame el cielo! —exclamó Richard Balmer—. ¿Y ahora, qué hacemos?

—Prepara tú lanzallamas, Richard —fue la seca respuesta de Aznar.

—¡Nada de violencias! —dijo Tierney con energía—. Quitémonos las escafandras. Si alguien nos vigila a través de los ojos de los robots, que vea que somos seres humanos.

—Bien, de acuerdo —dijo Miguel Ángel.

Los robots, catorce en total, permanecían quietos de momento. En un instante los cinco compañeros de Miguel Ángel se desembarazaron de sus respectivas escafandras. Aznar conservó puesta la suya por una razón. Pensó que si la atmósfera de la ciudad no era respirable, alguien tendría que ayudarles y sacarles de allí. Miguel Ángel conectó su altavoz exterior, para que sus compañeros pudieran oírle. Al mismo tiempo pisaba el acelerador de la «zapatilla». El aparato empezó a moverse con lentitud y el español enfiló su proyector de «rayos ígneos» contra el grupo que formaban cuatro de aquellos robots en la puerta de uno de los rascacielos. De pronto, simultáneamente, todos los robots dejaron oír el escalofriante aullido de sus sirenas. ¡Y se pusieron en movimiento!

Miguel Ángel no podía ver lo que hacían los restantes robots, pues no apartaba sus ojos del visor electrónico en cuyo retículo tenía enfilados a los cuatro robots por la proa. Pero vio que las máquinas que tenía en el visor se ponían en marcha haciendo rodar

sus silenciosos neumáticos.

—¡Nos atacan! —gritó Dyer nerviosamente. Harry Tierney se puso en pie de un salto y habló a gritos en la lengua de los Hombres Azules de Venus:

—¡Amigos «saissai», detened vuestras máquinas! ¡Somos humanos como vosotros y solo buscamos vuestra amistad!

La voz de Tierney resonó con múltiples ecos en toda la ciudad. No era posible que no fuera escuchado. ¡Pero los robots no se detuvieron!

Por el contrario, como si la voz humana excitara todavía más alguna incomprensible animosidad, aceleraron su marcha convergiendo sobre la «zapatilla», sin dejar de hacer sonar sus estridentes sirenas. Miguel Ángel no dudó más y apretó el disparador.

Un dardo luminoso brotó de la proa de la «zapatilla», tocó a uno de los robots y lo hizo estallar en una llamarada azul eléctrico. El neumático y algún otro material no desintegrable volaron por los aires como proyectiles. La explosión resonó como un cañonazo bajo la cúpula de cristal.

La «zapatilla» no era manejable si no se le imprimía velocidad suficiente para que actuara el timón de cola. Miguel Ángel pisó el acelerador y movió suavemente el volante para enfilar a otro de los robots en el retículo del visor. Disparó de nuevo, y otra máquina se desintegró en una explosión, lanzando lejos un neumático envuelto en llamas...

Los dos robots restantes estaban demasiado cerca para que el español tuviera tiempo de rectificar el rumbo. Lanzó la «zapatilla» sobre ellos.

El choque fue brutal y los dos muñecos fueron volteados en el aire y despedidos a gran distancia, resbalando con estruendo sobre el pulido piso de mármol.

La «zapatilla» iba derecha contra el edificio y Miguel Ángel viró a estribor enfilando el paso que existía entre los dos rascacielos. Por la derecha corrían a atajar a la nave tres veloces robots, procedentes del rascacielos que quedaba a estribor. Miguel Ángel tiro de la palanca y la «zapatilla volante» se elevó de un salto, pasando sobre los robots y dejándoles burlados.

La «zapatilla» iba ahora derecha hacia la cúpula envolvente y el

piloto se vio obligado a dar contramarcha para frenar al aparato.

—Pónganse las escafandras —dijo Miguel Ángel—. Vamos a salir de aquí.

Sus cinco compañeros se calaron rápidamente las escafandras. La «zapatilla» descendió de nuevo para situarse ante una de las puertas. Parecía la misma por la que minutos antes habían entrado, pero en realidad era otra distinta; la ciudad disponía de cuatro esclusas de entrada y salida, todas idénticas.

—La puerta está cerrada —dijo la voz de Edgar Ley a través de la radio—. ¿Cómo vamos a salir?

—Tenemos un rayo desintegrador de metales —le recordó Miguel Ángel llevando de nuevo la «zapatilla» a nivel del suelo—. La haremos saltar en pedazos.

En el visor estaba bien enfilada la puerta de la esclusa. Miguel Ángel oprimió el disparador y vio cómo el brillante rayo caía sobre la sólida puerta. ¡Pero nada ocurrió!

Miguel Ángel volvió a apretar el disparador, manteniendo la presión sobre este pensando que probablemente la puerta, por su tamaño y espesor, necesitaría más tiempo para desintegrarse. Pero la puerta no acusó siquiera el impacto de aquel rayo capaz de desintegrar a un robot en un segundo.

Mientras tanto resonaba en toda la ciudad un coro de sirenas.

Los robots, una veintena de ellos, habían seguido a la «zapatilla» y se encontraban a menos de cincuenta metros de distancia. Richard Balmer percibió su lanzallamas, mientras George Paiton y Edgar Ley apuntaban sus fusiles, ambos con una granada antitanque en el extremo del cañón. Paiton apuntó y disparó. La granada alcanzó en el pecho del robot que venía en primer lugar, estalló con estruendo e hizo pedazos a la máquina, que convertida en un montón de hierros retorcidos resbaló por el piso y siguió su marcha sin control.

Edgar Ley disparó a su vez. No acertó al robot contra el que había apuntado, pero el grupo era muy compacto y alcanzó a otro que venía detrás con iguales efectos demoledores que la granada de Paiton.

De todos modos los diabólicos robots estaban demasiado encima y no era posible abatirlos a todos a disparos.

—¡Miguel, elévate! —gritó Richard Balmer mientras lanzaba el chorro de fuego líquido de su lanzallamas sobre los robots.

El lanzallamas tuvo efectos espectaculares, aunque no tan eficaces como las granadas antitanque. Como antorchas rodantes, los robots siguieron avanzando velozmente, los brazos extendidos, como queriendo apresar con sus metálicas garras a los asustados terrícolas...

Capítulo 9

LA RAZA QUE DUERME

Lanzando una exclamación de rabia Miguel Ángel Aznar tiró de nuevo de la palanca. El aparato se elevó hacia el techo y abajo quedaron los robots, algunos de ellos envueltos en llamas, dando vueltas como avispas furiosas y atronando el aire con sus sirenas.

—¡Estamos atrapados! —exclamó Thomas Dyer—. ¡Nunca lograremos salir!

—¡Cállese, Dyer, condenación! —rugió Miguel Ángel—. Preparen las granadas de mano, vamos a hacer pedazos a esos robots del demonio.

La «zapatilla volante» seguía subiendo y Miguel Ángel buscó el punto apropiado en la palanca hasta conseguir que la máquina se estabilizara a unos ochenta metros sobre el suelo de la ciudad. Haciendo girar la ruedecilla moleteada en el eje del volante, Miguel Ángel varió el ángulo del proyector de «rayos ígneos» en noventa grados, apuntándolo directamente hacia abajo. En el visor electrónico tenía de nuevo a los robots, pero estos se movían continuamente y resultaba difícil fijar la puntería sobre uno determinado. El español disparó de todos modos, esperando que el «rayo ígneo» alcanzara al azar a alguno de los robots, como en efecto ocurrió. El robot fue desintegrado en medio de un fognazo, y Miguel Ángel siguió apretando el botón disparador hasta conseguir reducir a cenizas otros dos robots.

Mientras tanto George Paiton había saltado al asiento de atrás

de la nave, abrió un cajón de granadas de piña y empezó a arrancar anillas, dejando caer las granadas por la borda.

Las granadas pegaban en el piso de mármol, botaban y estallaban esparciendo metralla en derredor. El eco multiplicaba el fragor de las explosiones como si se estuviera librando una batalla con artillería y cientos de combatientes. El fuego del lanzallamas también había surtido sus efectos. Tres o cuatro robots con el neumático en llamas, se habían detenido. Miguel Ángel los aniquiló con el «rayo ígneo».

—Solo quedan seis en pie —dijo George Paiton—. Si bajamos podremos destruirlos con nuestros fusiles.

Miguel Ángel puso de nuevo la «zapatilla» en movimiento, llevándola entre dos rascacielos hacia la plaza, donde descendió a dos metros de altura sobre el suelo.

Los seis robots venían corriendo en persecución de la «zapatilla».

Tres de ellos fueron parados en seco a veinte pasos de distancia por las granadas de Harry Tierney, Thomas Dyer y Edgar Ley. Los tres restantes llegaron hasta la borda de la navecilla. Paiton, esgrimiendo una botella de oxígeno, la dejó caer como una maza sobre el cráneo de un robot. Con la cabeza aplastada el muñeco se vino al suelo. Richard Balmer roció con el lanzallamas a los dos restantes.

Miguel Ángel elevó la «zapatilla» ligeramente y los dos robots, lanzados como motocicletas en llamas, siguieron ciegamente adelante hasta estrellarse contra el edificio del otro lado de la plaza, donde quedaron tumbados arrojando humo.

—Los liquidamos —dijo Richard Balmer con satisfacción.

La «zapatilla» descendió y se posó suavemente en el suelo, muy cerca del ascensor que como un huso, se elevaba recto hasta lo más alto de la cúpula de cristal.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Harry Tierney.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —contestó Aznar—. Hemos visto que el rayo desintegrador es impotente frente a esas puertas.

—Tal vez se puedan abrir manualmente.

—Es posible, aunque no lo creo. Además, ¿qué será de nosotros una vez salgamos de aquí? Hemos buscado con afán la ciudad de los «saissai» y estamos en ella. No me marcharé de aquí antes de haber tenido dos palabras con el tipo que ha dirigido este festival de los

robots.

—¡Está usted loco! Es evidente que nos enfrentamos a fuerzas superiores, con una suma de recursos cuya variedad todavía desconocemos.

—Mire, Tierney —repuso Aznar serenamente—. Si quiere pueden probar a abrir alguna de aquellas puertas. Mi idea es otra. Ese ascensor debe conducir a alguna parte.

—¿Se refiere allá arriba?

—O aquí abajo —dijo Aznar golpeando con el pie el piso de la «zapatilla»—. En alguna parte tiene que haber un lugar desde el cual se abren y cierran las puertas y se mueven los robots. Si encontramos ese lugar y nos apoderamos de él, la ciudad será nuestra. ¡Y necesitamos esta ciudad para sobrevivir!

Tierney asintió con mudos movimientos de su grotesca escafandra.

—Sí, es cierto. Necesitamos esta ciudad para sobrevivir.

—Bien —dijo Miguel Ángel abriendo la portezuela y saltando al reluciente piso de mármol—. Cambiemos ahora nuestras botellas de oxígeno. Llevaremos con nosotros los fusiles y también los explosivos. Efectuaron rápidamente el cambio de botellas.

Cada hombre tomó su fusil y media docena de granadas antitanque, además de una bolsa con dinamita y cargas de TNT. Los lanzallamas no se habían mostrado muy eficaces y era engorroso llevarlos. Miguel Ángel decidió dejarlos en la aeronave.

Se dirigieron al ascensor. Este era mucho más capaz de lo que parecía a primera vista. Al abrir la puerta miraron recelosamente en su interior, pero estaba vacío. Miguel Ángel estudió la línea de botones. Contó ocho botones, cada uno de los cuales tenía su correspondiente placa en caracteres «saissai». Miguel Ángel los pasó por alto todos para fijarse especialmente en el penúltimo.

«Sala de mandos».

Lo apretó sin vacilar. Las puertas se cerraron y el ascensor se puso en marcha. El ascensor era muy rápido, lo cual solo pudieron apreciar cuando frenó para detenerse con suavidad. Las puertas se abrieron automáticamente y los seis terrícolas pusieron sus fusiles en posición horizontal, dispuestos para disparar.

Miguel Ángel Aznar saltó fuera del ascensor mirando en torno con recelo. Sus temores se disiparon en seguida, pues nadie había a

la vista, en cambio lo que vio le dejó estupefacto.

Se encontraban en una enorme sala de planta circular de cincuenta metros de diámetro, completamente libre de columnas, con el techo situado a veinte metros de altura. Los ciento cincuenta metros de perímetro de esta habitación aparecían totalmente cubiertos de paneles de acero inoxidable, con centenares de interruptores, esferas indicadoras, botones eléctricos y millares de pequeñas luces blancas, rojas, verdes, azules y amarillas que se encendían y apagaban intermitentemente. A intervalos regulares aparecían pantallas de televisión de gran tamaño, sobre bancos que parecían esperar a un operador con sus interminables hileras de botones. Por encima de estos paneles, a una altura de dos metros, una barandilla metálica circundaba todo el recinto, formando un pasillo angosto. Sobre este pasillo había otro... y otro... diez en total, comunicados entre sí por una serie de escalerillas, en las paredes de estos pasillos superpuestos no había nada... solamente hileras interminables de placas metálicas con aspecto de portezuelas, cada una con su identificación en caracteres y cifras «saissai». Un zumbido persistente llenaba toda la enorme sala, y en muchas de las pantallas de televisión se movían las imágenes... imágenes de máquinas excavadoras, de trenes que se movían a gran velocidad, de grúas que removían grandes cargas... de pinzas que tomaban delicadamente un objeto y lo depositan en alguna parte...

—¡Cielos! —exclamó Edgar Ley roncamente—. ¿Qué es esto? ¿Dónde nos hemos metido?

—¡Colosal! —exclamó Richard Balmer.

De pronto echó a correr, trepó por una de las escalerillas, alcanzó el pasillo superior, cogió un asa y tiró hacia sí. Salió un cajón lleno de placas colocadas verticalmente. Cada placa tenía un circuito impreso, transistores, condensadores...

—¡Es un cerebro electrónico! —chilló Balmer triunfalmente a través de su radio—. Estos cajones contienen la memoria del cerebro... millones de programas de cosas que tiene que ejecutar el cerebro en cada momento y circunstancias determinadas. Miguel tenía razón, como siempre. De aquí salieron los impulsos de radio que nos abrieron y cerraron las puertas de la ciudad... que lanzaron sobre nosotros a los robots motorizados, que enviaron contra nosotros la «zapatilla volante» que asesinó a Bill. Estamos en el

corazón mismo de este mundo automatizado... ¡y podemos inutilizarlo!

—¿Quiere decir destruirlo? —preguntó Tierney, todavía junto al ascensor, en el centro de la enorme sala de control.

—No es necesario destruirlo, sino desarmarlo... ¡así! —Balmer tiró hacia arriba y sacó del cajón una de las placas, que mostró a sus amigos.

—Debe haber un medio más sencillo de detener toda esta máquina diabólica —dijo Miguel Ángel—. No podemos vaciar todos los cajones ni en una semana de trabajo. Debe haber miles... tal vez millones de programas impresos en esas placas. Y muchas de las funciones del cerebro pueden sernos de utilidad. Aquí veo muchos mandos... muchos interruptores, y todos llevan su anotación correspondiente. Este mundo automatizado descansa sobre una base más bien débil. Todo funciona eléctricamente. Luego si conseguimos cortar el suministro eléctrico todo se parará.

—Es una excelente idea —dijo Richard Balmer, y bajó la escalerilla.

Los seis hombres empezaron a recorrer lentamente los ciento cincuenta metros de muros repletos de indicadores...

—Miren aquí —señaló Thomas Dyer—. Dice: «Planta de Energía Tercera».

—Desconéctela —ordenó Miguel Ángel.

Dyer tiró de la palanca. Continuaron andando. Tierney se detuvo ante otra placa. La placa, en caracteres «saissai» indicaba «Planta de Energía Segunda».

La palanca fue desconectada y, simultáneamente, sobrevino un apagón en la sala. Pero inmediatamente las luces volvieron a brillar.

—Hemos cortado la línea que suministra energía a la ciudad —dijo Richard Balmer—. Pero esta sala de control debe tener algún sistema de acumuladores o una planta de energía propia que funciona solo cuando se interrumpe el suministro de la línea principal.

—¿Quiere eso decir que los malditos robots de esta ciudad seguirán funcionando? —preguntó George Paiton.

—No lo creo —fue la respuesta de Balmer—. Mas para tu tranquilidad veo aquí algo que puede ser definitivo. Dice: «hombres autómatas Serie B». Y aquí: «hombres autómatas Serie A». Y todavía

hay otra Serie la «C». Vamos a dejar quietecita a toda esta gente.

Balmer desconectó sucesivamente las tres palancas.

Había otras muchas anotaciones bajo su correspondiente mando:

«Factoría Primera». «Yacimiento de Titanio». «Yacimiento Hierro». «Yacimiento Dedona». «Factoría Segunda». «Fundición Hierro»...

—Todo un mundo bajo control —murmuró George Paiton—. ¿Cómo pueden transmitir órdenes desde aquí a las antípodas?

—Por medio de sus satélites artificiales. En cada factoría, en cada planta de energía y en cada yacimiento de mineral debe haber un cerebro complementario que desempeña otras funciones más específicas. Por ejemplo en la planta de energía donde entraron Miguel y Bill. Allí debe haber un cerebro electrónico que solicita un cargamento de uranio, recibe al tren, lo descarga y lo reenvía, introduce el uranio en el reactor y vigila la presión de las calderas, la velocidad de las turbinas y el perfecto funcionamiento de toda la instalación... ¡hasta desempeña funciones de vigilancia y cuida de que todo esté perfectamente limpio! Pero si desde esta sala recibe la orden de suspender todas sus actividades, el cerebro de allá corta el suministro de energía, detiene las turbinas, descargará el reactor, y probablemente lo deje todo limpio y a punto de reanudar sus actividades cuando se le transmita la orden de empezar de nuevo.

—Bueno, pero a todo esto, digo yo, ¿dónde se ha metido la gente que maneja estos aparatos? ¿Han huido? ¿Se han escondido en alguna parte? —preguntó George Paiton.

—¿Es curioso, verdad? —murmuro Richard Balmer medrosamente mirando a su alrededor.

En este momento Miguel Ángel Aznar se detenía ante una angosta puertecilla de acero que no destacaba apenas entre los interminables paneles de mandos. Grabado en caracteres «saissai» en el acero, el español leyó entre dientes:

—Aquí yacen los padres de la civilización saissai. —Quedó Miguel perplejo ante la inscripción.

—¡Eh, vengan aquí! —llamó a sus compañeros—. No acabo de entender el significado de esta inscripción. Tierney y Dyer se acercaron.

—AQUÍ YACEN LOS PADRES DE LA CIVILIZACIÓN SAISSAI —leyó Tierney en voz alta y les llegó al resto del grupo a través de la

radio que les comunicaba entre sí.

Miguel Ángel se acercó y golpeó el metal con los nudillos enguantados.

—Parece una puerta. ¿Qué puede haber detrás de ella? —murmuró.

—Manojos de conductores eléctricos y cosas parecidas —dijo Dyer.

—Aquí yacen los restos de la civilización saissai —volvió a repetir Miguel Ángel a media voz—. Parece un mensaje, algo así como una despedida. Yacer equivale más o menos a morir.

—No lo tome al pie de la letra —dijo Tierney—. La lengua saissai es bastante enrevesada, y nunca llegamos a dominarla por completo. Puede que no haya nada detrás de ese acero.

—¿Por qué no miramos a ver qué hay? —propuso Edgar Ley, que estaba detrás de Tierney mirando sobre el hombro de este—. Tenemos buena cantidad de explosivos... suficientes para volar toda la ciudad.

Tierney se encogió de hombros. Aznar dijo resueltamente:

—Vamos a volarla. Una pequeña carga será suficiente.

Se hicieron rápidamente los preparativos, fijándose con adhesivos una carga de TNT al acero. Encendida la mecha los terrícolas se retiraron a prudente distancia.

¡Baaam!

Un mazo de llamas hizo saltar la puerta, que quedó doblada y colgando de un gozne entre el humo. Los terrícolas se acercaron para contemplar el hueco que había aparecido detrás de la destrozada puerta. Miguel Ángel metió la cabeza por el agujero y anunció:

—Hay luz y una escalera que desciende. Vengan, ayúdenme a quitar los restos de la puerta.

Un par de vigorosos tirones acabó por arrancar la puerta. La escalera empezaba en un rellano de mármol y continuaba con escalones del mismo material noble. Del techo abovedado, a tramos regulares, pendía un globo de cristal que esparcía una luz azulada y suave.

Los terrícolas empezaron a bajar por la escalera detrás de Aznar. Unos metros más abajo la escalera dobló en ángulo recto. Tras otro tramo dobló de nuevo desembocando en un corto túnel cerrado por

una puerta. Esta puerta parecía hecha de algún material plástico y tenía dos sólidos cierres de pestillo, uno arriba y otro abajo.

—Debemos estar bajo la sala de control —murmuró Tierney detrás del español.

Con la culata de su fusil Miguel Ángel hizo saltar los pestillos, primero el de arriba, y luego el de abajo. Empujó la puerta con la mano, pero esta se resistió.

—Parece atorada. Cojan mi fusil, voy a probar con el hombro.

Miguel Ángel empujó fuertemente con el hombro, pero la puerta no se movió.

—Espere, yo le ayudo —dijo Thomas Dyer, que era junto con Balmer el hombre más robusto del grupo. Los dos hombres aplicaron su hombro contra la puerta, empujando al mismo tiempo. La puerta cedió una pulgada, y una lámina de hielo, larga y delgada, se desprendió del dintel. Otro empujón acabó por abrir la puerta lo suficiente para permitir el paso de un hombre. Una luz azulada salió por el resquicio. La jamba de la puerta aparecía cubierta de hielo. Era el hielo, soldando la puerta al marco, lo que dificultaba la apertura. Otro vigoroso empujón acabó abriendo la puerta de par en par...

Los terrícolas abrieron sus ojos sorprendidos. Estaban en lo que parecía una caverna... Una caverna de techo abovedado, con sólidos pilares de ladrillo sosteniendo recias arcadas que comunicaban con otras naves paralelas. Por las paredes corrían tuberías y gruesos cables eléctricos. Techos, paredes, tuberías y cables, incluso el suelo, aparecían cubiertos de hielo, que parecía azul a la luz de los globos fijos al techo. A cada lado de la larga bóveda, y también en las bóvedas contiguas, se veía una ordenada fila de grandes cajas elevadas a un metro de altura sobre sendas bases de ladrillo. Probablemente la forma abombada de la cubierta de las cajas, y su ordenada disposición a cada lado de la bóveda hizo exclamar a Edgar Ley:

—¡Una catacumba!

Miguel Ángel Aznar avanzó lentamente, cuidando de no resbalar en el hielo. De las tuberías colgaban carámbanos, y el hielo cubría también totalmente aquella especie de sarcófagos.

Frotando con su mano enguantada la tapa del primer sarcófago, Miguel Ángel Aznar se inclinó para mirar. La tapa del sarcófago

debía ser de cristal, o bien todo el sarcófago era un molde de alguna materia transparente plástica. Miguel Ángel miró y vio... ¡unos pies humanos!

—Sí, son sarcófagos —dijo en voz alta.

Se acercó a la cabecera del sarcófago, apartó el hielo con las manos y se inclinó para mirar. Había un rostro humano, rígido y azul, allá como en el fondo de aquel extraño molde de material transparente. Los acusados pómulos, las cejas arqueadas y la carencia de pelo en la barba pertenecían indudablemente a un Hombre Azul.

—¡Un cadáver saissai! —exclamó roncamente.

Harry Tierney se acercó y miró por el hueco limpio de hielo.

—Sí, es saissai —dijo—. Pero tal vez no esté muerto.

—No está vivo.

—Quizás se encuentren en un estado intermedio entre la vida y la muerte, es decir, aletargado.

—¿Aletargado? —exclamó Balmer con acento escandalizado—. ¿Qué quiere decir eso?

—Congelado, pero vivo. Sus funciones vitales pueden estar aletargadas. Es lo que en términos científicos se conoce por hibernación. Algunas especies de animales poseen la propiedad de dormir por todo lo que dura el invierno, reduciendo sus funciones vitales a un mínimo, lo cual les permite sobrevivir sin tomar alimentos hasta la primavera.

Harry Tierney empezó a moverse lentamente en torno al sarcófago, mirándolo todo con suma atención. Con la culata de su fusil raspó el hielo que formaba una dura costra cubriendo el basamento. Descubrió de este modo una portezuela de material plástico encajada en un marco del mismo material.

Metiendo un cortaplumas por las juntas para quitar el hielo que soldaba la puerta al marco, y haciendo luego palanca, consiguió abrir descubriendo un hueco.

En realidad toda la base sobre la que descansaba el sarcófago estaba hueca. Allí había varios tubos de plástico que entraban y salían de un aparato no mayor que una caja de zapatos.

—¿Qué es eso? —preguntó Miguel Ángel poniéndose de cuclillas junto a Tierney.

—¿Ve ese líquido oscuro que circula por esos tubos? Es sangre.

La caja debe hacer las funciones de un corazón artificial. Dos pulsaciones por minuto son suficientes para mantener en vida a nuestro hombre. La sangre probablemente es oxigenada y purificada antes de ser inyectada en la aorta. El hombre no tiene que respirar para mantener vivas sus funciones vitales. No piensa, no siente, y en su sueño el tiempo transcurre indiferentemente para él.

—¿Cuánto tiempo puede permanecer en ese estado?

—No lo sé. Si las máquinas están bien construidas, con materiales de larga duración, nuestro amigo puede llevar tendido en ese sarcófago años... siglos tal vez.

Miguel Ángel guardó silencio, impresionado por las palabras de Harry Tierney. Miraba fijamente al intrincado mecanismo y dijo:

—La sangre parece estar circulando cada vez más aprisa por esos tubos. ¿Es posible que al interrumpir nosotros la corriente eléctrica hayamos puesto en actividad algún circuito previsto para despertar a estos hombres?

—Ahora que usted lo dice... sí. Pienso que es posible que con nuestra ignorancia hayamos venido a interrumpir el sueño de siglos de esta gente. Si es así, despertarán en unas horas.

Capítulo 10

RAGOL

Seis horas llevaban los terrícolas esperando la reacción de los dormidos «saissai». Durante este tiempo habían utilizado el ascensor para regresar a la plaza, sacar de la «zapatilla volante» las provisiones y el resto de las botellas de oxígeno, y hasta dar un paseo por la ciudad y escudriñar en el interior de los cuatro rascacielos. Nadie vivía, ni al parecer habitó nunca aquella fabulosa ciudad. Los rascacielos, completamente terminados, parecían a la espera de recibir el mobiliario y los inquilinos. Dos mil cuatrocientas familias podían habitar aquella ciudad: es decir, unos diez mil habitantes instalados con holgura.

En la actualidad, la ciudad servía como almacén para unos cinco mil robots.

Estos robots eran distintos del modelo que atacó a Miguel Ángel y sus amigos al llegar a la ciudad, y en vez de moverse sobre una rueda, eran más parecidos a un ser humano al menos en el sentido de que andaban sobre dos piernas. Eran, en suma, robots del mismo modelo que el piloto de la «zapatilla volante» capturada por Miguel Ángel Aznar, y se advertía a simple vista que estaban capacitados para desarrollar una variedad de tareas muy superior a los robots motorizados, cuya misión específica parecía ser la de actuar en servicios de policía. El grupo regresó a la cámara del cerebro electrónico, comió y esperó impacientemente. En determinado momento, no pudiendo contener por más tiempo su curiosidad e

impaciencia, Richard Balmer y George Paiton bajaron la escalera para atisbar por la puerta entreabierta. Al regreso comunicaron:

—Los sarcófagos se han abierto. Cada sarcófago parece ser un molde de plástico hecho a la medida de la persona que contiene. En cada esquina de la caja hay un pistón hidráulico. Estos han levantado la mitad del molde. El hielo se ha derretido por completo y ahora reina en el sótano una atmósfera más bien calurosa.

—¿Los «saissai» siguen tendidos en sus sarcófagos? —preguntó Tierney.

—Sí, aunque en sus caras parece que está volviendo el color.

—Bien está, esperaremos —dijo Tierney suspirando.

Se habían despojado de sus escafandras y también de sus trajes de cosmonauta, pues allí en la sala circular hacía calor. Sentados en los bancos fumaban o charlaban en voz baja. De vez en cuando, alguien se levantaba y empezaba a pasear dando vueltas a la sala, con frecuentes miradas de impaciencia a la portezuela por la que esperaban ver salir de un momento a otro a los «saissai».

Esto ocurrió a las siete horas de haber interferido en los controles.

Paiton, junto a la portezuela, exclamó en voz baja:

—Creo que alguien sube.

Todos se pusieron en pie como impulsados por un resorte. Edgar Ley y Thomas Dyer tomaron instintivamente sus fusiles.

—Dejen las armas —les dijo Tierney—. No hay motivo porque no resolvamos este asunto pacíficamente.

Una figura apareció inclinando la cabeza para pasar por la baja y angosta puertecilla. Entró en la sala y se irguió mirando sorprendido a los seis hombres que le contemplaban.

Era un hombre anciano, alto para la estatura media de los de su raza, envuelto en una túnica amarilla, la cabeza rapada y los pies descalzos en los que habían sido extirpadas las uñas.

Aunque evidentemente sorprendido, el anciano dio muestras de un gran dominio sobre sí mismo. Solo contrajo la boca, y sus ojillos oblicuos se abrieron más de lo normal mirando a cada uno de los seis hombres que estaban frente a él formando un semicírculo.

Avanzó dos pasos y se detuvo. Tras él, inclinando la cabeza, salió otro «saissai», igualmente envuelto en su túnica, y a continuación, aparecieron otros cinco «saissai».

—¿Quiénes sois? —preguntó el anciano con voz débil.

Fue Harry Tierney quien contestó en lengua «saissai»:

—Somos hombres del planeta Tierra.

—¿Habláis nuestra lengua?

—Sí, aunque no correctamente, como podrás apreciar. Aprendimos vuestra lengua de vuestros hermanos, los «saissai» de Abasora.

—¡Abasora! —exclamó el anciano con emoción y alegría—. ¿Nos encontramos, pues, en las proximidades de Abasora?

—Todavía cerca, si bien que alejándonos de ella.

—¿Lejos? —interrogó el anciano con incredulidad—. ¡No es posible! Debíamos despertar un tiempo antes, cuando Ragol se aproximara de nuevo a Abasora. —La expresión del anciano se hizo severa—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no nos despertaron a tiempo? ¿Cómo llegasteis vosotros aquí?

—Toma asiento, por favor, es una historia larga de contar —señaló Tierney a uno de los bancos. El anciano lanzó sobre Tierney una mirada de amenaza. Luego, lleno de dignidad, fue al banco y recogió su túnica para sentarse. Algunos hombres más salieron por la puertecilla. Los terrícolas retrocedieron para cederles sitio.

—Hace tiempo —empezó Tierney, rehusando emplear la palabra «año» en evitación de confusiones— mis amigos y yo tuvimos la evidencia de que una raza de Hombres Grises, llamados «thorbod», habían llegado desde algún lugar desconocido del Universo y se habían refugiado en el planeta Venus, el más próximo a nuestro planeta Tierra. En la Tierra yo era hombre rico, tenía una factoría de construcción de aeronaves, y construí en secreto, a mis expensas, una poderosa aeronave capaz de llevarnos a Venus. Hasta este momento, ningún hombre de la Tierra, excepto mis amigos y yo, había pisado jamás el planeta Venus. Fuimos allá en busca de los «thorbod» y descubrimos con sorpresa que aquel planeta estaba habitado por una raza de hombres azules, llamados «saissai». Los Hombres Grises, raza inhumana y cruel, aunque con un desarrollo técnico y científico muy avanzado, habían esclavizado a los «saissai». Periódicamente iban a las ciudades «saissai» a proveerse de hombres azules para utilizarlos como esclavos en sus minas y en sus grandes factorías. Mis amigos y yo llegamos a la ciudad de Abasora cuando los «thorbod» acababan de marcharse llevándose

consigo muchos cientos de jóvenes «saissai». Fuimos amigos del Tadd de Abasora y otros ilustres hombres que nos relataron su padecimiento y sus temores. Y un día, nosotros emprendimos el regreso a la Tierra en nuestra aeronave, pero antes les prometimos a nuestros amigos «saissai» que regresaríamos en breve con una flota de poderosas aeronaves y un gran ejército que aniquilaría a los «thorbod» y liberaría a los «saissai» de la esclavitud.

—No vosotros —interrumpió el anciano con energía—. Nosotros, los «saissai», liberaremos a nuestros hermanos de Venus de la esclavitud de esa odiosa raza que llamáis «thorbod». ¿Cómo viven en la actualidad nuestros hermanos de Venus?

—Ellos vivían una existencia primitiva, feliz y sin problemas, hasta que llegaron los invasores «thorbod». La existencia de hombres en Venus nos sorprendió tanto que quisimos indagar su pasado. Así supimos que los «saissai» procedían de otro planeta. Hoy, con sorpresa, hemos descubierto que este planeta en el que nos encontramos ahora es la verdadera patria de vuestra raza.

El anciano negó con la cabeza diciendo:

—No. Ragol no es la verdadera patria de la raza «saissai». Nuestro mundo de origen fue un planeta llamado Diyan. Teníamos, como vosotros en la Tierra, una estrella que iluminaba nuestros días y daba calor y vida a nuestro mundo, Lira una estrella pequeña y muy vieja; es decir, en ella las reacciones físicas se desarrollaban cada vez más aprisa. Era un sol en camino de extinguirse, y de año en año irradiaba mayor calor, abrasando la tierra y haciendo insoportable la vida en las regiones cálidas de nuestro planeta. El problema era especialmente grave para los «saissai», que habitábamos la zona tórrida del planeta. Los «kidman» u Hombres Rojos, la otra raza que poblaba nuestro mundo, habitaba las regiones frías y estaban en condiciones de soportar por más tiempo el incesante aumento de calor. Durante milenios, Hombres Azules y Hombres Rojos habían sostenido interminables guerras... guerras alimentadas por un odio irreconciliable entre razas distintas, que unas veces daban la victoria a un bando, y otras veces al contrario, arruinando tanto a vencidos como a vencedores. El arte de la guerra se había desarrollado a escala inconcebible, y ambas razas vivíamos casi exclusivamente para armarnos, gastar nuestro material y volvernos a rearmar. El hombre era esclavo de las máquinas de

destrucción, y vivía enterrado en profundas ciudades, trabajando incansablemente para construir nuevas máquinas y agotando rápidamente los recursos naturales del planeta. La última guerra era decisiva para los «saissai», pues deseábamos que los «kidman» nos cedieran parte de sus tierras para acomodarse en ellas. Los «kidman» no cedieron y nos arrollaron. La locura se había apoderado de nuestros dirigentes, quienes al borde de la inminente derrota, decidieron aniquilar la atmósfera de Diyan provocando una espantosa reacción en cadena. Antes, no obstante, nos habíamos preparado para evacuar Diyan y trasladarnos a Ragol, un planeta pequeño cuya órbita se encontraba a millares de kilómetros del sol, donde los rayos de fuego de este no le afectarían. Diyan fue aniquilado, y con él sacrificada la raza «kidman», mientras nuestras aeronaves conducían a los restos de la raza «saissai» al lejano planeta Ragol. En Ragol las condiciones de vida eran extremadamente duras, pues era un mundo frío, estéril y ni siquiera tenía una atmósfera apropiada a nuestros pulmones.

—Entiendo que Ragol es este planeta en el que nos encontramos ahora. ¿Cómo pudo este planeta llegar hasta aquí? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—Nuestro sol, cada vez más pequeño, irradiaba cada vez mayor calor. Las reacciones termonucleares se aceleraban precipitando el fin, hasta que finalmente estalló convirtiéndose en polvo cósmico. Los planetas que giraban alrededor del sol abandonaron sus órbitas y salieron despedidos a gran velocidad, iniciándose de este modo el errante caminar de Ragol a través del Universo, condenado a estrellarse contra otro mundo, o a caer en la hoguera de una estrella que se cruzara en su trayectoria.

—Comprendo —dijo Miguel Ángel—. Así fue cómo, después de vagar durante siglos por el espacio, Ragol vino a pasar por puro azar por las proximidades de nuestro Sol.

—Sí, en efecto. El pueblo «saissai» había aprendido una dura lección y las nuevas generaciones recriminaban a los antiguos por la estúpida conducta. Bien era cierto que el final de Diyan estaba sentenciado de todos modos, pero esto hacía todavía más injusto e inhumano el genocidio que la raza «saissai» perpetró condenando al aniquilamiento a la raza «kidman». Cuando tuvimos la evidencia de que penetrábamos en un sistema solar donde había planetas en los

que podríamos sobrevivir, empezamos a prepararnos para la emigración. Pero entonces surgió otro problema con división de opiniones. Algunos como yo eran de la opinión que el progreso y la técnica solo nos habían acarreado desgracias y una forma de vida antinatural e insensata. Los «saissai» que fueran a habitar aquellos jóvenes planetas deberían reemprender una nueva existencia, volviendo a lo natural, lo elemental y lo primitivo. Solo se les enseñaría a leer y escribir, pero ignorarían su historia y no llevarían consigo ni una sola máquina, absolutamente ninguna. Solo unas pocas herramientas y el conocimiento del arte de fundir el hierro y el cobre, nada más.

—Eso implicaba la exclusión tácita de los hombres adultos, ¿no es cierto? —preguntó Harry Tierney.

—En efecto. Solo unos pocos adultos, de espíritu bien probado, acompañarían a los jóvenes para servirles de maestros en las pocas artes que el nuevo pueblo «saissai» necesitaba aprender. Esta decisión, aceptada por la mayoría, dejó a una minoría descontenta, que propugnaba la emigración al planeta virgen, sí pero llevando consigo toda su ciencia, su técnica y nuestra vieja cultura. Finalmente, tras algunos brotes de rebeldía, hechas las exploraciones previas, los emigrantes fueron embarcados en todas las aeronaves disponibles y trasladados a ese planeta que llamáis Venus. Las naves no regresaron, a fin de impedir que otros que no debían las utilizaran para emigrar a su vez y propagar la discordia en el nuevo mundo, y fueron destruidas en Venus. Ragol continuó su errático caminar, alejándose de vuestro Sol, y durante mucho tiempo se prohibió rigurosamente la construcción de nuevas aeronaves, capaces de navegar en el vacío intergaláctico. Algunos, sin embargo, deseábamos vivir para conocer los resultados de nuestra obra si, como suponíamos, la nueva órbita de Ragol nos conducía algún día de nuevo a las proximidades de Venus. Doscientas veinte mujeres y trescientos cuarenta hombres quisimos sumirnos en un letargo de largos siglos. Deberían habernos revivido cuando nos acercábamos a vuestro sistema solar, pero es evidente que no ha ocurrido así. ¿Dices que Ragol se está alejando ahora de Venus?

—Sí. Hace algunos días que nosotros salimos de Venus en nuestra aeronave. Sufrimos un contratiempo en nuestros motores,

vuestro planeta nos arrastró consigo y nos vimos obligados a efectuar un aterrizaje. Nuestra aeronave quedó destrozada y carecemos de medios para regresar a la Tierra. ¿Podréis ayudarnos vosotros, llevándonos con alguna de vuestras aeronaves?

El anciano «saissai» miró en torno.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. No conozco este lugar.

—Tal vez lo hayas olvidado. Nos encontramos a unos cincuenta metros de profundidad bajo la ciudad. Sobre nosotros hay una enorme cúpula de cristal, y en su interior cuatro altos edificios deshabitados.

—No conozco esa ciudad. Nuestras ciudades siempre estuvieron enterradas bajo el hielo, junto al mar. ¿Dónde está nuestra gente? ¿Por qué no veo aquí a ningún hombre de mi raza? —preguntó el anciano poniéndose en pie.

—Nunca vimos ningún «saissai» en los días que llevamos en este planeta. Hemos recogido señales de radio en nuestros aparatos, y captado emisiones de televisión en nuestras pantallas, pero nunca escuchamos una voz humana ni vimos un «saissai» hasta que penetramos en la cámara donde hibernabais. Buscando seres humanos llevamos a cabo una incursión en una de vuestras plantas atómicas. Un robot nos atacó, lo destruimos y lo llevamos a nuestra aeronave. Más tarde nos atacó una «zapatilla volante» que mató a uno de nuestros hombres. El piloto de aquel aparato era otro robot. Capturamos vuestra «zapatilla volante», y con ella llegamos hasta aquí siguiendo el ferrocarril. También en esta ciudad fuimos atacados por los robots. Los destruimos y penetramos en esta cámara. Comprendimos que se trataba de un cerebro electrónico, desde el cual se impartían todas las órdenes para acabar con nosotros, y lo desconectamos. Luego penetramos en vuestra cámara y comprendimos que al detener el cerebro electrónico habíamos puesto en marcha algún dispositivo automático que os sacó de vuestro sueño.

—No comprendo nada de lo ocurrido. Pero lo investigaremos. Este cerebro debe conservar en su memoria todos los sucesos acaecidos en el largo tiempo que yo y mis amigos estuvimos dormidos. Mi nombre es Rothma, Tadd y miembro del Consejo de Gobierno en otro tiempo. Mostradme esa ciudad. Mis amigos harán funcionar al cerebro y conoceremos lo ocurrido.

Con gran dignidad, recogiendo su túnica, el Tadd se dirigió al ascensor. Miguel Ángel Aznar y Harry Tierney cambiaron una mirada. Luego tomaron sus fusiles y siguieron al Tadd. Dyer, Ley, Paition y Balmer les siguieron también.

El ascensor funcionaba al parecer con los medios propios de la ciudad y les elevó rápidamente hasta la monumental plaza flanqueada por los cuatro esbeltos rascacielos.

El Tadd miró en torno y levantó sus ojos sorprendidos hacia la alta cúpula de cristal.

—¿Podemos subir allá arriba? —preguntó.

—Supongo que sí. No lo hemos intentado —respondió Miguel Ángel.

Regresaron todos al ascensor. Tierney apretó el último botón, se cerraron las puertas y el ascensor se puso en marcha velozmente.

Poco después salían del ascensor. Se encontraban en aquel edificio de planta circular que colgaba del punto más alto de la cúpula. Al parecer, se trataba de un observatorio astronómico, pues en él vieron un gigantesco telescopio electrónico, cartas astronómicas y gran cantidad de materiales científicos para la observación y estudio del espacio. Asomándose por las ventanas del observatorio pudieron ver a sus pies una bella perspectiva de la plaza, la ciudad y los jardines circundantes, todo a través de la lámina de cristal que formaba un segundo piso cerca del remate de los rascacielos.

También se podía ver a través de la cúpula, los restos de las grúas y las grandes montañas de materiales abandonados alrededor de la ciudad.

El Tadd, por último, quiso ver cómo eran los rascacielos por dentro.

Descendieron en el ascensor hasta el piso inmediato, aquel que estaba formado por una lámina de cristal transparente a ciento setenta metros de altura sobre la plaza. Entraron en uno de los rascacielos y recorrieron toda una planta, examinando el Tadd las habitaciones vacías y perfectamente limpias. Descubrieron que cada rascacielos disponía de ascensores de gran capacidad para el propio uso del edificio, y utilizaron uno de ellos para descender a la planta baja.

La planta baja estaba repleta de robots perfectamente ordenados

en filas. El Tadd los estuvo examinando en silencio y luego salió a la plaza. Allí se encontraron con los restos de los robots destruidos por los terrícolas.

—No conocía este tipo de robot —murmuro el Tadd—. No existían en mi época. Regresemos al sótano, mis amigos deben haber descifrado este misterio.

El grupo volvió a tomar el ascensor para regresar a la cámara de control. Allí hombres y mujeres, sentados en los bancos, movían botones y leían las líneas de escritura «saissai», que una máquina parecía escribir electrónicamente en algunas pantallas. En otras pantallas aparecían escenas de filmes que los «saissais» seguían con atención. El segundo anciano, que por su túnica debía estar revestido igualmente de la dignidad de «Tadd», salió al encuentro de su compañero.

—¿Se sabe algo de lo ocurrido aquí, Tesan? —preguntó Rothma.

—Nuestra ansiedad nos ha hecho ir directamente a los acontecimientos más importantes, dejando algunas lagunas que podrán rellenarse luego. Una gran catástrofe ha ocurrido hace cinco siglos. Después que nosotros escogimos el sueño que no piensa, los «saissai» continuaron viviendo igual que lo habían hecho hasta entonces. Ragol llegó a una lejana galaxia, donde un cuerpo celeste de gran magnitud lo atrajo y lo hizo desviar de su órbita. Los «saissai» comprendieron entonces que, por un azar imprevisible, Ragol retornaba por la ruta que había seguido hacia aquellos hermosos planetas, en uno de los cuales habíamos abandonado a nuestra juventud. A partir de este momento, se hicieron proyectos para construir grandes aeronaves, capaces de tomar millares de personas de una sola vez. Y se empezó a construir una aeronave gigante que llamaron autoplaneta. Es esta en la que nos encontramos ahora.

—¡Estamos a bordo de un autoplaneta! —exclamó Miguel Ángel con júbilo—. ¡Una aeronave capaz de volar y llevarnos a todos de regreso a la Tierra!

El Tadd Tesan dejó caer sobre el español una mirada apagada.

—No, hombre de la Tierra. Este autoplaneta no puede volar... porque no está terminado.

—¡¡¡Oh!!! —Se escuchó una triple voz de decepción.

—Para manejar una aeronave tan grande y tan compleja,

nuestros técnicos proyectaron el cerebro electrónico de mayor capacidad que se había construido hasta la fecha. El cerebro se construyó antes que el autoplaneta con el fin de que colaborara con los ingenieros en la resolución de los muchos problemas que planteaba la construcción del autoplaneta. Mientras, se levantaban los edificios que deberían albergar a más de diez mil personas en su éxodo espacial. El cerebro se puso a trabajar y resolvió el problema de levantar la cúpula de cristal que cubre la ciudad. Pero entonces ocurrió algo inesperado...

—Di pronto qué ocurrió, Tesan —apremió Rothma—. Todavía no has contestado a lo más importante. ¿Dónde está nuestro pueblo?

—Murieron todos.

—¡Imposible!

—Nuestro pueblo fue aniquilado de la forma más absurda. El cerebro, ¡este cerebro! —señaló Tesan en derredor—, iba desarrollando sus propias facultades como las va desarrollando un niño al crecer. Nadie había sido capaz de prever hasta dónde alcanzaría la inteligencia de este cerebro. Lo cierto fue que él cobró en algún instante conciencia de su propia existencia. Sabemos que el hombre ha sido siempre superior a la máquina, porque la máquina no es capaz de desarrollar el sentido de abstracción del ser humano. Pero en este caso ocurrió. Este monstruo electrónico atravesó la frontera de lo psíquico y se adentró en el mundo de la abstracción. Entonces «sintió» desprecio por los hombres... «sintió» que era superior a todos nosotros... y «sintió» la necesidad de erigirse en ser supremo del mundo que le rodea.

—¡No es posible! —exclamó roncamente el Tadd Rothma.

—La máquina lo ha declarado. Una máquina no miente, aunque se trate de un cerebro tan inteligente como este. El pueblo «saissai» deseaba abandonar en masa Ragol, y quería hacerlo lo más pronto posible. Es decir, el autoplaneta se pondría en marcha y viajaría más aprisa que Ragol, anticipándose en siglos a la llegada de este a Venus. Nuestros técnicos no querían dedicar más esfuerzos que los imprescindibles al mantenimiento de las plantas de energía, de nuestros cultivos submarinos y nuestras ciudades. Al nuevo cerebro se le asignó, pues, el mantenimiento de nuestras ciudades, provisión de oxígeno, renovación de la atmósfera, calefacción, aireación,

alumbrado y todos los demás servicios. El cerebro decidió acabar con los humanos. Es probable que lo hubiese confesado si alguien se lo hubiera preguntado... pero nadie preguntaría una cosa así a una máquina. El cerebro cortó simultáneamente la energía eléctrica y el suministro de oxígeno, y abrió los conductos para que el anhídrido carbónico de la atmósfera invadiera nuestras ciudades... todos murieron asfixiados.

—¡Oh, Dios! —exclamó el Tadd Rothma levantando sus brazos escuálidos al cielo.

—Si alguien quedó con vida —continuó Tesan— los robots acabaron con ellos controlados por el cerebro. Eso fue lo que ocurrió. Por eso se suspendió la construcción del autoplaneta.

—¿Por qué no nos destruyó también a nosotros?

—Probablemente porque el cerebro ignoraba que nos habían trasladado aquí. Los que cuidaron de nuestra vida montaron un dispositivo para que despertáramos si el cerebro dejaba de funcionar.

—¡Destruid esta máquina diabólica! —gritó el Tadd colérico—. Voladla en mil pedazos.

—No, Tadd —dijo Miguel Ángel, firme y respetuoso—. ¿Qué utilidad hay en destruir una máquina que todavía puede sernos de gran utilidad? Limitemos sus funciones... destruyamos su poder de abstracción y hagamos de ella lo que debe ser... una simple máquina a nuestro servicio. El planeta entero depende de este cerebro. Si lo destruimos, destruiremos también las fuentes de energía eléctrica... dejarán de trabajar las minas y las fundiciones.

—¿Qué importa, si nuestro pueblo ha sido aniquilado?

—Vuestro pueblo, una rama numerosa de él, vive todavía en un planeta llamado Venus. Aquel pueblo feliz vive actualmente sojuzgado por una raza detestable que aspira, asimismo, a conquistar y esclavizar al pueblo terrícola. Tenemos aquí una máquina portentosa que puede ayudarnos a terminar el autoplaneta. Y este autoplaneta puede ser una baza decisiva en la liberación de vuestro joven pueblo de Venus.

—Tardaríamos años... tal vez siglos en terminarla de construir.

—El tiempo no importa. Tenemos millares de robots dispuestos al trabajo, y un eficiente cerebro electrónico para dirigirles. Unos pocos de nosotros podemos quedarnos aquí vigilando los trabajos

mientras el resto pasa al estado de hibernación. Podemos terminar la aeronave y ser todavía jóvenes dentro de mil años.

—Escuche, Aznar —interrumpió Thomas Dyer en inglés—. ¿Está hablando por usted mismo o en nombre de todos? ¿Por qué no les pide mejor que nos ayuden a construir algo más modesto que un autoplaneta, algo que nos permita regresar a la Tierra lo más pronto posible?

—¿Por qué tanta prisa en volver a casa, Dyer? —preguntó Tierney con pupilas relampagueantes—. ¿No sería bonito regresar dentro de mil años y poder ver con nuestros propios ojos cómo será el mundo del futuro?

—Bueno, puesto de ese modo... sí me gustaría. ¿Pero qué seguridad tenemos de poder regresar algún día?

—¡Seguridades! Nada hay seguro en esta vida. Hace solo un par de días no teníamos la menor esperanza de salvación. Ahora se abre ante nosotros la perspectiva fabulosa de sobrevivir en mil años a nuestra generación y tampoco le gusta.

—Quedémonos —dijo Richard Balmer—. ¿Qué perdemos con ello? Nada nos ata al mundo que dejamos. En cambio, tal vez podamos hacer algo grande por el mundo del futuro.

—Que dice usted —pregunto Miguel Ángel.

—Aquí está enterrado mi hijo —contestó Ley—. Nadie me espera allá.

—¿Y tú, George?

—¡Oh! Yo estoy encantado en compañía de todos ustedes. Siento curiosidad por ver cómo será ese gigantesco autoplaneta... ¡caray!

Los dos Tadd, mientras tanto, hablaban entre sí animadamente. Finalmente, Rothma se encaró con Miguel Ángel Aznar y Tierney.

—Hemos decidido seguir vuestro consejo. Limitaremos las acciones del cerebro y lo utilizaremos para que colabore en la conclusión del autoplaneta.

Miguel Ángel Aznar asintió con mudo y enérgico movimiento de cabeza.

Diez horas más tarde, Miguel Ángel Aznar y Harry Tierney volaban en la «zapatilla» sobre la inmensa llanura de hielo. Regresaban al refugio donde eran esperados con impaciencia por Bab, por Else, por el profesor Stefansson y el profesor Von Eicken. El Sol se había puesto tras el horizonte y en la noche diáfana

brillaban rutilantes las estrellas.

Una de aquellas estrellas era la Tierra, su mundo, al que esperaban regresar algún día. Un día situado en el futuro, en un mundo donde todo habría evolucionado y cambiado.

—Tierney, ¿cómo será la vida en la Tierra dentro de mil años?

La respuesta de Harry Tierney fue un elocuente encogimiento de hombros.

FIN



Pascual Enguídanos Usach (Liria, 13 de diciembre de 1923 - ibídem, 28 de marzo de 2006) fue un escritor español, uno de los clásicos europeos de la ciencia ficción y el decano de la ciencia ficción española.

Enguídanos propuso al editor de Valenciana una nueva colección dedicada a la ficción científica y para la cual había comenzado a escribir algunas obras. Este fue el inicio de la histórica *Luchadores del Espacio*, joya de la ciencia-ficción

española, publicada en la década de los 50 por la Editorial Valenciana y donde la serie de Enguídanos, *La Saga de los Aznar*, con treinta y dos novelas que aparecieron entre 1953 y 1958, constituiría el cuerpo central de la colección. La obra, que recordaba a veces la estética de Flash Gordon y la literatura del Coronel Ignotus, fue reconocida como la mejor serie de ciencia-ficción

publicada en Europa, (Convención Europea de Ciencia Ficción, Bruselas, 1978). El autor sería también homenajeado en el XXI Congreso Nacional de Fantasía y

Ciencia-Ficción

(Hispacón - 2003),

y durante la ceremonia de entrega de los premios Ignotus, le fue concedido a Pascual Enguídanos el premio Gabriel por la labor de toda una vida.

Escribió bajo los seudónimos de «**Van S. Smith**» y de «**George H. White**», publicó nada menos que noventa y cinco novelas dedicadas al género. Su reputación en la ciencia-ficción

española de los años cincuenta procede de un estilo ágil y del universo que propuso, pues cincuenta y cuatro de sus obras se inscriben en la llamada Saga de los Aznar, una auténtica novela-río

adaptada al tebeo en dos ocasiones y que recibió en Bruselas el galardón a la mejor serie europea de ficción científica o, si usamos el anglicismo, ciencia-ficción.

La Saga fue reescrita y ampliada en los años 70 y ha sido objeto de atención y reedición, y es actualmente reivindicada por aficionados y autores (Nuevas Generaciones) que continúan su obra.